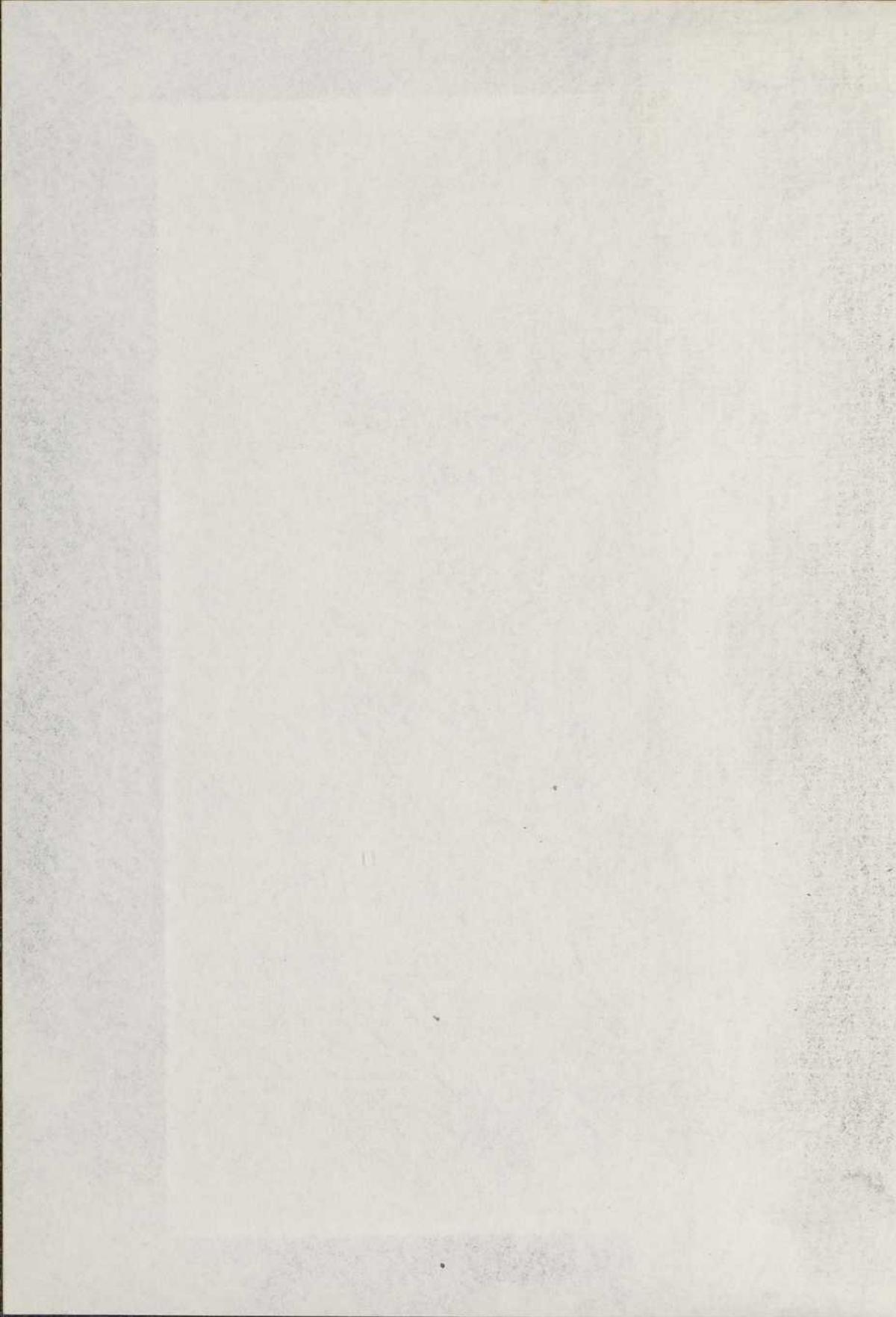


-16





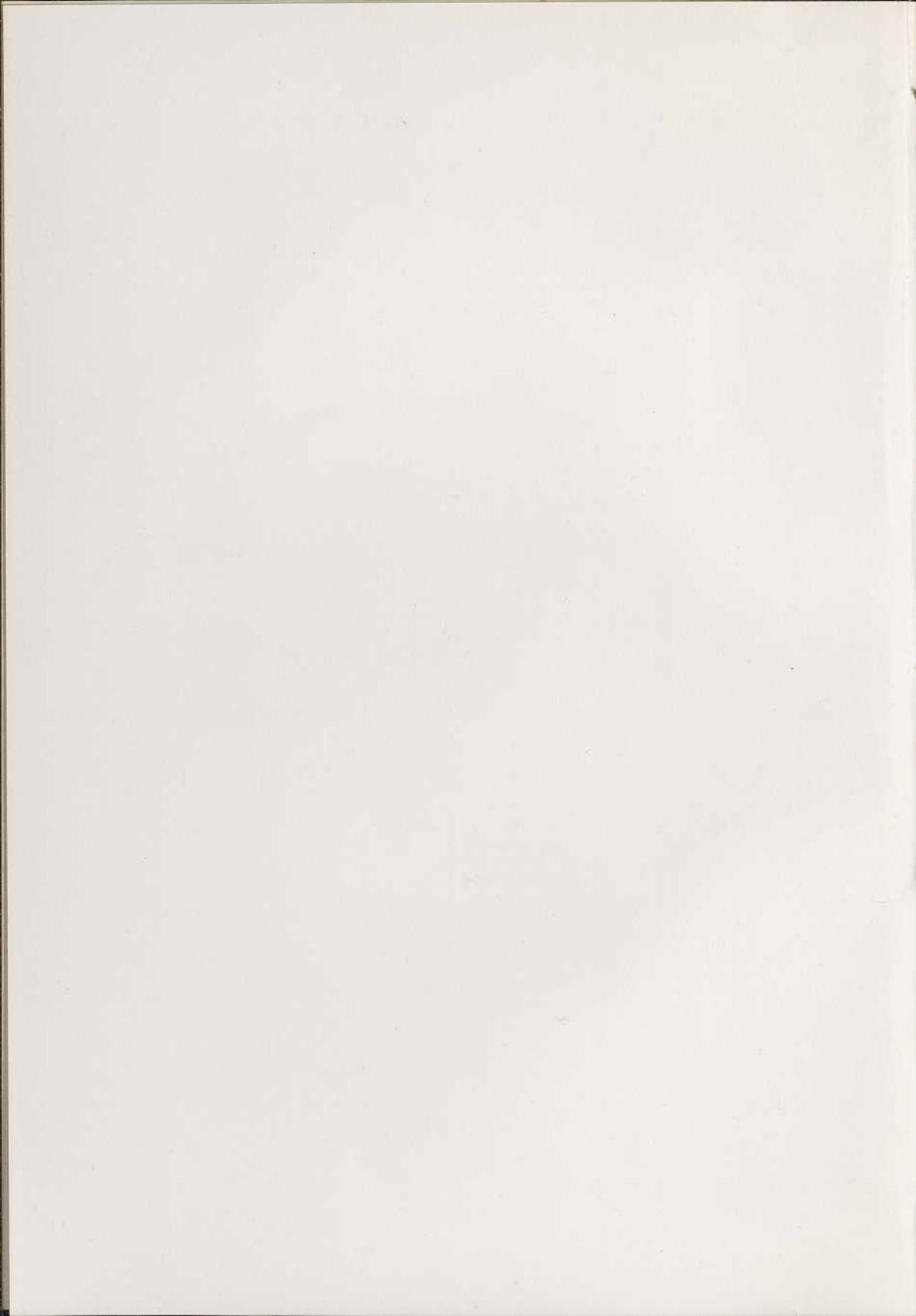
1361757

CIL-16



REVISED COLLEGE CURRICULUM

1901



ANTONIO CILLERO ULECIA

AUTOS SOTANAS

Y

MENGANAS



Tobía (La Rioja)
1987

ANTONIO GILBERTO URSUA

AVILES SOLANAS

Y

BERGAMAS

[Handwritten signature]

AUTOS SOTANAS

Y

MENGANAS

(Tiempo y vida de Antonio de Medrano)

"El Iluminado"

=====

Tobía (La Rioja)

Dic. 1987-1988 Enero.

ARTOS BOTANAS

Y

HERBARIAS

(Trabajo y vida de Antonio de Herrera)
"El Incahuasi"

Toda (La Nota)
Año: 1967-1968

El viento norte que penetra en España por los Pirineos, trae partículas de las nuevas religiones que, en ese siglo, conmueven las conciencias de varias naciones. Pueblos que arrastran las viejas creencias que les venían desde muy atrás impuestas, y que han de obedecer y comulgar con todo aquello que les dicta el Vaticano, se han insubordinado y quieren modificar sus ritos y sus modos. Esas partículas, esas nuevas semillas, descienden suavemente sobre la península, como lo hace el polvo de los meteoritos, y acaban siendo aspiradas por eclesiásticos y civiles, las personas cultas, que son las menos en aquellos siglos del renacimiento español, para nosotros llamados con orgullo, Siglos de Oro, (XVI y XVII).

Desde siempre, lo que viene del centro de Europa y se escucha su eco sobre el coxis del Continente -que es nuestra península ibérica- arraiga, crece, florece y, trae rico fruto, o, en ocasiones, amarga ponzoña que ocasiona grandes hemorragias fratricidas.

La iglesia, está siendo sostenida más que nunca, por tribunales inquisitoriales, pontífices violentos y testas coronadas, como el rey don Carlos y su hijo Felipe II. El papa, Paulo IV y sus santidades Sixto IV y Sixto V, tienen miedo a perder su dominación sobre el pueblo y ordenan que se castigue sin piedad a todo aquel que

busque salir por la puerta falsa, o pretenda saltar las tapias de su hosco corral. El Santo Oficio enseña las fauces a quienes obedecen pensamientos de Erasmo, Lutero y Calvino. Los nuevos aires, que llegan semana tras semana, buscan modificar las viejas costumbres religiosas. Así, un día, se rumorea que, un tal Carlostadio, ha derribado de los altares las imágenes. Era el año 1521, imágenes que, incluso, Martín Lutero, había respetado, pero, que luego, aceptó aquella idea. Otro día, dicen, que suprime en sus oficios, la elevación del Santísimo Sacramento, y la Comunión en misa bajo dos especies. Que impugnó la presencia Real, como antes ya lo había hecho Zuingio y Ecolampadio en todas las iglesias suizas.

El pueblo español vive más que en ningún otro tiempo, desconcertado. Desde hace años, sufre y goza una época de total confusionismo. Rebelión de sus Comunidades y las sangrientas represiones. Las noticias que llegan de Indias, cuentan y no acaban de las terribles circunstancias en que allí se hallan ante los nativos, y de unas acciones bélicas y fundacionales dignas de dioses.

Se sabe, cuánto desde allí reciben, traído en audaces naves, todo ello contado de boca en boca como si fuese propio de un Eden jaujeño.

¿Quién no puede hacerles creer que, los españoles son los más grandes de la tierra, los más bravos y los más machos, teniendo a su rey don Carlos, que ha sido coronado Emperador? Por otro lado, sí sí, por otro lado, -por el espinoso, España, está cada día más pobre, triste, enlutada, llena de miserias y de pestes, que aso-

lan todo su territorio. De nada sirve que les digan los que gobiernan -¿cuándo no se lo dicen al pueblo?- "que son los dueños del mundo y los más ricos. Que dominan Italia, como hacía quince siglos los romanos nos dominaron a los españoles durante cientos de años, y que el reino de Nápoles será entregado al príncipe Felipe, junto con el ducado de Milán." ; Ah, España; ; Cuánto poder y cuánta miseria; Quiere el viejo emperador, que, su hijo, se case con María Tudor, y tanto empeño ha puesto en ello que lo conseguirá haciéndolo realidad el 25 de julio de 1554. ¿Para qué?

Porque, era intención del astuto Austria, que, un día no lejano, reinará la corona de España en Inglaterra y los Países Bajos. Por tanto, había de tener bien sujeta, digamos ahogada, a Francia y, en sus manos -para muy largo-, la ambicionada corona de las Islas Británicas. Poderoso rey don Carlos, ahora llamado Primero de España, y Quinto de Alemania. Pero, el hombre, como todo ser que nace, ha de llevar consigo la muerte. Para colmo, se sabe que, el emperador está cansado, muy cansado. Se lo ha dicho a sus hijos y también a su Gobierno en la última reunión privada:

- No doy más, señores... Es que no puedo más. Estoy harto de mandar y de viajar. He ido nueve veces a Alemania. De allí, retorné seis veces a España. ; He ido siete veces a Italia; ; Diez, a los muy queridos Países Bajos; ; Cuatro a Francia; ; Doce a Inglaterra y Africa del Norte; Hice, ocho crueros por el Mare Nostrum, y, tres viajes ; tres; por

la mar Océana. Allí por donde fue Colón y los suyos en busca de otras razas. Os digo que estoy cansado, muy cansado, y que quiero retirarme lejos de la corte y de tanto ajeteo. Sí sí, no me miréis extrañados. Me rindo y cedo la corona y poderes para mi muy amado hijo don Felipe.

Pocas noticias llegaban a España de cuanto ocurría fuera de sus fronteras y, sin embargo, tiempo era ese donde, si en verdad no se ponía el sol nunca sobre dominio español, tampoco se llegaba a secar la sangre de tanto español muerto de manera violenta, como de aquellos otros infelices seres lejanos, para quienes la presencia de unas gentes que hablaban en nombre de una monarquía foránea, buscaban hacer, contra toda ley de la naturaleza, un imperio para someterles y tiranizarles.

Por tierras de unas "Indias" que se estaban conquistando, ocurrían acciones horribles entre sus propias tropas, mandadas por Pizarro y Cortés para dominar a los nativos, y, para ello, como siempre, poniendo a un dios bueno, trinitario y bondadoso como pantalla o protector de sus desbordadas ambiciones y crímenes. No cesan de invocar en toda acción cruel a Dios, a la Virgen y, al Cristo, que parece hijo o padre de los españoles. "Aquel que nos socorre del mal y de las ahogantes necesidades"

"Al Dios que pelea junto a los buenos, para ir contra los nativos, que son los malignos" "Te impongo mi fuerza, te hago mi vasallo porque así lo quiere éste Dios, que es el Dios de los cristianos. Los vuestros no son dioses, son monstruos extraños y criminales".

Buscando el abrazo fraternal de "hermanos", caen en Caxamalca, traicionados, miles y miles de indios, y cae Atabalipa (Atahualpa), y sus grandes jefes, después de haberles despojado de sus tesoros áureos.

Sólo cinco mil indios se salvaron de los treinta mil que buscaron defenderse del invasor cristiano, que llevaba un Cristo atravesado con clavos, y lleno de sangre en su pecho. Esto, les justificaba a muchos jefes indios, que, la sangre en los españoles era una de sus grandes debilidades. Su propio dios lo proclamaba. ¿Y la noche triste vivida por Hernán Cortés en la ciudad de México?... ¿Y los desastres producidos por jefes como Almagro, Alvarado, Valdivia, Vaca de Castro, Cabeza de Vaca, Chaves, Vergara, Ayolas, etc, etc?

Llegaron tarde, pero, llegaron a la península, hechos gravísimos como los ocurridos en Nápoles, el 1547. El pueblo llano, el labrador y artesano que malvive entre miseria, sólo aspira a ganar unos maravedís, cuando le llamen los poderosos para cavarles sus fincas o arreglar una puerta. No tiene otras aspiraciones, excepto, que le engorde el cerdo y poder tener una matanza o, "moraga", que pueda llenar su estómago y el de los suyos durante tres o más meses de invierno. Los que sí saben cuánto allí está pasando, son las minorías cultas de España: el clero, el ejército y la aristocracia, tres clases sociales alimentadas por todo un pueblo analfabeto y hambreador. Esas gentes saben que, en Nápoles, se ha instalado un Tribunal de la Fe, que es decir, la Santa Inquisición. Los napolitanos

sabiendo qué desastres ocurrían en la tierra de sus dominadores, no querían verse bajo semejante influencia, pero ¿qué podían hacer contra un invasor armado hasta los dientes? Cierta día, han detenido a un pobre hombre, porque ha gritado alguna blasfemia contra la Inquisición española, o contra el papa Paulo III. Le llevan detenido de muy mala manera, atado y, arrastrándole por las calles. Ven este triste espectáculo cinco jóvenes de alta clase social napolitana, quienes, haciendo causa común con el preso, consiguen liberar al pobre hombre que no tenía más cargos que insultar a los españoles, y, posiblemente, por haber bebido unos tragos más que lo razonable para ^{no} saber callarse.

Enterarse el virrey y mandar detener a los cinco jóvenes fue todo uno. Quiere dar un escarmiento a la ciudad, para que vean que, quien manda allí es el. Al día siguiente manda dar garrote a tres de ellos, y, una vez muertos, manda tirar los cadáveres por los balcones a la calle, y castigará con pena de muerte al que se apiade de ellos y les recoja. ¡Ojo con ellos; ¿Para qué querían mayor excusa los napolitanos? Se ha levantado toda la ciudad contra el virrey Villafranca, y le llaman a gritos en la Plaza donde está su residencia: Asesino y criminal.

Dos días después, el virrey, nuestro virrey, con mucha fastuosidad y boato, paseaba por Nápoles escoltado por doscientos arcabuceros, en plan "sobrador"... desafiante, contra aquel pueblo que le llamaba ahora, y en cualquier ocasión: ¡Verdugo; La población de Nápoles, como guiada por una voluntad sobre-humana, deci-

dió callarse. ¡Quietos; ¡Todos quedos, que ya llegará el momento de nuestra venganza, y, en esto, bien sabido es que nadie nos aventaja;

Meses después, olvidado un tanto estaba el virrey de las acciones pasadas, cuando salieron del fuerte sus trescientos arcabuceros. La ciudad supo de eso en muy pocos minutos... ¡Era llegada la hora de la vendetta napolitana; ¡¡Llegó el desquite; Tocaron a rebato todas las campanas de la ciudad y se juntó el vecindario en calles y plazas. No hallaron fuerza que se les opusiera. Un Concejo de rebeldes, decidió poner al frente de aquella sublevación al jovencito marqués de Pescara, y lo elevaron al grito de ¡ Viva el Emperador y la unión a su servicio; ¡ ¿Era verdad o picaresca?... Como el virrey tenía órdenes de don Carlos para que actuase sin contemplaciones contra toda manifestación subversiva, de momento Villafranca calló, pero... al día siguiente, al regreso de los arcabuceros, mandó salir a su tropa por las calles con orden de matar a todo el que encontrasen con armas. Esto es la artimaña del que mandó y manda en todo tiempo. ¿Tiene armas en la mano, -dicen que las tiene, -o se las ponen ellos para matarle?... Tres días estuvieron combatiendo por las calles los españoles y los napolitanos. Desde el castillo, la artillería buscaba destrozar la ciudad, hasta que se logró, por unos y otros, un armisticio. Todo parecía calmado, hasta que, un día, aparecieron doce soldados degollados. Nueva salida del castillo de sus trescientos arcabuceros con orden de pasar a cuchillo

a cuantos hallasen por calles y plazas. ¿No es lo que hicimos nosotros contra el pueblo que nos invadió en todo tiempo? No nos extrañe. Allí, yo creo que pocas cosas se nos habían perdido. Lo que cosechábamos era la mala simiente que estábamos echando en un campo que no era el nuestro. El virrey, hace una nueva tregua con los influyentes, pero, tampoco duró mucho. Unos tres mil vecinos del barrio de Santa María de Nova, sedientos de venganza contra los españoles, incendian un convento de monjas, que estaba junto al fuerte, y quieren destrozarse todos los fortines del virrey. Y lo hubieran hecho, pero, llegó con 24 galeras de refuerzos Doria, y se consiguió, más o menos, vivir en paz. Paz impuesta, no puede dudarse.

Todo esto que hemos relatado, corría de pueblo en pueblo como sensacionales sucesos de aquella época. De igual modo venían las noticias, aunque muy tarde, desde las lejanas tierras de Indias, de los Países Bajos o, de Muhlberg, por donde andaba en esas semanas Carlos V haciendo sus paces con los rebeldes políticos y religiosos. Tenía tantas fogatas creadas el emperador, que, como hacen los bomberos en la ciudad gigantesca, todo son llamadas de incendios, y tiene que salir con la mayor urgencia con los mata-fuegos. En todo cuanto sean ambiciones desaforadas, económicas, políticas o militares, hay que saber entender que no hacen sino crear conflictos y enemistades. Si esto lo vemos desde el corto espacio familiar, pensemos cuán gigantesco ha de ser llevado al terreno internacional en el que España estaba ambicionando gobernar el mundo.

Era domingo y verano. Había dejado el torturado, vilipendiado, arruinado y desmoralizado bachiller Antonio de Medrano, el nuevo pórtico de la recientemente terminada iglesia de Navarrete, llamada de Nuestra Señora de la Asunción, y regresaba escoltado por dos frailes franciscanos por el camino que llevaba desde la puerta central o, del Caño, a Entrena, Medrano, Sorzano y Nalda. Un camino que se denomina de Las Cruces, porque, desde la proximidad de las viejas murallas, se hacía el Vía Crucis hasta el Monasterio de Jesús. Las primeras cruces estaban colocadas sobre las paredes de una grande huerta, sita a mano derecha de la bajada del camino, y, la otra, sobre una vieja casona junto al que era lavadero de la Villa. Otras, se veían destacando camino adelante sobre hitos, que eran construídos con ladrillos o han sido elevados con grandes bloques de piedra berroqueña.

Habían estado de tertulia tras de la misa, comentando sobre cómo iban aquellas inacabadas obras de la iglesia ayer y, ahora, de la torre, que se les antojó hacerla pegada al núcleo central de la iglesia en su lado oeste. Un siglo llevaban trabajando en aquella obra y, recientemente, estaban salvando el campanario.

Los nobles de la Villa realenga, fundada en el siglo X querían tener, una vez abandonada la pequeña iglesia románica, elevada a mitad del cerro, junto al barrio de Las Ollerías, y próxima al Castillo, una fábrica más llamativa, tanto por la riqueza de sus ornamentaciones, como por el poderío económico y político de sus gentes. Navarrete, era en el siglo XVI y XVII, una pequeña Toledo: Iglesias, palacios, dos monasterios,

seis puertas, y grandes personalidades en la iglesia, la política y el ejército. Enclave importante en el Camino de Santiago, con dos hostales y un barrio de judería.

La Calle Mayor Alta y Baja, estaba toda cubierta a ambos lados de palacios y palacetes que pregonaban con su heráldica el rango de sus moradores, todos ellos viviendo en la Corte, en los ejércitos o marina, en Flandes, Italia, o, por tierras de Indias acompañando a conquistadores y, hasta fundando localidades de menor importancia, de las que nadie se ocupó de llevarlas a papeles del reino.

No faltaba quien presidía sedes episcopales y, en el mismísimo Vaticano junto a los papas.

Había que ver en un día como ese de Santiago, el lujo que llevaban encima aquellos magnates que ostentaban altos cargos y volvían al pueblo para residir unos días entre los suyos. En el siglo XVI -como en siglos pasados- el pueblo español estaba dividido en dos clases sociales bien señaladas. Los que viven en pequeñas **casas** ubicadas en los barrios pobres y arrabales, y, los que ocupan el centro de la Villa o de la ciudad, que es donde están las casonas con la planta alta dedicada a vivienda, con sus balcones y escudo. A dicha planta se sube por espaciosa escalera. En la planta baja vivía, por lo común, el mayordomo y demás sirvientes. Aún había otra planta más baja que estaba dedicada a cuadras y graneros, lagar y bodega.

También en la iglesia están marcadas estas diferencias con respecto al lugar que deben ocupar. Nada digamos del vestir, pues, mientras la gente humilde lleva sayas y mantillas de poco valor y remendadas, y los hombres blusas y tabardos de tejido muy tosco, la gente rica se cubría con exceso con sedas, y tejidos traídos de fuera que nunca llevarían las gentes pobres. Muchos de

aquellos estaban bordados, así resplandecían con hilos de seda y de oro. Llevaban apretados justillos que les reducía la cintura al límite. Anchas sayas, sobresañas, con cuellos altos, espaciosos. Rodetes, mantillas o capas, y guardasoles. Iban las damitas recargadas de collares, dijes, cadenas y velos, que sujetaban al pecho con grandes alfileres de oro. Enjaezaban hasta con plata y oro a sus caballerías y coches, para demostrar su poderío económico. Los hombres no se quedaban atrás. Llevaban jubones de los más variados colores, muchos en carmesí raso, figurativos de alta pompa. Cinturones muy brillantes, calzas ajustadísimas que se les marcaban todos los músculos, y lo que no era músculo, pero, que tenían como a gala mostrar debajo de aquellas finas sedas. Jaquetas cortas de paño azul o verde. Zapatitos con hebillas de plata o de oro. Capitas lujosas y, el que podía por su profesión, cinturón recamado en alta pedrería y, colgando, la espada de paseo. El abuso en el vestir e, incluso en las casas, era excesivo. Tenían, por vanidad, para achicar al vecino, - bien de Navarrete, Burgos, Salamanca o Madrid, - comprar la mejor orfebrería, los más caros tapices y, hasta armería. Esta era una pasión que venía desde los reyes Juan II y Enrique IV.

En el siglo XVI, apenas si se distinguían los hombres de las mujeres en esas elevadas clases. Era una influencia venida del centro de Europa. El grave problema, como en nuestros días, lo tenía la clase intermedia, que buscaba parecerse a los grandes y no lo conseguía, pero, esto, ¿cuándo no ha sido constante en el vivir de cada pueblo?

En la Villa, tenía su poderoso palacio el Duque de Nájera, don Juan Manrique de Lara, cuarto duque, que, en ese tiempo era Alcalde Mayor de Navarrete, título honorífico pues, quien ejercía todo lo era el Ordinario. En Nájera poseía su Alcázar, y era jefe de aquellas fortalezas defensivas desde tiempos pasados. Los duques de Nájera, han sido grandes de España, y venían emparentados nada menos que con Fernando de Aragón, el Rey Católico. Nájera está situada a tres leguas de Navarrete y, en el siglo XVI puede decirse que por ser los Manrique de Lara, residentes y con cargos militares y políticos en ambas localidades, forman un conjunto en todo.

Cuando se han detenido los tres religiosos, le daba plenamente el sol al Monasterio de Jesús, el que, asentado como estaba sobre una loma, más parecía una nave anclada sobre esa vega riojana, que edificación dedicada al culto cristiano. Precioso estaba, cómo dudarlo, el Monasterio de Jesús, con su iglesia y espadaña al Norte, y el cuerpo del edificio y huerta mirando al Sur, allí donde estaban próximos los pueblecitos de Medrano y Entrena, y, al fondo, el grisáceo cerro de Laturce, donde se dice que fue dada la batalla de Clavijo en el Campo de la Matanza, y se yergue roto y desafiante el castillo árabe.

Si caprichosa era la vista de aquel recinto monacal, construido el año 1427, no lo era menor, volverse de espalda y ver la monumentalidad de la Villa-fortaleza, donde destacaban sobre manera, el semicírculo de grandes casas palacios, elevadas al pie del foso, formando murallas que habían guardado a la población del asedio de los reinos fronterizos. Veían los franciscanos y el clérigo cas-

tigado, la flamante iglesia, con ínfulas de catedral, y, tras de ella, el cerro con las viviendas de los olлерos asentadas en el **Tedeón**, donde se elevaba altivo y sencillo -como era todo lo castellano- el castillo cerrado con poderosas murallas; la campana, sobre la mitad del cuerpo de la fortaleza, para tocar a rebato en caso de peligro.

A la izquierda de donde estaban detenidos los tres hombres, en terreno más bajo, tenían el Prado de Jesús, que era **campo** baldío por salitroso, en cuyo centro se elevaba una gran cruz de madera que había cobrado grande fama como Cruz de las Calenturas o Tercianas. Era sabido y pregonado entre los pueblos comarcanos que, quien iba hasta ella y rezaba con devoción llevándose un trocito de su madera, la curación era milagrosa. Como tiene más de un siglo y vienen gentes de otras regiones a por la astillita, han decidido los frailes, fortalecerla con hierros, para que no se caiga y se acaben las curaciones, curaciones y limosnas, porque tiene un buzón para que, allí, depositen sus "voluntades y obre mejor el milagro".

En la plazoleta que circunda la iglesia, cara a la Villa, se hallan dos hombres sentados sobre un banco de piedra, apoyando sus espaldas contra la pared del ábside. Era el prior, fray Abundio Ramírez, y el padre guardián, Juan Antonio Rodríguez.

- Padre Abundio ¿Es que no se le puede cortar a ése hombre renegado, el permitirle **tal** capricho de ir al pueblo los domingos y fiestas de guardar, y que haya que acompañarle dos hermanos nuestros, cuando aquí tenemos nuestra misa?

- No se puede. No se puede, Juan Antonio. Entra dentro de las órdenes que recibimos, nacidas del último proceso y no podemos nosotros alterarlas. Cuando queráis os las puedo enseñar, que, entrambos, debemos por nuestro bien saberlas.
- No es preciso. Todos lo sabemos porque así se viene haciendo y, cuando se cumple, es porque hay una razón que lo impulsa. Es que, viéndole cómo va a la su Villa de engallado, y cómo viene... hasta se me figura que lo toma como por objeto de vanidad.
- Puede ser.
- Bien sabéis que, a modo de orgullo y cual si fuese bandera, lleva lo que en otros había de ser denigración y hasta motivo de ocultamiento.
- Bueno, el es así. Entra dentro de su carácter. Porque le conocemos demasiado no debe extrañarnos su actitud.
- ¡Ah! Cuánto mejor, padre prior, hubiera sido llevarle a un auto cualquiera de esos que huelen a chamusquina... y en él perecer, como uno más. Con ello, nos habiéramos quedado libres de tener que aguantar dentro de esta casa a semejante alacrán.
- No digáis eso. Cuando los padres que con tanta sabia justicia mueven los procesos, no le han llevado al pobrecillo a la pira, sus razones han de haber tenido, padre.
- ¡Otras y otros han caído, uno más poco importaba a nadie;
- Aceptemos lo que Dios, hijo mío, nos dá por hecho y tengamos resignación, padre Rodríguez.

Llegado que hubo Antonio al monasterio, saludó al prior, que seguía sentado con el padre guardián, y, como

le dolía no poco la cabeza, bajó al calabozo que estaba en el subsuelo del convento para tenderse sobre un camastro que allí tenía. Apenas si le entraba luz por aquel lúgubre pasillo donde había cuatro celdillas que estaban destinadas, desde su construcción, para los frailes que se salieran de la regla comunitaria. Las paredes, rezumaban humedad y la luz entraba leve, raquítica y como avergonzada, por unos pequeños portillos que asomaban desde la loma, igual que si fuesen saeteras de un fuerte.

Tendido sobre la manta del catre, comenzó a recordar su vivir, recordatorio que lo hacía con cierta periodicidad, y, ello, hasta le consolaba, al reverdecerle ciertas vivencias, y, en otros lances revividos, le llenaba la boca de amargor, pues, cuando a rememorar hechos se dedica el anciano ¿quién será capaz de retirar lo agridulce de lo mielado, lo venenoso de lo vivificante?

Quise llamarme, Antonio de Medrano, y no Antonio Diez Hurtado. ¿Por qué? Pues, porque me agradaba no poco subir a ese pueblecito minúsculo que tengo a media legua escasa de ésta prisión; y su título me caía bien, y es apellido de mi madre. Mi padre se llamaba Pero Diez, y mi madre, mi querida madre a la que tanto hice sufrir, Toda Hurtado de Medrano. Estudié, estudié.

Tenía facilidad para el estudio, y hube de quitarle a mi madre el pesar de no verme ser un zote más, como hay tantos y tantos en los pueblos. Mi madre, quería que yo fuese hombre culto, y logró que satisficiera su decisión, llegando a ser bachiller. No

puedo negar que tomele afición al saber, y, cuanto más me adentraba en lo escabroso de los temas, pues, más me inducían a buscar la verdad. Por otro lado, ¡Ah, infelices!

de las madres que quieren todo lo más destacado para sus hijos; Mi madre, tenía dos, desde que vine a este mundo:

Verme bachiller y sacerdote en su pueblo. ¿Para qué?...

Para que rezara mucho por todos los de nuestra familia, para que todos los nuestros quedásemos libres de las llamas del horrible infierno. ¡Ay, cuánto egoísmo, madre querida; Para los demás: ¡Rayos, piedras, yagas, plagas por el campo! Para nosotros, que Dios se nos apiade y nos libre de todo mal. Virtudes y gloria eterna para quien sabe pedirla y tener en casa un pastor de almas. Y me hice sacerdote. Y gozaba toda mi familia viendo al pequeño Antonio vestido con sotanas... ¿Sacerdote?... ¿Sotanas?...

¡Ay, madre mía, cuánta desventura y cuánto desatino me esperaba; ¿Culpa mía? ¿Culpa de las circunstancias en que me ha tocado vivir en este desquiciado país...? Todo es posible. En esta tierra llamada España, creemos que el hoy, es siempre mejor que el ayer, y que seguiremos mejorando en estado y condición. ¡Ah, infelices; Mi madre, es verdad que conoció tiempos muy amargos, trágicos, y esperaba que los míos habían de ser mejores, que, peor, no podía venir que lo visto por ella. ¿Por qué no?

Se fue quedando traspuesto y le pareció que revivía todo aquello que hasta él había llegado por tradición oral. Sabía que, sus antepasados, llegaban hasta los judíos, y que aquel Díez era judaizante, pues hacía referencia a cifra y no a degeneración fonética, y que nada tenía que ver (¿O sí?) con el Díaz castellano. El, bien sabía que todo apellido judaizante, al bautizarlo, fue sa-

cado de un objeto, una planta o un pueblo. Así, en su caso, igual se decía Diez, que Tercero, Cuarto, Quinto -que también les hay. Y así de todo árbol: Haya, Robles, Encinas, Perales, Manzanos,.. Y, lo mismo en edificios: Castillo, Almena, Palacios. Iglesias. Y en otros casos, como: Espada. Armas, Montes. Peña. ¿Y los pueblos? Bien próximos están a su lugar aquellos apellidos que vienen desde el tiempo de los Reyes Católicos y podemos citar: Entrena, Medrano, Navarrete, Logroño, Albelda, Nájera, Hornos, Santo Domingo, Azofra, Canales, Pedroso, Matute, Tobía, Baños, y cien más que se busquen, pues, aquí, hubo muchos miles de judíos a quienes darles apellidos.

Recordaba que, siendo niño, le había oído contar a su padre algunos hechos tristísimos, ocurridos en tiempos pasados, hacia el 1360, cuando sus ascendientes vivían en Tudela, donde incendiaron toda la judería y pasaron a cuchillo a miles de israelitas. De Tudela se vinieron a residir cerca de Nájera, donde creían que hallarían paz, y, tampoco la consiguieron, porque, tiempo después, se hicieron fieros progrons entre los judíos de la llamada Ciudad de los Reyes, y en Miranda de Ebro. ¿Quién fue el culpable de tales desastres? Enrique, "el Bastardo", que trataba de convertirse en rey matando al que por herencia le correspondía la corona, Don Pedro, que contaba con el apoyo del pueblo judío. Don Enrique, mató en estas dos ciudades a cientos de judíos, sin reparar en que fuesen ancianos, mujeres o niños. Todo esto lo sabía por testimonios orales el niño Antonio, mientras que, su padre, abogado en la Villa, y jurista aun-

quemuy limitado, lo había conocido por sus abuelos.

El niño había crecido sabiendo los grandes castigos que ejercía el Santo Oficio, desde su inicio en 1481, en los seis reinos cristianos en que estaba dividida España, a saber: Castilla. León. Galicia. Portugal, Aragón y Navarra. Había otros ocho que eran mahometanos: Toledo. Sevilla. Córdoba. Jaén. Granada. Murcia. Valencia y Badajoz.

Sabía Antonio, cómo se habían celebrado Autos de fe, en los que fueron quemadas-hasta^{en} su tierna niñez; miles de personas. Sólo en el año del inicio del Santo Oficio, se decía que fueron dos mil. Y conocía de memoria y hasta cantadas, ciertas sátiras clandestinas dedicadas a Torquemada, aquel fraile que fuera prior de Santa Cruz en Segovia, y, más tarde llegó a Inquisidor General., cuando Antonio tenía doce años. Se decía -de oído a oído, pues el terror era mucho- que, durante el mandato de este inquisidor, fueron quemados en sus dieciocho años de mandato, ocho mil ochocientas personas, seis mil quinientos en estatua por estar huídos o escandidos, y más de noventa mil, reconciliados. Sabe Antonio que, ellos, dependen de la diócesis de Calahorra, aquella que, desde 1485, ejerce con todo poder para celebrar Autos, como lo venía haciendo Sevilla, Jaén, Toledo, y otras sedes cristianas desde el siglo actual.

Antonio, junto a otros niños, recorría todas las calles de la Villa. Subían hasta el barrio de las Olle-rías, fundado por los vecinos de los cuatro Corcuetos, el año en que vinieron los alfareros de aquella pequeña aldea visigótica para estar más seguros dentro de la fortaleza, año 950. De allí, ascendían hasta las mura-

llas del castillo y tiraban piedras al aljibe que permanecía colme de agua verdosa y llena de ranas, porque había dejado de tener la efectividad de siglos anteriores, máxime, desde que los Reyes Católicos habían mandado abrir todas las murallas y dejar los castillos con la mínima fuerza armada. A partir de ese tiempo se fundó en la Villa el barrio del Arrabal, poblado casi todo por judíos venidos de la Rioja Baja y de Nájera. También conservaba el castillo, aquella poderosa campana, apoyada en dos pilares de piedras sillares, que tantas veces había sido utilizada para tocar a rebato. Corrían en cuadrilla los niños por el barrio de San Juan, al Este, donde está la puerta del mismo nombre. Antonio, venía muy distinto a los demás niños para el estudio, de ahí que, sus padres, decidieron que se formara, culturalmente, mejor que sus otros hermanos.

La familia tenía, cuando él era adolescente, más posibles que diez años atrás, y así, el pequeño de los Diez, había de ser bachiller, como lo eran algunos hijos de aquellos que vivían en la Calle Mayor, Alta o Baja. Su padre era jurista y, amigo del duque.

Cuando tiene buena formación y los años precisos, le envían a Salamanca, y estudia en el colegio de San Pablo, que estaba en ese tiempo, bajo la disciplina de fray Bartolomé Carranza, con quien además, se confesaba. Carranza, era hijo de judaizantes, como lo eran no pocos de los frailes educadores y rectores del Santo Oficio. También Torquemada lo fue. ¿Y Valladolid? Valladolid, en ese tiempo era una ciudad llena de fama y de grandes hombres.

A Valladolid fue más tarde el joven Medrano.

Allí, existían unos artesanos, que trabajaban toda clase de materiales para hacer obras de arte en piedra, madera, estucos, marfiles y platería. Allí estaba la Corte, y ello obligaba a vivir a la sombra de los monarcas, a la más alta aristocracia, el arte y los pensadores más encumbrados. También está Valladolid, lleno de mercaderes, no sólo de España, sino del extranjero, que vienen a hacer transacciones en las ferias más populares de Castilla y en los mercados de Medina de Campo, Villalón y Medina de Rioseco, entre otros.

Hay también, -cómo no- hermosas mujeres y atrevidos galanes, de ahí que, el lujo, se hacía ver en toda ocasión. Dentro de aquella populosa y, hasta aristocrática Valladolid, se está difundiendo una doctrina esparcida por un gran hombre del clero, don Agustín de Cazalla, canónigo de Salamanca, y hombre con grandes conocimientos en materias que atañen a la religión.

¿Qué es lo que va predicando en secreto?: La Reforma Protestante. El canónigo Carranza, era hijo de Pedro Carranza y de Leonor Vibero, ricos hacendados, aunque infamados y castigados por la Inquisición de Sevilla.

Se ha despertado Antonio y ha tenido que restregarse los ojos, porque, aún conservaba aquellas imágenes como grabadas en las retinas. Ha sacado de debajo de la almohada unos papeles y ha leído:

"Que los acusados del crimen de herejía no fuesen presos en cárceles horribles, sino en las que sirviesen sólo de custodia segura" "Que se les permitiese visitas de maridos, mujeres, hijos, parientes, amigos, abogados y procuradores".

- ¡Letras; ¡Letras; ¡Letras incumplidas para engañar al pueblo; ¡Basura; ¡Todo esto es como basura de un horrible estercolero que es nuestra España;

- ¡Maestro... ¡Maestro...

- Pasa, Teobaldo, pasa, hijo mío.

- Me pareció que hablaba...

- Quizá. Puede que sí. Creo que tengo calentura en las sienes, hijo mío. Esta amante fiebre se ha empeñado en no abandonarme.

- Lo que tiene que hacer es salir de aquí y tomar el aire. Está un día precioso para ir al monte, para gozar corriendo con un brioso corcé.

- Ya... Ya... Eso tú, que puedes. Mi vivir está ya muy lejos de esas alegrías. Es mejor, que se vayan acostumbrando los huesos a la humedad eterna de ésta mazmorra.

- Eso sí que no. Además, es la hora de comer, y debe subir el maestro conmigo al comedor. ¡Hay que comer! ¡Vamos a comer, maestro;

- No tengo la más mínima gana de nada, sino de morir y, cuanto antes, mucho mejor, así acabo esta cruel laceria.

- ¡Y dale con ello; Cuidado que es tozudico el maestro.

- Pero, si es que es así, Teobaldo. Esto, es así y no de otra manera. Mi vejez llama a huesa, como tu vitalidad a subirte a un alazán, o, sobre una moza.

- Vamos y déjese de poesía que ella es mi enamorada. Deme esa mano que yo le cuente las pulsaciones, le pase mi calorcito, y verá cómo el dolor de cabeza se lo espanto y huye tan rápido como centella.

- Toma, pero bien sé que no hará efecto mientras que yo no ponga el pensamiento elevado. Donde no está Dios no hay causa posible de ser arreglada, y yo tengo el bataneo de mi corazón que, aquí dentro, en la caja del pecho, me roba todo pensamiento hacia lo puro y sagrado. Somos tan agarrados a la tierra, hijo mío.
- Bien me parece y así yo lo hago a diario poniendo mi pensamiento en el amado Jesús. ¡Jesús! ¿Y el padre, dónde lo sabe poner con mayor preferencia?... ¿A que lo acierto? ¿A que sí?...
- Dímelo, Teobaldo, anda, dímelo que sólo oírte decir su nombre, puede que me refresque esta calentura que me devora.
- Francisca... Francisca... ¡Fran - cis - caaaa....;
- ¡Ah, desventurado de mí! ¿Te das cuenta, hijo mío, qué triste y aburridor es este mundo cuando el vivir carece de ilusión y de sentido? ¿Con qué puedo yo, ahora, alegrar mi ánima, si ella me falta, y era madre, hada y consoladora de mis desventuras?
- Estoy yo, padre Medrano.
- Pues, gracias a tí, hijo mío, puedo llevar esta carcerería más aliviada de lo que el Tribunal pretendía.
- Bueno, ahora, padre Antonio, vamos a subir a comer y, después, nos iremos caminando, caminando despacito, hasta Los Alisos. ¿Os apetece? No me diréis que no. Hoy es domingo y lo tenéis permitido ese paseo por el campo, siempre que vayáis conmigo.
- Es verdad. Una extra de que gozo, por gentileza del padre prior. Qué sarcasmo, hijo mío. ¿Te das cuenta qué sorda y siniestra maldición pesa sobre mí?
- Bueno, bueno, bueno... Confíemos que que el señor Du-

que, os ha de atender como merecéis.

- Si no fuera por vos, bien sabe Dios, que me hubiera dejado morir.

- Escuchad... Escuchad, padre... La campana toca a manducar, a condumio, a llenar el estómago... Subamos y, hacerme caso: ¡A comer se ha dicho, padre Antonio; ¡A que se ha aliviado el dolor, a que sí...?

- Pues sí. Siempre que venís a mi celda, consigues Teobaldo, traerme paz y alejarme el dolor. Yo te aseguro que, muy pocos hay sobre los altares, que hayan merecido ese privilegio tanto, como éste bondadoso capellán de san Francisco, mi querido amigo.

- Bueno, bueno, dejemos eso y ¡venga; ¡A comer lo que nos tiene preparado Gofii, que es nuestro gran cocinero;

Uno tras otro, peldaño a peldaño, subieron las estrechas escaleras hasta llegar al piso alto, que era el que guardaba el mismo nivel que la meseta.

Las habitaciones y demás apartamentos: biblioteca, salón de actos, capilla para enfermos, etc, etc, estaban en la planta superior del edificio. Toda la primera planta era soleada y seca de humedades. También lo era la planta baja y el claustro, e, incluso, la iglesia. El estar sobre un montículo, le evitaba humedades y filtraciones a toda la obra. Lo peor, como en todo edificio antiguo, era el subsuelo, donde estaban las celdas, los enterramientos y, el almacén. Aquello, más parecía un túnel, o unas catacumbas que lugar para ser habitado. La celda de Medrano era ruin de tamaño y de suelos; paredes de piedra redonda agarrada con cal y arena, entre cuyas

grietas, aparecían raíces y no poco moho. Todo aquel subsuelo, al igual que los panteones, respiraba humedad.

En el comedor, estaban los doce frailes sentados.

Leyendo unas frases de agradecimiento a Dios, por **cederles** aquella preciada comida, estaba uno de los frailes, que se turnaban en el oficio, antes de iniciar la **con-**sumpción. Se le daban gracias al Creador, por los alimentos que se iban a comer. Se pedía sobriedad y modestia.

Se rezaba por los pobres caminantes y navegantes que estaban por todo el mundo y no tenían descanso ni qué llevarse a la boca. Después de escuchar los rezos y santiguarse, cada cual ocupaba su asiento en largas tablas que hacían las veces de asiento.

Hasta que el padre prior no comenzaba a comer no tenía que hacerlo ninguno de aquellos doce franciscanos, y, hasta era norma, dirigir a él la mirada y marcar una sonrisa hacia su jefe espiritual.

En aquel salón comedor, desde hacía varios años, el extraño en ropas y en orden era el castigado Antonio de Medrano.

Había estado años comiendo en su celda, pero, desde hacía poco más de dos, debido a su correcto comportamiento, se le permitía subir al piso alto y sentarse a la mesa con la comunidad, pero, eso sí, tenía que colocarse al final de los asientos y siempre, en la esquina izquierda.

No podía evitar que, desde que hizo su llegada al Monasterio, todos los días, algunos de ~~ellos~~ ellos, tanto por envidia en conocimientos generales como por congraciarse con el padre prior, le enviaban miradas de odio y, a veces, risas o palabras mal intencionadas, pero ¿qué podía ya mortificarle al hijo de doña Toda Hurtado de **Medrano**, después de haber sufrido largos procesos y torturas en los calabos-

zos de Toledo y Valladolid? A su lado, todos los días, desde que llegó al Monasterio, se sentaba junto a él, Teobaldo, el fraile joven y sabio, culto y lampiño, que tanto quería al sufrido bachiller y, con el que se sentía plenamente identificado en casi todo lo que atañía a su recoleto vivir. Los demás frailes le llamaban, "Juancito", y era porque le parecía su actitud con el bachiller, exacta al joven apóstol, que siempre le han puesto los imagineros y pintores junto a Jesús en la Santa Cena. El padre que menos pasaba de garganta para abajo a Medrano era, fray Domingo Butrón. ; Santo Dios qué fraílón tan repelente y mal intencionado; Tenía pasado el medio siglo, pesaría en limpio unas ocho arrobas, porque, era sucio como palo de viejo gallinero.

Su grasa estaba manifiesta en cuello y papadas. También la llevaba en la ropa, que le brillaba como de hule, y era por el mucho pringue que guardaba.

Desde lejos se percibía un cierto olor, mezcla de miel y de sebo, o, de panal y orín, porque, Butrón, era el encargado de los enjambres. Por más que el padre prior le mandaba lavarse cara, cuello, piernas y ropas, él nunca hacía el servicio completo. Era de cara gorda como la luna, cejas unidas y rectas, con sus pelos en punta igual que lanzas. Su pelo era negro y pinchado. Barrigón y, con pies planos.

Los compañeros no le llamaban jamás Butrón, y menos, Domingo, entre ellos lo corriente era llamarle "Pedorrero", y es que, el hombre, tenía tal facilidad para hacer con el vientre lo que se le antojara que, a semejanza de campana, tanto podía echar

un' cuesco como veinte, y, tanto podía tocar a misa como a rebato. Butrón -le decía un compañero- suelta doce, uno para cada padre, y, al final, repique de los gordos.

Y Butrón, no fallaba jamás.

- ¿Queréis ahora un repique de atambor? ¿Sí? Pues, ahí que os va. Y lo hacía perfecto, entre las risas de los franciscanos. Era, además, una bestia trabajando en la huerta. Jamás se cansaba. Lo peor que tenía, el pobre, es que no quería ni ver a Medrano, porque, para él era ni más ni menos que un renegado, un maldito, al que tenían que haber llevado a la hoguera. De ahí que le mandaba en la mesa unas miradas llenas de odio y de bruticie.

Estaban reunidos en una sala envuelta en penumbra. Apenas se veían unos a otros. Leves llamitas salidas de palmatorias que mantenían gruesas velas, resaltaban los ojos de los asistentes, algunos de ellos muy jóvenes, llenos de viveza. Otros, por culpa de la edad, se adivinaban más hundidos, con menos luz, lo marcaba el paso irremediable del tiempo. Cuando penetraba al recinto alguien, decía en tono bajo y amigable identificándose con los allí reunidos: "La paz de Dios sea con todos vosotros". Las bocas más próximas a la puerta le respondían: "Eso mismo te deseamos, hermano".

Antonio de Medrano, había sido llevado allí por Isabel de Castilla, mujer de Carlos de Seso, con quienes mantenía fiel amistad lejos de allí, en su patria chica.

Aquel matrimonio vivía en Villamediana, cerca de Logroño.

Poco duró el silencio. De alguna puerta que el joven clérigo y bachiller ignoraba, salió un personaje con

ropas negras y una caperuza sobre la cara. Subió a un pequeño púlpito y les invitó a rezar un Padre-Nuestro y a permanecer unos segundos en reflexión, meditando sobre la grave situación en que se encontraba España. Cuando lo creyó conveniente les dijo:

“ Hermanos en nuestro Señor Jesucristo:

Ya está pudriendo desde hace años. Ya no huele su corrupta carne, pero, aquí dejó la semilla y ella fructifica, porque la siguen regando con sangre de cristianos. Vosotros, hermanos, no le habéis conocido como yo, pero, puedo deciros que era, en sus últimos días, como un viejo zorro. Desdentado, canoso, mal-encarado, desmedrado, enfermo, maldecido y mal-oliente. Bien notaba el pobre hombre, que llegaba para él la hora ^{de} agachar, en cualquier momento, la torturada cabeza en el regazo del Creador, y, porque llevaba consigo una horrible historia llena de crímenes y de sucias acciones, tenía pavor de presentarse a rendirle cuentas al padre Supremo. Yo sé, que temía mucho más que perro rabioso a beber agua cristalina, el verse ante el Juez Eterno. En el mal que hizo, se reflejaba su ánimo y, el temor al juicio del Padre, le aterrorizaba desde que aquí se le apagó el soplo de vida. Yo le ví. Yo le ví que, últimamente, caminaba como extraviado por los angostos andurriales, que él había formado muy a su manera, y que le parecían en esos críticos momentos del rendir cuentas, agrestes serranías; empinadas cuestas en las que el pavoroso rugir de los huracanes del odio po-

pular le cercaban y buscaban cómo derribarle. Yo os digo que, el pobre frailecito que tanto poder tuvo, por más que buscaba la claridad y la paz, ya no las encontraba. Todo lo tenía perdido por y para siempre. Se daba cuenta que, en lo más alto del vivir, están las cresterías heladas, en las que no es posible agarrarte ni retroceder. Quehay un erguido picacho, donde existe una niebla eterna, que no permite ver la buena senda que por el espacio te llevará a la cumbre donde espera a los nobles corazones, el Padre Eterno. Yo os puedo decir, hermanos, que, aquel frailecito protector de nuestros antepasados reyes, aquel dominico que tuvo en sus manos los más grandes Tribunales que jamás existieron en ésta nación, cuando llegaba en su vejez de sentón a las últimas cumbres terrenales, tuvo que oír la voz del Padre que, desde una blanca nube le decía, apuntándole así, así, con el dedo índice:

¡Tomás! ¡Tomás!: ¿Cómo te atreves, siquiera, a aproximarte a la puerta de mi palacio celestial, si vienes con las manos ensangrentadas y las sandalias llenas de lodo sanguiolento, por tantos infelices hermanos que me has eliminado?"

De todos los presentes, se escapó un ¡ay!, que era acusador y sintomático de rebeldía hacia aquella causa. El hombre del púlpito, siguió diciendo:

"Vienes a mí, Tomás, lleno de pesadumbre y de terror por cuanto te espera y mereces, pero, date cuenta, dominico endiablado, que tus ropas huelen a chamusquina humana. Que te veo en los ojos reflejados, los Autos de Fe, que has hecho invocando mi nombre, ajusticiando a tus hermanos en mi nombre, para esconder tu prepotencia y odio contra los de otras ideas, otras razas y

otros credos. Todos esos, eran igual que tú, hijos míos, y, cuanto ellos hacían yo se lo permitía. Tú has llegado a creer que eras más poderoso que yo, por contar con el favor de los que allí he permitido coronar, pero, ahora, Tomás, llega la hora de presentarte ante mí, para que me rindas cuentas, y las quiero bien clarificadas. Yo os digo que, asustado, anonadado, quedó el anciano fraile. Viendo que el Padre le dio la espalda, volvió la grupa el dominico y descendió arrastrándose por la montaña, hasta la que había llegado revestido de hiena, y se dedicó a pedir perdón hora tras hora, para conseguir ser admitido allí donde vio que estaban todos aquellos miles y miles de almas que el había intentado llevar a los infiernos, y no lo consiguió.

Creo, hermanos, que todos sabéis a quién me estoy refiriendo.

Cincuenta voces a una dijeron:

¡¡Torquemada!! ¡¡Ese es Torquemada!!

- ¡Exacto! ¿Véis de qué sirve la maldad y el tener metido a macho-martillo un credo acomodado a su prepotencia y alejado de Dios? Siendo esto así ¿quién podrá de ahora en adelante, conspirar para traer desolación, amargura, tortura contra el hermano, y acarrear para los semejantes la miseria, el hambre, los crímenes y los lutos? Yo os aseguro que ví, en sus últimos días, a ese pobre hombre que, incluso, pisaba sin pisar por no herir a las pobres criaturas que se mueven por el suelo. Tanto le dolía, al final, matar, como el aguantar su cuerpo, lleno de flaqueza. Así acabó, os lo puedo

asegurar: Arrepentido, pisando mansa, dulce, humildemente; andando a ciegas, tratando de lograr la puerta que confiaba se le hubiera abierto al cabo de tanta penitencia, pero, ya no había lugar para tanto daño hecho porque ¿quién volvía a la vida tanta ánima violada, y a su estado tanta hacienda destrozada y embargada, como el hizo por odio y rencor?" Se hizo un silencio y prosiguió: "Esto pasó hace bastantes años, pero, ahora, tenemos a otros que no son mejores. Otros, que siguen sus mismas teorías y aplican los mismos tormentos. Y yo os digo que, esto, hermanos, no puede seguir así. Tenemos que lograr convencer a miles y miles de almas que viven en el error, para que formemos un nuevo ejército clandestino que ya nadie pueda derrotar.

Tenemos que ser astutos, discretos captadores de la voluntad de quien manda; introducirnos en sus pensamientos y darles el cambio que nosotros ya hemos dado. Yo quisiera que, con habilidad, lleguéis hasta los bachilleres, hasta los canónigos, los obispos y los cardenales, informándoles de la nueva postura que tiene que llevar la iglesia, y que es voluntad del Creador. Advertirles a los aristócratas, a los príncipes y a los propios reyes, que sólo éste es el camino del bien, y que se acabó aquello que venía desde los visigodos, y no era sino cisma y herejía. De ahí que, el pueblo -bien lo sabéis- corría a los sacerdotes y obispos con piedras y les llenaba en todas partes de insultos porque les veía peor que ellos, mucho peor, cuando tenían que ser ejemplo en todo. Vió, cómo las religiones se enfrentaban las unas a las otras, con grandes aparatos guerreros, por ver quién alcanzaba más poder, si Mahoma o Jesucristo. Eso,

hijos míos, queremos dejarlo enterrado por y para una eternidad o no hemos hecho nada. De ahora en adelante queremos que mande la razón que es nuestra mejor fuerza y no la espada y la tortura, que es el terror de la sinrazón."

Cuando terminaron la ceremonia, Isabel, presentó al joven Antonio, a una mujer de su misma edad, llamada Francisca. Era aquella desconocida, una mujer de belleza extraordinaria. Desde que se fijaron los ojos de los dos seres, quedaron prendados, más aún el curita riojano, quien le oyó decir a Isabel de Castilla:

- Padre Antonio. Ella es Francisca Hernández, una fiel seguidora de nuestra causa y con un don concedido por el Creador que a todos nos maravilla.

El bachiller, le tendió la mano y, ella, sumisamente se la fue a besar, pero, Antonio, la detuvo.

- No no no. Eso no... Es igual.

Mientras esta escena realizaban, la Castilla le decía a Francisca:

- El sacerdote se llama Antonio de Medrano. Es bachiller y un gran humanista.

- Lo he oído, lo he oído nombrar Isabel, cuando Pedro Carranza, se lo comentaba a su hermana Beatriz.

- Bueno. Os invito a los dos a venir a mi casa para que tomemos un refrigerio. ¿Os apetece? ¿Dónde tenéis al marido, Isabel?

- ¡Oh, mi marido!... Carlos, estará muy ocupado llevando al "tapado".

Y rió felizmente, dándole a la conversación cierta amenidad, no obstante los años que ya te-

nía la mujer del sabio luteranista Carlos de Seso.

En casa de Francisca Hernández, están tomando un pocillo de caldo caliente y unos pasteles con vino-rancio y moscatel. Durante la breve merienda, cada cual fue soltando lo que sentía y sabía acerca de la situación política y militar en que se destrozaba su patria.

La que más conocimientos tenía sobre lo que se trataba era Francisca, que les deslumbró con aquellos conceptos filosóficos y maternales que les recomendaba, como si de memoria estuviesen aprendidos, o alguien se los dictara. Su saber y gracia en decirlos era única.

- Mirad, señora, y vos sabéis más que yo, y también lo sabe Medrano, pero, sobre lo que vos me habéis dicho yo os aseguro que "los prelados eclesiásticos no pueden absolver a ningún vivo de las penas del Purgatorio, por más misas y rezos que les dediquen. Ni en todo ni en parte lograrán nada. La contrición que borre el pecado del vivo, debe borrar también las consecuencias, es decir, la pena. Los pecados se perdonan por sí solos cuando lo hace el causante y no por ninguna otra autoridad".

En esta discusión estaban los tres, y ella era el tema de esos días, cuando en la puerta sonaron tres grandes aldabonazos.

- ¡Dios mío; -dijo Isabel. ¿Habéis visto si nos ha seguido alguien por las calles?

- No os preocupéis, que yo saldré al balcón por ver quién es tal inoportuno.

Abrió el balcón la guapa mujer y, desde la calle, le preguntaron si estaba en esa casa doña Isabel de Castilla.

- Sí, sí. Aquí está.

La misma voz desde la calle siguió diciendo.

- Vengo, para decirle que la esperan en casa de don Pedro Bastida.

- Muy bien. Decídesle que, en seguida, irá para allí.

Cerró el balcón y lo comunicó a sus dos invitados.

- ¿No os habéis dado cuenta, Francisca, que ese nombre es falso?

- Claro que sí. Trampas, a mí no me valen ni me las cuela nadie, Isabel. ¿Iréis a lo de la Viberero?

- Allí sí. Os dejo antes de que el alguacil vaya con la noticia de que estoy aquí a sus mandatarios.

- Yo también quisiera ir -dijo el clérigo.

- Noño, -dijo la Hernández sonriéndole. El señor cura, se queda conmigo para evitar sospechas...

- ¿Sospechas?... ¿Creéis que...?

- Todo. Todo, y no seáis de ahora en adelante, por sobre todo, incauto. Que vaya doña Isabel y, nosotros, continuaremos saboreando éste jamón y éste rico vino que han traído de las tierras de Rueda.

- Os dejo, Francisca. Perdón, padre Antonio. Ya nos veremos en cualquier momento.

Le acompañaron hasta el zaguán, que estaba empedrado con grijos de varios colores, y cerraron la puerta, quedando solos en la casa, la bella mujer y el curita de La Rioja. Tres cerrojos pesados como mazas, corrió la dueña para asegurarse bien de que por allí no era posible subir a su piso. Llegaron nuevamente hasta la planta alta y al verse solos le dijo Francisca muy decidida:

- Padre Antonio, quítese la sotana y póngase cómodo, que eso voy yo a hacer también.

- Yo creo que no vale la pena. **Estaré muy poco aquí,**

- ¿Poco?... ¿Quién le obliga a marcharse de mi casa?

- Nadie, nadie...

- ¿No le agrada mi compañía?

- Sí por cierto. Ya lo creo que sí. Mucho.

- ¿Entonces?...

Aquella mujer estaba preciosa. Tenía los ojos hondos, trigueños, brillantes, rodeados de frondosa empalizada que eran sus moriscas pestañas. La piel asemejaba el terciopelo. Los labios, frescos y rojos, regordetes, dejando entrever unas hileras de dientes blancos y pequeños como los pichones que ya quieren iniciar vuelo. En esas contemplaciones estaba el bachiller, cuando Francisca, se le acercó más aún y le dijo al oído algo, tras de morderle el lóbulo de la oreja derecha y jugar con él dándole con la lengua a querer ramoneárselo, entre risas y picardía.

- Vamos, quítate esa ropa negra y vete comiendo, Antonio, que yo salgo en seguida.

Se quitó la sotana el curita y la echó sobre una gran silla tapizada en rojo y con precioso paño calado que le cubría el respaldo. La duda, la intriga y la ilusión, peleaban unas contra otras dentro de su cabeza. ¿Qué fulana o mengana era aquella tan guapa, tan sabia y tan cautivadora? ¿Por qué tenía tantos deseos de que el clérigo se quedara con ella? ¿Buscaba introducirlo más aún en el fuego luterano y erasmista?... Pero, si así lo fuera, poco le importaba, porque él ya lo era desde hacía no poco tiempo, ahí estaban los Seso como testigos. Y,

era más: estaba decidido a continuarlo hasta la mismísima muerte, si Dios así lo deseaba. Por otro lado; Ay, por otro lado...!¿Qué tenía aquella mujer que tanto le absorbía el seso y le obnubilaba el pensamiento? ¡Dios mío, Dios mío, qué belleza tan extraordinaria y tan juguetona; Pero, yo, he de comportarme gallardamente y con el máximo juicio, o me veo perdido, Virgen del Sagrario bendita...

En estos pensamientos estaba, cuando apareció Francisca Hernández, con una ropa como de seda blanca y transparente. El pelo, que le había llevado recogido, ahora lo tenía suelto a su albedrío, y le caía desmayándose por la espalda, hasta casi llegarle al talle. Se había puesto una especie de sandalias de paño sin contrafuerte, y despedía un embriagador perfume. Colocada en el centro del salón le dice al clérigo nacido en Navarrete:

- ¿Os gusta ésta ropita, padre?... ¿Calláis...?

¡Ay madre, qué apesadumbrado os veo...! ¡Tocadla...!

Tocadla, que es pura seda. Me la ha traído un amigo que ha venido de Roma. Dice, que es un capricho moro para recién casada. Que lo llevan las urís cuando rodean al jefe en el harén... ¿Veis qué graciosa es, bachiller Medrano?... Por Dios, no os ruboricéis, Antonio bendito! Dejad eso para los que siguen fieles y temerosos a lo que dicta el Papa, mientras él está rodeado de hembras que llevan éstas ropitas. ¿O no? Nosotros, Antonio, tenemos otra manera de entender la vida. No queremos más trampas sobre lo que es pecar o no pecar, que, todo cuanto tiene el cuerpo y Dios lo dio en su día, no significa pecado.

- Y yo, Francisca, así lo entiendo, pero... tenéis que comprender que no tengo hábito...

- Claro, pues, por eso... porque le tenéis ahí.

La picardía de la Hernández estaba bien manifiesta. De sobra sabía ella lo que quiso decir el clérigo, pero, ella hizo un juego de palabras.

- Dejemos eso y, a comer. A comer y a beber, y que Dios nos bendiga, Por Dios, no os ruboricéis nuevamente, Medrano.

- Es que, uno... educado como fue... pues, tenéis que entenderme...

- ¿Entenderte de qué? ; A comer, a beber, y, después...

- ; Francisca...

- ; Antonio...

Cuando menos podía esperarlo el bachiller, se le sentó la joven mujer encima de las piernas y comenzó a acariciarle la cara y pelo. ¿Os molesto? ¿No?... ¿Os sentís violento, turbado...? ¿No? Pues, entonces, dejadme hacer a mi. Yo me figuro, que estáis de acuerdo en todo cuanto dijo don Martín ¿O no?

- Sí. Sí que lo estoy. Totalmente.

- Pues, si dijo: ; No más santos en los altares; ; No más terror con el Purgatorio; ; No más sumisión al Vaticano, que está lleno de corrupción; ; Basta de votos monásticos tramposos, y, a casarse todo cura que le apetezca ¿por qué ese temor, cuitadillo?

- Es que, Francisca...

- ; Y dale con él; ¿No se junta, en clandestinidad y eso es mayor pecado, el papa y los cardenales con quienes quieren? ¿No se junta Lutero, desde que abandonó la sumisión al Vaticano y a la orden agustina, con una mujer formando matrimonio?

- Sí. Así es.

- ¿Por qué temerle, Antonio querido, al sexto mandamiento, que nos lo han puesto como cosa diabólica, cuando es lo mejor que hizo Dios para seguir la creación que Él inició? Bien sabéis que, sin ello no hay vida animal, ni vegetal, y que sin emparejamiento, se acabaría con las especies. Pues, si ello fue dispuesto por quien todo lo hizo ¿cómo lo puede rechazar éste curita puritano?

- Si no es rechazar, Francisca...

- Pues, si no es, Sirve una copa de vino que nos la beberemos los dos.

La sirvió y bebieron por el mismo lado de la copa los dos. Cuando le tocó beber a Francisca, llena de dicardía la mirada, le guiñaba un ojo al bachiller y éste se soñaba en el más delicioso de los paraísos. Tanto acariciarle la bella y fogosa "santa" -que por tal ya se la tenía en muchos lugares- acabó por llevarle al huerto que ella deseaba, y gozó como nunca enseñándole al tímido clérigo en el que-hacer de las prácticas sexuales, y cómo debe cumplirse con la hembra. Hizo, lo que es de ley que se haga en todo animal y de lo que no pueden estar fuera del círculo los racionales, cuando dos de distinta especie se juntan y al instrumento creador se le quiere poner en ejercicio.

Entre la vergüenza que sintió por ser primerizo y lo atrevido de la acción con tan hermosa y culta dama, salió del trance colorado como granada en sazón, y, bien creído que, un ministro de Dios, había pisoteado su profesión, aquella que, durante años tanto había respetado. Acabaron

de merendar con más tímidez que una hora antes y, silenciosamente, cuando ya comenzaba a apuntar la noche y el cielo se veía salpicado de estrellas, se fue camino del monasterio, donde estaba residiendo. En la cabeza llevaba impresa la bella cara y el hermoso cuerpo de aquella mujer. Era un ejemplar de una perfección total, pero, de ahora en adelante ¿quién sería capaz de borrarla de la imaginación? Nadie. Ni los hombres ni las leyes, ni el propio Creador, a quien tanto temía, había de hacerle desistir de un amor que se le había metido hasta la médula. Antonio de Medrano, estaba, desde esa tarde, locamente enamorado de Francisca Hernández.

Había en la Villa un hombre que tendría unos cincuenta años, y, arrastraba pata de palo desde hacía más de un cuarto de siglo. El cojo, había nacido, con esa gracia especial que salen muchos hombres para el canto, como para los más es un arte negado. Todo cuanto entonaba era bien celebrado. Por las noches, mucho más en verano, cuando más calor tiene la tierra por ser canícula de Santiago y las gentes están en ese tiempo por las eras trillando, aventando, o, acarreando mieses y paja, "Tabiques", que tal se llamaba, salía a darles una serenata. "Tabiques" era alto como chopo, flaco como espina, tez tostada, entrecejo fiero, y piel llena de erosiones y de tropiezos de metales que la buscaron rajar en peleas juveniles. Tenía ojos de águila, y orejas, como salidas de cabeza, semejante a los monos.

Iniciaba por las noches sus canciones, siempre soeces y, dedicadas con preferencia al masculino y perturbador ardor juvenil; canciones que había aprendido

cuando batalló contra las más diversas gentes, al lado de los Reyes Católicos. Se acompañaba de un laud, y no le faltaban en ocasiones, seguidores, que podían ser labriegos, mozos de mulas, segadores llegados de fuera o, artesanos. A "Tabiques" le admiraban todos por sus saberes y porque decía poesías excesivamente licenciosas, en las que contaba amoríos y embrollos entre solteronas y clérigos, entre casadas y frailes de las más variadas comunidades, que él titulaba: ganaderías. Cantaba romances

como el de la hija del rey moro Abdula Miziam, que cautivó a un alférez cristiano y, cuando estaban en pleno ejercicio erótico cabe la hierba del monte, aparecieron los dos hermanos de Aixa, cada cual con su cuchillo curvo, y le ramonearon la pieza de su perdición. Acababa el romance así:

Desde entonces, hijos míos
mucho cuidado al tratar
lo que te ha de traer líos
con el meter y sacar.

Lo que no perdonaba el cojo Tabiques, era bajar hasta la Hostería del Peregrino, o Monasterio de San Juan de Acre, y, colocado delante de la maravillosa portada de piedra, que llaman arte románico, alegrar a la comunidad y peregrinos con romances dedicados a Cristo, al rey Herodes y a Santiago, que pasó por La Rioja, derramando cepas de uvas riquísimas traídas de tierras de Oriente. Otras veces, cantaba coplas dedicadas a Satanás y a su fiel servidor, el que fuera ollero en la Villa, "Pedro Botero." Los frailes, que ya sabían su razón de llegar hasta ellos, le sacaban la colación que podía ser comida sobrante, eso,

cuando sobraba, que era las menos de las veces, o unos maravedía para que los gastara en vino en la taberna de "Morrotopo." De allí se iba, tranco a tranco, hasta el Monasterio de Jesús, que era mucho más pobre, pero, también, con fama de ser más generoso y, como bien le conocen y saben que el pobre y viejo soldado vive solo en una casucha del barrio de San Juan, le mete el cocinero a su cocina y le llena el estómago de sobras. Allí, Tabiques se pone al día. No faltan, en ocasiones frailes que también saben música, y aparecen al ver al "cojo de Granada," con su zampoña, otro la gaita, el de Aragón el caramillo o chirimía moruna, y, colocados en el patio junto al brocal esculpido en piedra, se huelgan mucho en interpretar, -tiene que ser antes del Angelus, unas piezas que suenan como aleteo de los propios ángeles. Tabiques, busca caracoles, en su tiempo y, metidos en tinajas, les vende cuando es buen tiempo, y, a las gentes, les gusta hacer merienda con ellos.

Los tiene de todos los términos que hay en aquella jurisdicción. Otra manera de sacar beneficios lo constituyen las plantas medicinales que, enseñado por los moros cuando estuvo en las guerras, las busca por los montes próximos y sabe sacar algunos beneficios. El cojo, el flaco Tabiques, va por las calles pregonando la buena propiedad del mastuerzo, la menta, el espliego, la malva bravía, la raíz de la cola de rata, el ajo silvestre apañado, la cola de dardacho, etc, etc. Tabiques, cuenta, mientras vende sus plantas, los sucedidos con las moras, en tiempos en que iba de soldado con el Duque Forte, y ganaron no pocas ciudades y villas a los hijos de Mahoma, y les entregaban moras preciosas para me-
-como premio-

terlas a conciencia entre los buenos sentires y go-
ces de los soldados cristianos, pero, esto, ha de
ser mejor contarlo más adelante.

- Deja, déjame ya el brazo, Teobaldo, que me en-
cuentro muy bien, hijo mío. ¡Ah, no sabes cuánto
te agradezco todo este desvelo que tienes por mí,
y cómo pido a Dios, que no te separes de mi lado has-
ta que vaya a mejor vida!

- ¡Vaya con el desvelo de las narices; Le tengo
dicho que no acepto esas palabras cuando lo que
hago está dictado por el amor que siento hacia el
que es para mí el mejor maestro que yo podía soñar.
Con su compañía me siento bien pagado, padre Antó-
nio.

- ¡ Oh, oh, oh...mi querido Teobaldo, y cómo se ve
que eres hombre agradecido, con lo poco que hoy se
ve de este sentir! Eres un caso especial.

- Y no me importaría pasar la vida por este torpe
mundo, haciendo sacrificios; dañando mis carnes, e,
incluso, enfermando o muriendo, si ello había de
servir en algo al semejante. En el otro mundo,
he de pedir a quien allí ordene y distribuya los
trabajos, que me deje hacer continuidad de esto,
porque, allí también ha de hacer falta ayudar al
ánima semejante.

- Y yo quisiera verte, cuando esté lleno de llagas
y de postemas entre el fuego eterno, que me
tiendas una mano desde lo alto y me saques unas
cuartas de los tizones.

- ¿Fuego? El padre Medrano tiene ganado con cre-
ces, un lugarcito en el cielo, donde ha de ver

a la Virgen y a todas las buenas almas.

- ¡Ojalá; Y que tenga la faz de mi adorada Francisca. ^(presente) ¡Ah, qué suerte sería esa, Teobaldo;

- Padre, que os estáis emocionando y os veo...hasta fatigado. No habléis de Francisca en este momento.

- ¿Te molesta?

- No. No...

- Porque sé que te molesta, trataré de evitarlo.

- Nos vamos a sentar en ese ribazo ¿Os apetece?

- Donde tú quieras, hijo mío, yo iré.

- ¿Me dajáis que os de un beso?

- Uno y cien. ¿Cómo puedo yo prohibirte lo que por amor a nuestra fe te ha sido dado y con generosidad lo prodigas?

- Pues eso. Es que, además, me apetece.

Solos los dos religiosos, sentados en un pequeño ribazo que daba vista a la hermosa villa, gozaban del silencio que les ofrecía la naturaleza, y del mutuo cariño que se habían tomado tras de meses y meses de permanecer plenamente unidos y confiados.

- ¿Qué sabéis de nuevo, hijo mío? ¿Tenéis noticias recientes de lo que pasa por la piel de nuestra sufrida patria? ¿Me las queréis recordar, pues, se me alejó de la memoria -¡hasta eso; - saber quién es ahora el nuevo Inquisidor?

- Padre Antonio, qué frágil sois de retentiva -que se dice ahora- ¿O lo hacéis de pícaro?

- Esa fragilidad me ayuda no poco. ¿No me véis que estoy riendo a carcajadas como hace meses que no lo hacía?

Esto, animó muy mucho al fraile joven que, cada día admiraba más y más a su maestro. Os he dicho, no

hace muchos días, ni horas tan siquiera, padre, que, el Inquisidor General que tenemos ahora, se llama Valdés. Fernando Valdés. Si os he oído decir en más de una ocasión que le habéis hasta tratado.

- Valdés... Valdés... Es verdad. Fue Obispo de León y de Sigüenza. Arzobispo de Sevilla. Consejero de Estado y, Presidente de la Real Chancillería de Valladolid. Sí, sí que le conozco. ¡Ah, qué bruto era, Dios mío! La razón de su apellido elevado, es por la cuna en que nació. El poder llegar donde se llega en esta vida, hijo mío, depende del vientre donde a uno le formen y, del apellido y fortuna de sus creadores, lo demás es gramilla o cigarras tontonas que sólo **sirven** para pregonar que están viviendo, tras de medio año silenciadas.

Cigarras y grillos somos quienes hemos venido de padres con poca fortuna, de ahí que, casi todo se nos niega.

- Vos podíais haber llegado muy alto, si os hubiéseis plegado a la carreta del poder.

- Es posible que lo hubiera alcanzado. No te dije nunca que, mi padre, además de ser fijodalgo, como lo son todos los que nacen en aquella villa, era letrado y buen jurista. Llevaba, como principal cliente, las propiedades de los Duques de Nájera en Navarrete. Ello, le hacía tener no poca confianza con el padre del actual duque. Yo pude haber entrado al servicio de esa casa si a la vida militar, como Ignacio, me hubiera inclinado, pero, mi madre me quiso ver bachiller y hombre de sotanas.

- ¿Os pena el haber sido lo que vuestra madre deseaba, y no militar?

- No lo sé. No lo sé. Pero, mirad lo que os digo:

Esto mismo pienso yo de vos, hijo querido, si es que, a veces, me veo reflejado en mi Teobaldo. Tenéis al duque, que os apoya y ampara, pues familiar de esa rancia rama lo sois.

- Muy lejana... Ilusión de mis padres emparentarse...

- Yo te digo, Teobaldo. ¿Por qué no tiras de aquel carro de la milicia y dejas éste monasterio lleno de estrecheces y bruticie? ¿Por qué no le pides que te lleve a Burgos, Valladolid, Salamanca, Zaragoza o Sevilla, y allí serás un alférez encaminado a crecer y crecer... porque, yo te digo que, se crece, donde están los que gobiernan y te ven, pero, jamás en el retiro y el anonimato.

- Lo sé, pero, mientras estéis a mi lado, por nada cambiaré este destino.

- Gracias, hijo, y, gracias a Dios que me ha premiado con vuestra compañía. Volviendo a Valdés ¿Qué noticias hay sobre su proceder? ¿Se sabe cómo piensa y si continúa tan bestia como García de Loaisa, Tavera, Manrique, -perdón por ese bello nombre que aquél tanto envenenó-

Como Adriano, Cisneros, Deza, y Torquemada? ¡Ah, qué baraja, hijo mío, qué piedra, qué peste ha sufrido España desde aquel Torquemada nacido de Satanás?

- Y los que han de venir, padre Antonio, porque, esta justicia que llaman ellos dictada por quien todo lo puede y ha creado, ha de mantenerse siglos y siglos...

- No no no. ¿Lo había de querer Dios? ¿Tanto dolor merece esta tierra, cuando ella fue terreno propicio para los grandes hechos fratricidas y los grandes derramamientos de sangre en luchas cainitas? Bien frescas están las guerras de los Trastamara, la última de ellas en terreno de las villas dependientes de Navarrete, cami-

no de Nájera.

- Lo sé, padre, lo sé.

- Y tenéis más cerca y fresca aún, esa tristísima guerra de las germanías, con sus grandes descalabros en carne de los más humildes, algunos de ellos, de esta villa. ; Ah infelices; Marcharon a Nájera con ansias de derribar a vuestro lejano pariente el duque, y algunos volvieron para ser enterrados.

Otros, fueron a parar -aún siguen- en cárceles mucho peores que la mía.

- ¿Por qué les decís infelices? Si ellos lo fueron ¿acaso no lo somos también nosotros?

- No es lo mismo. Nosotros no buscamos destrozar o descalabrar el poder civil y militar. Nosotros, luchamos por darle al pueblo mayor felicidad, quitándole alguno de esos temores que les han hecho creer desde Roma. Nuestra misión es espiritual y liberadora, de ahí que no entendemos el por qué se nos ha de quemar y martirizar.

- Todo se irá aclarando, padre Medrano. Lo importante es, ahora, que os recuperéis para cuando venga el duque y vayamos a verle los dos a su palacio.

- Sí que iremos, Teobaldo. Tu valimiento es indispensable para llegar hasta el. Espero hallarme bien para cuando Manrique venga a su pueblo. ;Oh; Lo he dicho muy por lo sencillo ¿verdad? : Cuando don Manrique de Lara, duque de Nájera, venga a la Villa donde es Alcalde Mayor.

Era la ciudad de Valladolid en el siglo XVI, y más concretamente en tiempo del emperador Carlos V, aparte de la residencia habitual de la Corte, una

de las más importantes villas castellanas, tanto por su campo, como por las ferias celebradas en su región, el comercio y la industria, aparte de la alegría que la diferenciaba con mucho de la austera y tristonera -por ejemplo, Burgos o la parca Palencia. Valladolid y León han marcado en todo tiempo su alta calidad de ser ciudades rectoras en el devenir castellano. Sobre

Valladolid ciudad, lo dijo Andrea Navagiero, un sabio embajador italiano en 1527. "Es quizá, la mejor tierra que hay en Castilla la Vieja, abundante de pan, de vino, de carne y de toda cosa necesaria a la vida humana; es la única tierra de España, en que la residencia de la Corte no basta para encarecer cosa alguna.

Hay, hermosas mujeres, y se vive con menos severidad que en el resto de Castilla".

En 1519, era Inquisidor General de España, el cardenal Adriano de Utrecht, que, antes, fuera obispo de Tortosa, y, desde 1516, Inquisidor General de Aragón. Al morir Ximenez de Cisneros, en 1518, el emperador Carlos V, le designa -cuando ya es cardenal- Inquisidor General de España. La Inquisición en España,

era, como fue siempre casi todo en este país, adecuada a su manera, o, mejor aún, a nuestra manera, diferente a todas. Así, pues, se regía desde que Torquemada publicó sus primeras reglas de organización, con una plena autonomía, sin tener en cuenta lo que dictaba la propia Corona, e, incluso, Roma. Esto, venía así

desde 1484, Cada inquisidor fue añadiendo nuevas reglas, nuevas ordenanzas, pero, siempre, en exclusividad para su justicia y territorio. ¿Para castigar más que nadie? Posiblemente. El jefe absoluto era

el Inquisidor General, que presidía su Consejo, más conocido como La Suprema. Todos los miembros de ese Consejo, eran nombrados por el rey, y tenían en ocasiones autonomía, sin contar con el voto del Inquisidor. Fue en tiempo del Inquisidor Adriano, el año 1519, cuando es detenida Francisca Hernández, y fue presa, después de haber estado a solas en su palacio, con el clérigo Antonio de Medrano.

Las once de la noche eran en la hermosa ciudad vallisoletana. Rezando estaba Francisca, a una imagen de Cristo penitente en el Hurto de los Olivos, regalo que le había hecho su amigo el pintor Valbuena, cuando escuchó pasos que retumbaban por toda la calle. Aquellos pasos de gruesos calzados le cortaron el rezo y le apartaron la mirada del lienzo. Se acercó al balcón, abrió la hoja del postigo, corrió la cortinilla, y vio que, por la recta vía que enfilaba a su casa, venía un grupo de ocho personas y que eran gente armada. A los costados del grupo iban dos frailes que llevaba cada cual un gran farol encendido. Otro hombre que adelantaba al grupo, tocaba de trecho en trecho una campanilla. Aquello parecía un viático.

- Esos vienen a por mí. Esos vienen a por mí -dijo para sí la beata y bellísima mujer.

Sonó la campanilla una vez más, y, a seguido, una voz poderosa dijo sin motivo alguno, simplemente para que los vecinos salieran a sus ventanas y les contemplaran, metiéndoles el terror en el cuerpo, cosa que siempre gustó a este pueblo desde que les dan un mínimo mando:

- ¡ Hagan paso... Hagan paso al Santo Oficio¡¡

Las pisadas de los hombres sonaban como a hueco, y, el ruido, rebotaba contra las fachadas de ladrillo y piedra sillar metiéndose por los oídos hasta destrozar las entrañas. Llegados que fueron a la casa de la Hernández, cada soldado agarró entre sus manos la lanza y, el jefe de ellos llamó en la aldaba, que asemejaba la garra de un león sujetando una bola.

Nadie respondió. Volvió a llamar, dando los tres golpes con mayor fuerza. Francisca, dijo desde dentro:

- ¿Quién es?... ¿Quién llama en mi casa?

- ¡¡Abran a la Santa Inquisición¡¡

No se había equivocado la mujer. Venían a por ella.

- Esperen a que me vista. Esperen un poco.

No tuvieron que esperar mucho. Bajó Francisca bien vestida, perfumada, con un rosario en las manos, y les dijo, colocada en el centro de la puerta:

- Dispuesta estoy, señores. Cuando quieran.

Por la calle donde habían venido, regresaban con su presa los hombres armados que estaban al servicio del Santo Oficio. ¡Dios qué oficio y qué santo! Los frailes rezaban muy fuerte para ser oídos; la campanilla golpeaba con mucha más fuerza, y el de la vozarrona, de vez en cuando gritaba:

¡¡Abran paso...!¡¡ Abran paso a la Santa Inquisición¡¡

Desde muchos balcones y ventanas veían sus moradores que, aquella tropa terrorífica, llevaba presa, camino de las mazmorras a una mujer. Más de cuatro gentes dijeron: "¡Ay de ella! ¡Pobre desventurada! Pero, qué castigo nos ha echado Dios encima" Otros, -que de todo hay en una gran viña con diferentes palos- dije

ron: "¡Que se joda y lo pague con su cuerpo y su alma esa mala puta; ¡Qué se han creído estos judíos y herejes, luteranos y brujos que es este país? ¡Leña con ellos hasta acabar con sus corrupciones; ¡A la hoguera con todos esos malditos que nos querían destrozarse la patria, la familia y las buenas costumbres; ¡

Días después de ser detenida Francisca, se enteró Antonio, y, temiéndose lo peor, salió huyendo de Valladolid camino de La Rioja. Había que poner tierra por medio. Una vez en Navarrete se reintegró a su cargo de beneficiado, pero, una orden llegada de Valladolid, le citaba para ser testigo de la procesada Francisca Hernández.

Había muerto en Salamanca, el franciscano Juan Hurtado, tío de Medrano, aquel que le escribía a su hermana y le decía: "Mándame al chico aquí, que yo te prometo he de sacar de él un bachiller. No dejes, Toda, de mandármelo, ahora que tiene buenos años para adquirir sólidos conocimientos en nuestra religión y en lo que ha de ser la base de su buen futuro. Yo puedo ayudaros mucho, hermana, porque tengo aquí mucha influencia" Esa fue la razón de llevarle su padre a Salamanca, cuando Antonio era un adolescente que venía muy espabilado. Y esa fue su mejor ocasión para conocer a fondo, en los más de diez años que pasó en la ciudad del Tormes, los entresijos de aquellos barrios llenos de gentes extrañas, que vivían del cuento echando cartas, dándoselas de brujos y de adivinos. Salamanca, como Valladolid y casi toda España, estaba viviendo una época en la que todo lo anormal y prohibido se fomentaba.

Resulta extraño saber que, hubo, quien dijo en aquel tiempo, que, España, era uno de los pueblos de Europa que menos supersticiones tenía, sus razones había de tener, pero, también entendemos que, quien tal juicio dio pudo equivocarse o estaba dentro de la influencia religiosa y quería entender a su país como veía su parroquia, su diócesis o, su catedral, y ello no era así. Desde la época visigótica y mucho antes también, toda España estaba metida dentro de las supersticiones, y nada digamos con la llegada de los árabes. Prueba de ello han sido, los grandes castigos que, desde siempre, se infligieron a los que se deslizaban del área de las creencias religiosas. ¿Y si esto lo llevamos al tiempo de la invasión romana? Porque, cómo dudarle que, aquí ilustraron a todos nuestros antepasados con la baraja de aquellos dioses extraños que ellos llevaban encima como joroba, y, así, se emparejarían los nativos con los del imperio romano, que es lo que ocurrió en nuestra conquista de América, con los dioses de la raza india. ¿Qué constitufan para los hijos de Iberia, toda aquella mitología sino fantasmagorías, milagrerías y absurdos quiméricos? ¿Cómo podían entenderse los rústicos labriegos de Castilla con Zeus, Hércules, Palas Atenea, Apolo, Cupido, Venus Poseidón, y toda aquella semidesnuda tropa de dioses y diosas, en la que cada quien atendía su parcela como la tienen los médicos en los hospitales?

El "Chronicón Albeldense", escrito en el monasterio de Albelda, La Rioja, (Monasterio de San Martín), el año 976, por el monje Vigila, dice que, Ramiro I " el de la vara de la justicia, impuso pena de fuego a

los magos". En el Concilio de Santiago, celebrado el año 1050, se dice que, los arcedianos y presbiteros llaman a penitencia a los "maléficos" o "magos", lo mismo que a los adúlteros, incestuosos, sanguinarios, ladrones, homicidas, y a los que hubiesen cometido el pecado de bestialidad. ¿En qué se basaban estas suposiciones? Nos lo dicen los historiadores y poetas de ese tiempo: Por ejemplo, era de mal agüero, el color del monte en esa hora de los hechos; por haber visto y oído a cuervos, cornejas, azores y águilas, en las que sus fantasías les hacían creer más, que en el que para ellos era su Dios verdadero. Esto, lo podemos leer en la Crónica General. En Mío Cid. En las obras de Berceo. En la Crónica de Alfonso XI, y, en el Poema de Alexandro. Con la invasión de los árabes, ya hemos dicho que se llenó la península de temas mágicos, filtros amorosos, talismanes, amuletos, interpretaciones de los sueños, etc, etc, las que, apoyadas por el pensamiento judío, que mucho también pesaba sobre la mente hispana, hemos de entender que, el pueblo todo vivía aterrorizado, de ahí que, como se ha dicho antes, no entendemos al que dijo que, España, era uno de los países de Europa con menos supersticiones. Pueblo que tantas invasiones tuvo ha de tener, por lógica, muchas creencias que les han traído las culturas de las gentes que les invadieron, además de las muchas que ya se traían consigo desde los primeros clanes indo-iberos.

Valladolid -que es donde ahora centramos la acción- además de ser diana geográfica de Cas-

tilla y de España en no pocas cosas, pues también lo es en hechicerías, supersticiones, falsos agüeros y todas esas creencias absurdas que, consigo llevan todas las doctrinas que en el mundo han sido y que aún perduran.

Por ese tiempo, había llegado a Valladolid, para ver a los iluminados, Magdalena de la Cruz. Ha llegado a la ciudad del Pisuerga, partiendo de Córdoba, entre otras cosas, lo hacía, por ver a la reina que era su gran amiga. En la ciudad que vio nacer a Séneca, lleva cuarenta años encerrada en el convento de Santa Isabel de los Angeles esta monja. Para la mayor parte de aquel pueblo inculto y muy creyente en todo lo que se salía de lo normal, Magdalena, la encerrada Magdalena, tenía en sí todo aquello que parece puede o debe poseer una santa: No come. Dicen que sólo se alimenta con la hostia que recibe todos los días en la misa, y, aseguran que, sin embargo, todo el que la ve está lozana y llena de vitalidad. Esto mismo, sabido por el pueblo, ya era para tomarlo como milagroso. Muchos dicen que, cuando sale del convento va mostrando sus llagas, los estigmas que son semejantes a los que tenía Jesucristo cuando moría clavado en la cruz. Pies y manos los tiene con llagas que aparentan estar atravesados con clavos como los que sufrió Cristo. El pecho, lo tiene exacto como si hubiera recibido una lanzada. Todas las heridas están siempre frescas y ensucian la ropa de sangre. Si esto lo ofrecía así al público ¿cómo no creer y convencer a las gentes ignorantes con tanto detalle patético?

Por toda España se ha corrido la voz de los muchos milagros que hace, de ahí que, por donde quiera

que va lleva consigo grandes manifestaciones de fe, y todos se pelean por verla cómo vive en aparente estado de éxtasis. Muchos, le piden de rodillas que les deje tocar sus ropas, cuando no, acercarse hasta ella caravanas de enfermos buscando que "la santa" les devuelva la salud, con sólo ponerles la mano sobre su cabeza.

La propia reina, doña Isabel, mujer de Carlos I de España y V de Alemania, al llegar a Valladolid, se ha ido a postrar ante ella y le ha regalado como homenaje, las ropitas que llevó Felipe, su hijo, el día del bautizo en Valladolid. Esta era la España de aquel siglo XVI.

Esta es la España que también hemos conocido nosotros, cuando se ha dicho que Franco, llevaba siempre con él, incluso en sus viajes, un brazo de Santa Teresa de Jesús. Esta es la España de hoy, cuando abundan por varias regiones esos pícaros y "santas", que dicen ven a la Virgen, hablan con ella y acuden -como por ejemplo a El Escorial- miles y miles de imbéciles para oírle cómo habla en una grabación con la Virgen María, y les hace ver que el Sol es un corazón sangrando, y que todo el monte está oliendo o un perfume sagrado. A El Escorial y, y una aldea de Vizcaya, de Santander, de Andalucía o de Cataluña, acuden gentes de todo el país, para ver esos "milagros". Poco ha cambiado España en estas lides; seguimos teniendo un pueblo mecanizado pero, ignorante, excesivamente ignorante, y se cree mucho más sabio que aquellos sus abuelos del siglo XVI, o XVII.

- Padre Antonio, el sol declina. Deberíamos retor-

nar al convento.

- Como quieras, hijo. Vamos poco a poco.

- ¿Verdad que se encuentra bastante mejor? ¿A que sí?...

- Pues sí. Sí que lo estoy, pero, durará tanto como el humo de aquel alfar de las Ollerías. Mírale, hijo mío, qué bocanadas negras suelta cual volcán en erupción, saliendo del cerro, perfumando el ambiente, y, sin embargo, antes de rezar un Credo, en su viaje por el espacio camino de la Dehesa, desaparecerá su masa en el firmamento. Así ha de pasarme a mí, querido Teobaldo. En llegando al convento, se me acumularán los dolores y el malestar borrará de mi mente este paseo que hemos hecho hasta Los Alisos, donde me he sentido huérfano de mis inseparables humores.

- Yo os admiro por tantas cosas que me enseñáis, padre Medrano. El estar junto a vos es para mi la gran ilusión.

- ¿Admiráis mi vejez también?

- Pues no me importaría, siendo cual voz sois. Creo que es privilegio de madurez y de recta comprensión.

- ¿Admiráis los demonios que llevo dentro?

- No me hagáis reír, padre. ¿Creéis que hay por aquí demonios?

- Y cómo no han de estarlo si lo estuvieron siempre?

- ¿A que esa sabia mente no ha olvidado sus nombres?

- Mucho me estáis exigiendo. Vamos a ver, vamos a ver.

Luzbel, es el que atiza y hace crecer las ascuas. Satanás, predica la belleza y se goza con inculcar la perversión.

- Muy bien, muy bien, padre Antonio. Seguid.

- Entre tinieblas y mazmorras vive y asusta Belcebú, el

gigantón inquisidor Belcebú.

- ¿Hay más en vuestra memoria, maestro?

- Claro que sí, pero, apenas si me vienen al caletre.

Fueron mis lecciones en Salamanca quienes les dejaron grabados aquí. Estaban, entre otros: Iblis. Belial, Abbadón, Malik, etcétera, etcétera, etcétera..

No sigo más. Casi todos van por el cielo, por los rincones y desiertos vagando y aterrorizando al viajero. En esta nación, hijo mío, han venido a residir los peores y se nos presentan en forma de religiosos. ¡Ojo con ellos! También se nos ofrecen con formas de alacranes, hienas y vampiros. Sus gestos y gritos son el lenguaje que nos dictan. Mirad, hijo mío, cuando de noche escuchamos la risa y carcajada del cárabo ¿quién te dice que no es Belcebú-Torquemada? ¿Y el berrear del rebeco... no puede ser Valdés, eh...? Claro que, Dios, no les tiene en cuenta y les deja que molesten a los que tienen poca fe, e, incluso, a los que buscan quitársela invocando su nombre.

- ¡Estupendo todo eso! ¡Ah, cómo os admiro!

- ¿Admiráis los muchos años que he padecido cárceles y que he estado a punto de subir a un estrado para servir de tea humana y de risa, para un populacho que aún no sabe razonar qué es lo noble y qué lo tramposo?

- Pues sí que os admiro, porque habéis tenido el coraje de ser más fuerte que todos ellos y eso es lo que a muchos nos falta.

- Coraje... coraje... ¿Para qué, Dios mío, para qué?

En fin... Gracias por todo, pero, ya veis que no

es tanto lo que puedo enseñar para que os sirva de admiración.

- Tenéis algo más que no os lo he dicho y de lo que me he sentido, en ocasiones, no poco celoso.

-¿Qué es ello, Teoblado?

- Que todo vuestro amor de hombre joven, lo dedicasteis a Francisca, que fue vuestra guía y vuestra diosa.

- No me la recuerdes, hijo mío. Por Dios, Teobaldo, no me la recuerdes a la santa que llevo fija en mi ser como la piel, como las canas, las arrugas y, los humores.

- Perdonad, padre Antonio. Yo no sabía que... ¿Os queréis sentar?

- Sí. Ahí, en ésa piedra. Es que estoy notando cierto sudor que me cubre todo el cuerpo, como un bálsamo helado. Así, así, dejadme un poco que me solegue y me distraiga. ¡Ah, qué pesada carga es la carne y cómo se agarra a ella el soplo del vivir, cuando ha sido tan mal tratado!

- Yo, padre Antonio, me siento a vuestros pies.

Había salido esa mañana el clérigo Antonio de Medrano a pasear, como lo ^{hace} desde que estaba en la villa cual beneficiado. Todo el vecindario sabía de sus excentricidades y locuras, o, de estar poseído por el mismísimo demonio. Es lo que decían a las vecinas otros beneficiados de la parroquia.

Cuando va por la calle, las mujeres le miran con asombro y, otras, con desprecio. Los hombres, hacen de sus manías chistes y ocurrencias, que se cuentan en los alfares, en las herrerías, fabricas de alcohol, en los trujales y cerería, según cada tiempo. Los niños,

le sueltan frases insultantes, o le cantan coplillas que han sacado los cuarteteros de la villa. Medrano, el bachiller Medrano, el hijo del jurista Pero Diez y de Toda Hurtado, está sufriendo en su pueblo, lo que nunca podía imaginar, y es porque cuenta con un equipo de clérigos y ayudantes que son fieles ejecutores de lo que dicta la poderosa diócesis de Calahorra, que tiene un dominio territorial tan extenso como un pequeño Estado. Ha sido sentenciado en un grave proceso en Calahorra donde le titularon de iluminado y de epicúreo. Saben también el proceso que se le ha hecho recientemente en Valladolid, donde han sentenciado a iluminados, judaizantes, alumbrados, bigamos, hechiceros y blasfemos, y, entre aquellos estaba el hijo de la villa, que ha regresado altivo y desafiante.

Hoy, va una vez más, Medrano, a lo alto del monte San Cristóbal. Ha salido de la villa por la estrecha calle de La Laguna, y se interna en el camino que lleva, cuesta arriba, hasta la pequeña ermita del santo que dió título al montecillo. Una edificación que dá vista a la población amurallada.

Tras de la ermita es todo tomillares, espliego, orégano, carrasca y romero. Abundan los conejos y codornices. Como se ha dicho, había dejado atrás la ermita del santo y, cuando creyó que nadie le veía, pero sí que le siguieron dos intrusos que ocultaron sus andrajos tras de las paredes del pequeño oratorio, ha imaginado que estaba en su añorado Valladolid, y recordaba días felices.

De repente, como si en el cielo viera una vi-

sión, para él divina, ha comenzado a gritar abriendo los brazos en cruz: "¡Señora ; ; Señora de los cielos; ; Hijita mía del alma; ; Amorcito de tu Antonio; ; Entrañitas de mis desvelos; ; Dulce amada, que traes nostalgia a los espacios siderales y, a las alondras, llenas de inquietud despertándoles con la primera luz del alba; ; Dulce remanso, deleitoso amor;" En esas divagaciones estaba el culto hombre, a quien le sobraba amor y buena fe, cuando se le presentaron los dos pobres hombres enviados por el párroco para que fuesen testigos de aquella locura que padecía el bachiller, y le dice muy serio y aparentando coincidencia en el encuentro, Toribio Viguera:

- ¡Hombre... ¿Qué vida por aquí, Antonio?
- Ya me véis... A ver si encuentro algo de caza...
- ¿A mano?... Oye, tú, hasta la cogerás a mano... ¿eh?...
- Si Dios lo quiere, no necesito más.
- Oye, eso es verdad, que también los que iban con Cristo pescaban sin redes ni hostias...; Chacho, qué tío éste...
- Pues eso, Juanillo.
- Bueno, que te se dé bien la cosa.
- Eso espero. Id con Dios.

Cuando estaban a una distancia prudencial, comenzó nuevamente Medrano a llamar a su amada, o, a comunicarse con ella mediante gritos. "¡Atiéndeme tú, cariñito mío, que no eres de este mundo tan pícaro y desconfiado; ; Ven a mí, dulce ninfa, y cubre mis sienes con tu suave caricia celestial;"

Se equivocaba Medrano, pues, aquellos dos hombrecillos aún escuchaban lo que decía el bachiller. Atónitos se quedaron los dos alcahuetes de lo que habían

escuchado, y, razón llevaba don Jacinto Huidobro, el párroco, que les envió para ver si, un día más, deliraba el beneficiado y se comunicaba con sus demonios. Era verdad, le habían oído hablar con ellos. ¿Estaba loco aquel hombre, que decían era tan listo, y hablaba a puero grito en lo alto de San Cristobal? Aún volvieron a mirar hacia atrás y le vieron arrodillarse, poner los brazos abiertos y gritar: "¡Mírame, mírame y, por lo que más quieras, señora de mis desvelos, contéstame a cuanto por correo te digo, o me verás sin dilación, morir de amor; ¡Ay de mí; ¡Ay del pobre desventurado que, amando como ama, se encuentra sólo y huérfano de amor en este desierto lleno de víboras y de alacranes;"

No necesitaban más aquellos dos espías del maravedí, para bajar del cerro veloces y, acudiendo a la casa parroquial de don Jacinto Huidobro, que estaba en el centro de la Calle Mayor Alta, contarle lo sucedido, mucho más ampliado y deformado.

- ¿Qué más, qué más, Juanillo le habéis oído a ese desventurado hombre que viste sotanas?

- Pues, que gritaba y llamaba a una mujer a voces. ¡Chacho, chacho, chacho, don Jacinto... Aquello era pa escuchalo! Éste y yo nos retorciamos a carcajadas, porque, eso, es que no se pué ni creer.

- ¿Estáis seguros que se dirigía a una mujer?

- ¡ Hombre; Que lo diga Pollaza, éste, si miento o no. Se lo juro por éstas, que hablaba con una mujer o lo que sería... eso, oiga, allá el.

- ¿Así que, a una mujer, eh?... El pobre, ya lo sabemos, ha bebido en Valladolid agua de pozo lleno de sapos y culebras y los tiene metidos en el estóma-

go y en la conciencia. Vosotros sois testigos de todo ese carnaval amatorio que habéis oído. No os volváis de la palabra ante quien sea, porque, para bien de nuestra fe lo tenéis que hacer, y si desdecís que no habéis visto eso, yo os oseguro que iréis los dos a parar a los pagos de Pedro Botero!

- Descuide usted, don Jacinto, que, lo dicho dicho y no se hable más. Lo que queremos es que se castigue como merece a ese presumido que se ríe de nosotros, diciendo que sabemos menos que las ovejas churras y los moruecos que tenemos en las cuadras. ¡Leña con el sabihondo, don Jacinto; ¡Si sabremos cómo era el pobre su padre, en gloria esté, y su madre... que, la pobre, por culpa de ese hijo está vendiendo toda la hacienda;

- Pues eso, hijos míos. Id con Dios y que El os sepa premiar este favor hacia nuestra iglesia.

- Eso esperamos.

- Por ahí. Salid por ahí, ya conocéis la casa y las escaleras. ¡Cuidado no las bajéis de una vez todas juntas; ¡Ay madre, pero qué ceporros sois todos, coño;

El párroco hizo la denuncia, y fue firmada por los vecinos. También la acreditó un vecino de Logroño, llamado José Cabrera, y se le volvió a procesar una vez que le llevaron detenido a Toledo, donde estuvo preso en el monasterio del Carmen, y, meses después, era trasladado al Hospital de Santiago, donde le esperaban las más variadas sesiones de tortura. Cuando le detiene el Santo Oficio en su casa de Navarrete, todos se admiran, al ver que tiene quizá veinte cruces distribuidas por la casa, y que cada una tenía una leyenda para ellos idescifrable, pero, que, todas, hablaban de un excelso amor ¿A quién...?

Vienen de pueblos de Navarra, del País Vasco, de tierras de Burgos y de las aragonesas, familias enteras que llevan sobre las bestias todos los pertrechos para hacer cómodo el camino. Estos son los pobres del siglo XVI. Otros, lo hacen en carruajes tirados por dos o más caballos; son los de elevada posición. Gentes son estas que acuden al Monasterio de Jesús, para postrarse ante una gran Cruz llamada de Las Calenturas, o Tercianas. Se ha ido corriendo la voz de pueblo en pueblo, de provincia en provincia, sobre los milagros que hace esa cruz y, quien tiene ese padecimiento no repara en desplazarse leguas y leguas, para llegar hasta Navarrete y rezarle al elemento de tortura donde Jesucristo fue crucificado. Llegan enfermos de todas partes y traen para entregar a los frailes franciscanos buenas donaciones, ya que aquéllos, han de ser los que recen y hagan de mediadores para que el milagro sea efectivo. Algunos, como siempre, lo hacen por fe, otros, por egoísmo, que es principal fundamento del asiento religioso en cada creyente.

Si se le quita el egoísmo para esta vida y más aún para "la futura" ¿qué es lo que le quedará a ese falso creyente?: La mente en blanco.

Toda esa tierra riojana en la que estamos haciendo notaría y testimonio de unos hechos por mitad reales y la otra mitad creativos, es, en ese tiempo, zona de paso del peregrinaje hacia Compostela. Viven los lugareños, desde hace siglos, y mucho más en este XVI, un constante trasiego de gentes que vienen del extranjero, haciendo a pie

o en caballerías, la Ruta Jacobea. Vienen desde Roncesváles, atraviesan Navarra y, por Viana, entran a La Rioja una vez cruzada la puente sobre el río Ebro, por Logroño. La Ruta es, además de motivo religioso, no menos dedicada al pendoneo, ya que, en muchos hostales, no faltan mujeres de vida "alegre", que se dedican a favorecer a los que llevan báculo, esclavina y sandalias cubiertas de tierra de cien lugares. Más que hostales son prostíbulos y, esto, en la villa del bachiller Medrano era harto sabido y motivo de mil rumores escandalosos. De Navarrete, irán los peregrinos a Nájera; de la Ciudad de los Reyes, llegarán a Santo Domingo de la Calzada, que está a poco más de tres leguas, y, desde allí entrarán en las tierras de El Cid. Se ha construido en el siglo pasado un hostel para peregrinos, en lo que era huerta del Duque de Nájera, que la tiene donada para tal fin y está frente a la misma puerta del Caño, principal entrada como sabemos a la villa. Otro Hostel es el que mantienen en el monasterio de San Juan de Acre, ubicado en el centro de la vega, junto a río Antiguo y próximo a la ermita de la Magdalena. Ese monasterio fue fundado en el siglo XII, año 1180, por doña María Teresa Ramírez, viuda que era de Fortún de Baztán. La belleza de la edificación era majestuosa, y así gozó de grande fama. Poseía una huerta rica en suelo y en producción. En él se confería la Orden de San Juan de Acre.

También gozaba de no poca devoción en esa comarca el monasterio de Jesús, por saber que, el año 1451, estuvo en él durmiendo Bernardino de Sena, fraile italiano que iba acompañado en su peregrinación a Compostela, por el conde de Treviño. Años después de muerto, lo proclamó santo el Vaticano.

- Padre Antonio; venga, venga un poco más y estaremos en nuestra casa.
- La tuya, que mía lo es prisión.
- Pues vayamos a la prisión, padre. ¿Acaso no me decís muy a menudo que todo este mundo es como una gran jaula, en la que todos caminamos controlados y prisioneros de nuestras ambiciones y de los terribles poderes que se han crecido sin conciencia sobre nuestras cabezas?
- Así es. Así es, y mucho me temo, que, cada día que pasa este convencimiento es mayor. Vivir es sufrir una tortura; aguantar una humillación constante; es seguir una tortuosa caminata que acaba con el morir sin saber dónde se ha llegado ni qué camino se seguía.
- Triste os estáis poniendo, y lo tengo bien probado: os ponéis así cuando llega el atardecer y estamos disfrutando del paseo, que es en cierto modo nuestra liberación.
- ¿Es que no véis, hijo mío, que, sobre los lejanos horizontes de la Dehesa, se está echando una nueva noche que me ha de llenar de angustia? Me consuela saber que, cuanto más noches sufra, menos quedan de tormento, porque ya viene por Aragón, el día en que nos veremos liberados -entre otras graves cuestiones- de este batallar contra la prepotencia del poderoso, que nos viene aniquilando desde siglos ha. Esa fortaleza, que no admite otras razones que aquellas que ellos dictan. Somos miles y miles los que ya estamos confabulados contra el fuerte Satán, pero, caminamos ocultos, silencio-

sos, con las espaldas desnudas y sangrantes; con los pies doloridos, pero, yo te aseguro, que no cesamos de avanzar, y que nadie será capaz de contener esta riada que se mueve por toda España, porque el pueblo culto ha entendido que trae libertad, esa libertad de un pueblo que lo quieren oprimido y acobardado, ignorante y fetichista. Ahora, Teoblado, nos tienen silenciados, porque el caudillo que todo lo dicta es poderoso, y las detenciones y torturas son enormes y divulgadas para asustar, como saben hacer los Autos de Fe teatrales, para que el olor a carne quemada se huela por todo el país, pero, llegará el día, en que se derrumbe este tinglado y los diques de la libertad y la justicia inundarán toda la tierra de cristianos y se nos dejará paso libre. Entonces será el momento de denunciar todo lo que nos han hecho y lo que esperamos que se nos haga, porque el poder establecido es gigantesco y le costará claudicar. Yo te digo, que millones de voces -como en otros países de ésta Europa hermana- se elevarán hasta el cielo y, el fiero león que dictó tan torpes leyes, que aún apoyan los traidores ejércitos sumisos a la gratificación del Estado, y al aplauso del César, se ocultarán dentro de sus guaridas. Yo presiento un mañana más libre y más feliz para este pueblo torpón, pero, noble y creyente.

- Quizá el Señor, que todo lo ve y mejora, haga definitivamente, lo que hoy pide con amor mi maestro. ¡Ojalá!
- Lo hará. Yo no lo veré, pero tú sí, que eres muy joven, Teobaldo. No hay otro camino. Es que no le hay.

Ha recibido Antonio una nota traída por correo secreto en la que le citan para que acuda el próximo sábado

a Logroño, a la dirección que le detallan. Viene la carta de Villamediana, donde reside su amigo Carlos de Seso. Cuando la recibe el bachiller, que ha venido de cumplir una gran penitencia en las mazmorras de Toledo, y de gastarse no poco dinero en pleitos, ya se figura quiénes son los que le citan a la reunión y qué motivos les mueven. Cómo no había ^{de} bajar Medrano, si bien sabía qué harina salía de aquel molino. Si ya se habían visto últimamente en Valladolid y en otros lugares, siempre en secreto. Pero, tenía una duda ¿Por qué le citan a Logroño? ¿Será verdadera la carta, o es una trampa de los enemigos?...

Ha llamado en la calle Rúa Vieja, en un portón todo el tachonado de graciosos clavos que formaban una bola y junto a ella, acababan en una estrella que se incrustaba en la madera. La aldaba era, a semejanza de un lagarto. Toda la fachada denotaba que era una lujosa edificación, un rancio palacete.

Antes de abrir la pequeña puerta del amplio portón, por donde salía el carruaje, se asomó a la ventana una mujer joven, la que, viendo quién llamaba y la hora, que bien ella conocía por la citación, dijo con no muy elevada voz y pícaro mirada.

- Ahora mismo bajo.

Cerró la ventana y, segundos después, se abrió la puerta, dando paso al bachiller, que lo hizo con agilidad como en el era costumbre.

- Buenos días.

- Muy buenos padre. (Dicho esto le besó la mano.

Suba, suba, que están arriba. Sígame, por favor.

- Sí señora... cómo no.

Detrás de aquella mujer, ^{siguió} ^{un cura} que ya con-

taba con pésima fama por todo el contorno, máxime, desde que estuvo durante años en las cárceles del Santo Oficio de Toledo, y que sus familiares -madre y hermanos-estaban vendiendo toda su hacienda para salvar a Antonio de la hoguera.

Aquella casa era, en la capital de esa provincia, y, desde hacía pocos meses, hogar de los Carlos de Seso y de su mujer Isabel de Castilla. Su vivir diario le hacían en Villamediana, pero, como necesitaban también residir en Logroño, habían comprado a unos aristócratas trasladados a la Corte, aquel palacete que ostentaba gran escudo heráldico entre sus balcones del primer piso. ¿Quién era ese Carlos de Seso, amigo de Medrano? Se decía que vino de niño a España, pero, que era nacido en Verona. Que, su padre, fue capitán en el ejército de Carlos V. Que él fue, corregidor en la villa de Toro, y que viajaba con frecuencia a Italia, de donde había traído a La Rioja, las nuevas doctrinas de Martín Lutero. Casó con Isabel de Castilla, bonita y rica dama, que presumía de ser descendiente de sangre real, aunque de origen bastardo, por ser su bisabuela, amante del rey Don Pedro, "El Cruel".

La que le había abierto la puerta al bachiller, era Catalina de Castilla, sobrina de Isabel y de Carlos. Una joven y guapa moza riojana. Cuando llegaron al piso alto, le dijo Catalina al clérigo:

- Pase usted, padre, que ahí está mi tío esperándole.
- Muchas gracias.
- Catalina, para servir a usted y a Dios, padre.
- Gracias, gracias, Catalina.

En un agradable salón, desde cuyos balcones

traseros se veía muy próximo el montículo de Cantabria y, más a la izquierda el León Dormido, y, en lo bajo el río Ebro, estaba Carlos de Seso, quien, al ver entrar al joven amigo invitado, se levantó del sillón saliendo a su encuentro para besarle la mano al sacerdote. A seguido, se dieron un abrazo, invitándole a tomar asiento.

- ¡Ah, mi muy admirado beneficiado de Navarrete, mi querido amigo, Antonio de Medrano;
- Por favor, don Carlos, no haga usted esto de humillarme tanto con sus atenciones y respeto.
- Sabe el joven bachiller que, desde que nos conocimos lo estimo muy mucho y gozo de su amistad.
- Eso me honra mucho más de lo que yo merezco.
- ¿Sabía que habíamos comprado esta casa?
- Y ¿cómo podía yo saberlo si he vegetado en Valladolid una partida de años archivado en los subsuelos de aquellas viejas casonas? Apenas si nos hemos visto don Carlos.
- Es verdad, es verdad. ¿Conocéis, Medrano, a Pedro de Cazalla?
- Totalmente.
- Pues siendo así dialogaremos más cómodamente, hasta que venga Isabel, que ha salido para visitar a unos enfermos muy pobres y entregarles algunos ochavos para aliviarles de tantas penurias como padecen.
- Qué gran ejemplo saben dar ustedes.
- No no. Es corresponder con nuestros ideales. Es cumplir lo que nos enseñaron nuestros primeros cristianos y, todo aquello se ha olvidado, queri-

do Medrano. ¿Ya ha quedado el padre, libre total de juicios y de mazmorras, de torturas y de injusticias?

- Por ahora, puede que sí. Mañana... ya veremos.

- Sé bien todo lo que ha padecido y de ahí que merece el padre navarreteño, la felicitación de esta familia.

- Libre libre... ¿qué es ser libre don Carlos? ¿Y quién nos asegura que no han de llamar los esbirros en su puerta para llevarnos detenidos por hacer -así le llamarán- "reunión clandestina"?

- Eso es verdad. Exacto.

- ¿Qué novedades tenemos, don Carlos, y usted, ha de saberlo que es uno de nuestros grandes guías?

- He venido hace muy poco de Italia y cuán distinto es allí el movimiento cristiano, de lo que aquí estamos padeciendo, hijo querido. Se está corriendo de boca en boca, una copla que dicen cantaban los soldados nuestros en la plaza del Vaticano. Vamos a ver si me acuerdo:

Padre nuestro es cuanto Papa.

Sois Clemente sin que os cuadre.

Mas, reniego yo del padre

que al hijo quita la capa.

- Muy bueno, muy bueno eso, don Carlos.

- Aquello, es para el Vaticano como un castigo que baja del cielo. No hay otra voluntad que exigirle al Papa que haga vida como Cristo, porque, siendo Vicario, su obligación es imitarle o mal ejemplo sabe dar. Que tiene que ser -por encima de todo- partícipe de la paz y no apoyador de la guerra, y guerra es muerte. Donde hay guerra ¿cómo puede haber caridad? Y yo digo, admirado bachiller: ¡Ay, sumo pontífice, cómo vas a defenderte ante el Creador, cuando tanta sangre se lleva vertida en tu nombre y tantas intrigas fomentas?

-No sabéis cómo me alegra oír todo eso

- Pues, aún dicen más, y estas, me supongo que han de ser palabras textuales de Lutero: "Que, el papa de ahora no hace como San Pedro, porque San Pedro andaba descalzo e predicaba por los pueblos y daba limosnas de su mano, y esto no lo hace el papa de ahora, que a este gusta el vivir con tanto lujo como el propio rey o el duque de Lerma y Alba, y eso no lo quiere Dios ni su Hijo." ¿Qué os parece, Medrano? ¿No es una fiel realidad a la que estamos todos obligados a seguir el ejemplo?

- Exacto, don Carlos. Yo, a mis posibilidades, lo he de hacer siempre. No soy tan sabio como quisiera pero, contad conmigo para todo. Fortalecido voy a salir de vuestra casa y con deseos de luchar más y más por lo que creemos se acerca más a la doctrina que nos marcó el Hijo de María y de José.

- Así es, padre Medrano. No ha de importarnos que nos llamen herejes, alumbrados, luteranos, hijos de Lucifer y de Satanás, iluminados y protestantes. Bueno, esto lo somos a carta cabal y lo consideramos lógico, porque protesta es contra todo lo que se excede a la doctrina cristiana.

Lo que vemos en esos conductores de la fé, más se acerca al poderío económico y militar, propio de los césares, que a un vaticano humano y redentor de los pobres.

- Estoy de acuerdo con todo, don Carlos.

- Para ello, mejor lo sabéis vos que habéis estudiado por haceros clérigo, han venido asustando durante siglos al pueblo, con los castigos eternos

cosa esta, que, como sabemos, es una pura burla bien albañada para los ignorantes. ¿Dónde está el infierno padre Medrano? ¿Qué es el infierno? ¿Qué es el purgatorio? ¿Por qué no le temen ellos a esas actitudes tan alejadas de Dios, y quieren que le teman los débiles? Ya nos lo han indicado nuestros auténticos padres de hoy y, a ellos tenemos que seguir. ¿Que pretenden? Llenar nos todas las iglesias con representaciones de escenas bíblicas y santos sufridores de todo calvario, mientras ellos viven como Herodes y Salomón. Buscan sacar las trágicas figuras de Semana Santa, para pasearlas por las calles y advertir al pueblo, con motivos de lo que se representa en los corrales, del triste porvenir que ha de tener todo el que se deslice del credo por ellos predicado. ¡Eso no es fe, padre Medrano; ¡Contra todo eso estamos nosotros; Queremos fe, ejemplo, desprendimiento hacia el semejante y no procesiones y santos con las piernas llenas de llagas, la cabeza cortada llevada como jarrón en una mano, o atravesados por flechas, tras de ser colocados en forma de aspas;

- ¡ Exacto; ¡ Exacto, don Carlos;

- Todo esto, querido Medrano, lo explica muy bien, no sé si le conocéis, nuestro admirado Carranza en su Catecismo, en el que predomina un aserto que todos hacemos nuestro, de que, no hay camino más certero, ni se ha de hacer mejor negocio en éste vivir, sino consultar a que Dios alumbre nuestra razón. Y así ha de ser ¿No lo creéis vos, señor bachiller que esta es la pura razón?

- Así lo creí siempre, y puedo decir, como dijo fray Luis, que he tenido por dichosa, la prisión, pues por

ella he aprendido más que en todos los años de estudio.

- ¿Qué sabéis del duque? ¿Le veis?

- Sólo muy de tarde en tarde.

- ¿Sabe de vuestra protesta contra el clero tradicional?

- Lo sabe, y, en parte, me consta que lo acepta.

- Me han asegurado que es hombre inteligente y, eso, a la larga, hasta puede beneficiarnos. ¿Sabéis que viene a vuestro pueblo Ignacio, el de Loyola, quien está recibiendo de buen grado nuestra reforma?

- Nada sabía, don Carlos.

- Pues os he llamado, querido amigo, para que no dejéis de verle, y ^{de} intuir si está dentro de nuestro movimiento renovador. Ese hombre nos interesa mucho, Medrano.

- Tal haré como decís.

- Creo que viene Isabel. Efectivamente, aquí llega.

Segundos después, se hizo presente en la sala, aquella bella mujer de Carlos. Se saludaron muy cordialmente -que amigos ya lo eran. Cuando se iba a sentar dijo la "iluminada" Isabel de Castilla.

- ¿Le has enseñado al padre nuestra capilla, Carlos?

- Aún no, mujer, aún no.

- Pues es lo primero que le vamos a mostrar. Acompañenos. Ahí celebramos nuestras misas y, cada día tenemos más seguidores. Logroño nos responde muy bien. Esta tierra es admirable, padre Medrano.

- Me alegro, me alegro. Sí que lo es.

- ¿Cómo está el clero en su villa?

- Mal, mal, doña Isabel. Es gente muy vieja y, el mayor, no se apea de lo que lleva conocido desde siempre. La renovación es arma de los jóvenes, siempre lo fue.

- Pasemos, pasemos a conocer la capilla.

Vieron aquella habitación-oratorio, que sólo tenía una cruz muy grande y rústica en el centro de una bien blanqueada pared. Varias filas de asientos eran los lugares destinados para los que acudían a seguir un culto que era novedad en aquella ciudad.

Después de almorzar completando la mañana en amena tertulia, le preguntó Seso cómo pensaba regresar a su villa, que la tenía a dos leguas de Logroño. Al saber que no le importaba en absoluto hacerlo a pie porque eran buenas horas del día, le dijo aquel que fue Corregidor en Toro, y era quien capitaneaba el protestantismo en tierras de La Rioja, con calidad y economía de poderoso aristócrata.

- Cristina. Vé y dile a Leoncio, que prepare el coche, pues tiene que ir a Navarrete llevando a un amigo.

- ¿Sólo ha de ir el padre, tío?

- ¿Por qué no? Nadie se lo ha de comer, sobrina. Es joven y el camino, con nuestros caballos se hace en menos de una hora.

- Pero, tío, ¿sólo sólo...? ¿no os da un poco de pena?

- ¡Vaya con ella! Mira, si te apetece acompañarle vé con el padre; haces tertulia, que buenos consejos ha de darte y falta te hacen,

- ¿No le parece a usted mal, tía Isabel?

- ¿Tiene ello que parecerme mal a mí? Una joven como tú que está harta de viajar por toda España, Italia y Francia, ha de temer un viaje de una hora con un ministro de Dios?

- No. Si lo digo por los otros...

- Los otros pueden pensar lo que les apetezca. Si tú quieres, acompáñale y nada más.

- Señora doña Isabel, yo no puedo aceptar el que una dama tenga que acompañarme. Eso no es procedente.

Todos callaron pero, Cristina, salió decidida a dar la orden al cochero para que preparase el cochecito. Cuando volvió ya estaba todo decidido y, la moza, muy feliz, de viajar con aquel cura tan atractivo.

Metidos dentro del coche y corridas las cortinillas, nadie podía sospechar quiénes eran los viajeros. El anonimato era perfecto. Cristina, la verdad que no se limitó a viajar por viajar, sirviendo de escolta y de motivo ameno en los temas del saber. Eso estaba muy lejos de aquella cabecita loca y llena de vanidades. Aún no habían dejado atrás aquellas murallas, llamadas desde pocos años Puerta de Carlos V, con su Revellín, -donde, recientemente se hizo por la población logroñesa una ejemplar defensa contra el ejército francés que, tras la invasión de Navarra buscaba entrar en Castilla, y allí se le detuvo el paso y cosechó un gran fracaso, - cuando la moza, muy decidida le agarró la mano al sacerdote y le dijo:

- Padre Antonio ¿Queréis que os lea el destino, me dejáis?

- ¿Creéis en esas cosas extrañas, Cristina?

- Sí que creo. Dejadme la mano, si...si no os importa.

- Mujer ¿cómo puede importarme? Te la dejo, pero, no me llames padre, sino Antonio, Antonio, así

a secas.

- Eso quería yo. Mi predicción no ha de fallar, os lo puedo asegurar. (Le agarró la mano y por el pequeño rayo de luz que se colaba entre la cortinilla, mirándola fijo muy fijo le dijo con voz muy baja y cálida: ¡Oh; ¡Bendito sea Dios; Veo, Antonio, que vais a tener una larga vida, pero ¡ay de vos; ha de ser llena de quebrantos y tribulaciones. Veo que, la fortuna, os ha de ser adversa... En cambio, la salud fuerte. En el amor...; ay en el amor;

- ¿Qué me dices sobre ello, Cristina?

Cristina calló, no quiso decir nada, pero sí que musitó unas frases en tono bajo que al clérigo le pareció entender: ¡Ay, amor... amor... desdichado y frágil amor; Se llevó la mano a la boca y la besó apasionadamente. El bachiller, de pronto, se acordó de la mujer que tanto le torturaba la mente y, hasta le pareció que aquel perfume salido del cuerpo de la joven, le acercaba reuniones que el no podía desterrar. ¡Ah, esa loca imaginación qué juegos de hogar y de tiempo le trafa;

Todo se le reproducía siempre como en éxtasis, como salido de trocha, debido a la reacción que el apasionamiento hacia aquella mujer le había transtocado el cerebro. La sobrina de Isabel de Castilla, le fue levantando la manga negra del hábito y, sin decir nada, le seguía dando besos y hasta mordiscos en aquel antebrazo fuerte y velludo. Antonio, no se lo prohibía, más aún, le decía como susurrando:

Amada mujer, ¡Oh delicia de mis sentidos; Cariñito mío... Fueguito que me alimenta. Luz de mis tinieblas... Dulzura de tus delicados pétalos en mi áspera y

pecaminosa piel...

Inconscientemente, el sacerdote, recordando a su amada Francisca, y, Cristina, encendida y encendiendo al clérigo, se abrazaron y besaron con loca pasión. De vez en cuando, se escuchaba el chasquido de los cascos de los caballos, y el gritar del cochero que animaba a las bestias subiendo la cuesta de La Grajera. Cuando más apasionados estaban y el bachiller ignorante de quién era la que estaba a su lado, oyó Cristina que el padre, dijo entre sofocos y respiración agitada.

- ¡Francisca... Francisca... por favor... Por favor, no me hagas pecar más, Francisca, que esto es demasiado, entrañita mía...'

Por la cabecita de la calenturienta Cristina, pasaron pensamientos, como maderos llevados por la riada; como atúnidos que escapan al menor ruido cerca de su remanso; como bandada de perdices huyendo de los perros pachones. Reconoció lo que le estaba ocurriendo al pobre curita, del que ya sabía, por oídas a sus tíos, los amoríos con aquella bella mujer de Valladolid, que le tenía transtornado el seso a no pocos hombres de sotanas y, hasta de mitra, y decidió seguir el juego antes que sacarle de sus divagaciones. Le pareció a la pícara moza que, el clérigo, susurraba:

- Francisca... Francisquita...

- ¿Qué quieres, Antonio? -dijo Cristina muy melosa y hasta fingiendo la voz.

- Que me estás llevando al último de los cielos.

¡Ay de mí;

- Pero, cuitadillo, poco vales... ¿de qué te quejas?
¿No ves qué maravilla es esta de salir del Valladolid, huyendo los dos y haciendo diabluras propias de niños? ¿Es que esto no os apetece, Antonio?

- ¡Sí; ¡Sí; Es una maravilla, Francisca.

- Dame, cariñito mío uno, dos, mil besos. ¿No te apetece, bachillercito de tu amor? (Le miró y vio que tenía el beneficiado de Navarrete, los ojos totalmente cerrados.

- ¡Sí; ¡Sí; Todos los que quieras Francisca, aunque me queme, -si me equivoco, -por toda una eternidad.

La oscuridad dentro del coche no era grande, pero, es que, Antonio de Medrano, el bachiller, por cortedad, cerraba los ojos y no quería abrirlos para no verse más turbado y buscar mantener aquel sueño que le estaba pareciendo divino. Cristina, se soltó el justillo y sacó el pecho fuera, mientras le decía:

- ¡Vamos; Venga esos besos cuitadillo clerical, que esto no es pecar sino darle goce a lo que por Dios fue creado para todo mortal. Este momento es nuestro, sólo nuestro, querido Antonio.

Fue el clérigo a besarle, con los ojos sin querer ver nada, para escapar del vivir mundano y seguir soñando irrealidades, cuando se encontró con un pezón en plena erección. Lo besó apasionadamente, tendiéndose ambos hipso-facto sobre aquel asiento, y jugueteando igual que saben hacer los niños por eras de paja y "tamo," por eras y pajares.

-¡ Soooo; ¡Quieto ahí, Lucero;

Los dos viajeros iban en silencio. Cristina, miraba al clérigo y le guiñaba el ojo sin decir palabra.

Se detuvo el coche a la entrada de la Puerta de San Juan. Descendió el sacerdote con la cara muy sofocada denotando excesivo rubor, y, dándose un adiós muy diplomático y hasta frío /Cristina sin salir del vehículo y Antonio junto a la portezuela- saludó a Leoncio, le dio las gracias por el rápido viaje, y les deseó feliz regreso. Eran las tres y media de la tarde.

Atravesó la puerta de San Juan y, lleno de vergüenza, no estaba hecho para tanto trote sexual, fue por la Calle Mayor Baja, camino de la Plaza, en busca de su casa, donde le esperaba seguramente llena de impaciencia su madre y sus dos hermanas.

Mientras tanto, al pueblo ha llegado un tal Hernando Bastida Ramos, que regresó de tierras de Indias a las que fue y volvió en una de aquellas grandes carabelas. Lo que cuenta este hombre -que ha traído una horrible enfermedad que llaman bubas- les causa a todos admiración y temor.

- ¿Es verdá eso que dices, Bastida? Pero, de verdá de verdá que no nos cuentas trolas?

- Os digo -y pongo a Dios por testigo- que ,allá, cazamos a los indios como aquí a las liebres o al jabalín. Llevamos perros, nos ponemos en cuadrilla y damos gritos por aquí y por allá, tirando algún tiro pa que salgan de sus cañaverales y de los pantanos aquellos que están en pelotas como les echaron al mundo.

- ¿Y los matábais?

- ¿A ver? Oye, que, los perros hacen casi todo.

¡Chacho, van, -lo podís creer, -sin ropas, porque en

aqueellos terrenos que son mucho calientes, ni falta que les hacen. Es de ver cómo los perros se les tiran a las nalgas y pantorrillas pa devorarlos... Aquello es pa verlo.

- ¿Habís matao a muchos, Bastida?

- Miles, miles y miles, Macario. No veis que son así como salvajes. Aquellos no son hijos de Dios ni de su madre. Son, pues, al simen de los monos o de los corzos, pero, en hombre y mujer, - a ver si me entendís. Huyen de los blancos igual que las fieras. ¡Jo;

- Oye, y eso que te pasa en la polla ¿de qué es pa tenerla tan hinchada, Bastida?

- Las putas indias que están todas podridas y nos encajan estos regalos. ¿Cuánto mejor nos fuera andar con las yeguas o las vacas...

- ¿Has traído mucho oro o plata, Bastida? ¿Es verdá que hay por allá oro a manta?

- Nos engañan. Todo eso es una trampa bien apañada y nada más. Eso lo dicen pa que vayamos allá. Miraide, es, pues, al simen de un cepo. Yo os digo que, el viaje, no se lo recomiendo a nadie; es como marchar pal infierno y nunca llegar. Semanas y semanas encima de la mar oceána, y, venga a gomitir y a echar todo del cuerpo... ¡Y, sin agua buena... ¡Y, sin cosas buenas que echarte al estomago... ¡ Ay madre qué tormentos, y qué manera de rezale a Dios y a la Virgen del Carmen, pa que no se nos hundiera aquella carabela o, como no sé qué chorra les llaman! ¿en llegando allá? Nada de nada! Pero, así ¿eh? Nada de nada! Muchos árboles grandes... Mucha tierra buena y lleca... Un mundo distinto, eso sí, pero ¿pa qué? ¿Eh, pa qué?... Nada me llevé y con ésto vengo. Ni servir puedo a mi Lorenza,

y, menos pretender tener hijos, porque habían de salirnos llenos de postemas y de pus. ¡La madre que me echó a este cabrón de mundo; Vide, vide vosotros cuando echen proclamas **incitando** a gentes pa que vayan a tierras del infiel, a por el oro y el moro. ¡Esto que traigo yo es la fruta de aquellas tierras; Lo bueno ¿sabís quién se lo lleva? ¡Los jefes! Los que mandan a los borregos que les servimos de carne de flecha y de lanza. Ya os digo yo que, a otro perro con ese güeso. Como ésto, dentro de lo malo y aporreaos que estamos, nada de nada, os lo dice quien ha corrido muchos mares y muchas tierras.

Antonio, sigue soñando día y noche con su Francisca Hernández. No hubo en aquel tiempo, amor más grande, más hondo, y tan en anonimato, como el de aquel incansable enamorado venido al mundo en tierras de luz y de vino. Sus raíces llegaban hasta la médula de sus huesos; su pasión la iba pregonando por los montes y con quien quiera que le hurgue en el tema. De ese vivir impaciente y hasta incombustible, el que más sabe es su fiel criado, que ya lo venía siendo en la casa de los Diez-Hurtado, desde los tiempos de sus padres, Alvaro de Mora. Y, ha sido este, precisamente, quien le ha dicho esa mañana, al verle tan atribulado y pidiendo la muerte, al no poder estar con la **susodicha** mujer, el castigo que le anuncian las altas jerarquías del Santo Oficio: Será irremediablemente excomulgado por su herejía y desviación hacia las nuevas creencias que han llegado desde otros lugares de menos fe en Europa.

- Padre Antonio. Padre Antonio.

- ¿Qué quieres, Alvaro, qué quieres?

- Ha venido anoche el duque.

- ¿Ha venido? ; Ah, pues no sabes cuánto me alegro;
¿Le has visto tú?

- He visto el coche de caballos, que le tiene frente a la cárcel, en la puerta de La Almudena, donde está su palacio.

- Muy bien, muy bien. Gracias, hijo, por la noticia.

Era víspera del Corpus Cristi. Salió de su casa como huído, pero, no fue al palacio de don Juan Manrique de Lara, sino a la iglesia para encontrarse con aquellos dos hombres con quienes dentro de tanto beneficiado de diversas calidades y sueldos, tenía más confianza. Abriendo la puerta y caminando sobre las grandes losas que aún estaban blancas, como recién labradas, para servir de sepulturas, entró en la sacristía. Allí no estaban los clérigos que él buscaba, pero, le dijo Felipe Montejo, el campanero, que se hallaban en la vieja iglesia de Santa María, a la que habían subido para desmontar con albañiles, un pequeño altar que había quedado allí desde que se retiró el culto, y les pareció bueno que estuviera en la nueva obra, para colocarle donde mejor pareciera al Cabildo y al señor Obispo don Alonso. Subió cerro arriba y penetró en la abandonada iglesia, cuyo techo amenazaba ruina inminente. Efectivamente, allí estaban los dos religiosos, dando órdenes, pero, no estaba el famoso constructor venido de fuera. Era lo de menos. Los martillazos retumbaban en aquel espacio vacío y tuvo que repetir Medrano, varias veces las llamadas.

- ¡¡ Contreras;¡¡ ¡¡ Fernández;¡¡
- ¿Qué pasa, Antonio?
- Dejad eso un momento y escuchadme.
- ¿Has visto a la Paca por la Dehesa, o qué? ¿Decirlo y soltar la carcajada los dos fue todo a seguido.
- Un poco de respeto hacia la que lleva tu apellido.
- Ya, ya. Perdona, hombre. Dinos qué has visto por ahí.
- Ha llegado el duque. Está en el pueblo el duque.
- Bien. Vaya con Dios; tenemos al duque, Contreras... Llegó Corpus Cristi a Navarrete. Bueno, ¿y qué pasa con ello, Medrano.?
- Reparad que no puedo decir a gritos en qué situación estoy...
- Ni te molestes.
- Sabéis que pende sobre mi cerviz la excomunión, y creo que no la merezco. Vosotros sabéis que, más quisiera verme muerto que echado del calor y amor de nuestra Iglesia.
- Lo sé. Lo sabemos, como sabemos que todo lo que a contra pie te venga, tú te lo ganas por tus puños. ¿Qué más, hijo mío, qué más?

A solas y retirado de los obreros, les fue diciendo: Quiero pedirle al señor duque, don Juan Manrique, que interceda por este pobre clérigo ante el Tribunal del Santo Oficio.

- Bien. Y ¿qué más... qué más?
- Pues, como sé que han de pedir pruebas sobre mi conducta, yo quisiera -escucharme bien por Dios- yo quisiera que, vosotros, seais quienes pueden acreditar que mi conducta y mi proceder fueron siempre de fidelidad con nuestra Santa Madre Iglesia.

- ¡Ja! No pides nada, hijo mío... ¿Has oído lo que pide nuestro bachiller? Oye, ¿y qué le decimos sobre Francisca Hernández, eh? ¿Qué nos aconseja el hijo del jurista que le digamos sobre tu angel custodio?
- Contreras: Mejor te callas sobre eso. Mira que, si a decir debilidades o pecados carnales vamos... tú bien sabes cómo te ví cierto día en la sacristía, hará dos meses, con María Cruz Olarte, y que no estabais, precisamente rezando un Ave María...
- Bueno, bueno, bueno... Eso es pecata minuta, Antonio. Debemos considerar que, a una mujer joven y viuda si necesita consolación, nos cabe el deber de concedérsela, y más cuando esta petición va recomendada desde el confesionario. ¿No os parece que es obra de beneficencia? Eso hice yo, pero, no se hable más de ello.
- Abreviando ¿Queréis o no queréis ser testigos de mi proceder ante la Iglesia? Mirad que, hoy es por mí, y mañana puede ser por uno de vosotros dos.
- No me niego, siempre que no vayamos, por culpa tuya y de tus doctrinas, a uno de esos Autos que están ahora en pleno auge, donde se queman al alimón sotanas y mangas de toda clase y condición.
- ¿Sí, o no?
- Los dos a una dijeron que sí;
- ¡Sí, hombre sí;
- Gracias, hermanos en Cristo. No esperaba menos de vosotros.
- Medrano. Aclaremos bien que sólo respondo en cuanto toca a este pueblo y a oficios religiosos. De tus manejos ocultos fuera de esta nuestra jurisdicción, allá tú y tus relaciones. Eso, para por si acaso...

- Descuidad.

Salió rápido de aquella abandonada obra construída en el siglo X, y se fue a su casa para escribir un amplio descargo y llevárselo al duque, antes de que abandonara la Villa.

Al día siguiente era Corpus Cristi, o, día del Señor. Esa mañana estaba pidiendo audiencia el beneficiado Antonio de Medrano, al cuarto duque de Nájera, don Juan Manrique de Lara.

- ¿Qué os trae por aquí, Medrano? Ya me figuro, ya me figuro que tenéis otro lío tramado...

- No señor duque, no señor. Es sobre lo que ya le advertí la vez anterior en que el señor duque nos hizo otra visita.

- ¿Y qué queréis que os haga yo, ahora?

- Molesto al señor duque, a quien Dios le concedió una inmensa carga de bondad y de humildad, para que, si lo tiene a bien, entregue ésta alegación que tengo redactada y con testigos, para el Tribunal del Santo Oficio.

- ¿Es sobre vuestra anunciada excomunión?

- Así es, señor duque, así es.

- Leédmela Medrano.

Colocado delante del duque, que estaba sentado en un regio sillón con orejeras y bordaduras en oro, en las que figuraba su blasón, leyó el bachiller Medrano lo que sigue:

"Muy nobles y muy reverendos señores. Yo, el bachiller Medrano, beso las manos de vuestras reverencias, y les suplico se informen de mi juicio y de Alvaro de Mora, mi criado, y de Bartolomé Con-

treras, clérigo de Navarrete, y del cura Juan Fernández, porque estos vieron y leyeron la apelación que yo tenía hecha porque la excomunión no me llegase, y por las diligencias que yo he hecho, no obstante la apelación, sepan de mí, porque Antonio es mi procurador, él ha hecho los requisitos y tiene cartas de Cabredo y de Juan de la Torre. Los susodichos, mi criado y los dos citados curas de esta villa, pueden dar fe de mi conducta en cuanto respecta a mi fe y al sagrado cumplimiento de mis deberes como clérigo destinado a esta iglesia de Santa María de la Asunción.

Se me acusa de algunas cosas de las que soy inocente, de ahí que pido a vuestras reverencias... "

- Vale, vale. Ya vale, Medrano. ¿Queréis que yo la lleve para que se os atienda y no se os titule como hereje ¿no es eso?

- Así es, señor duque. Si no le es molesto, le pediría al señor duque y lo hago por Dios y por su Hijo Jesucristo, que, apoye esta mi petición, con unas cortas líneas tuyas, que bien sé han de resultar valiosas para que todo lo que yo ahí pido sea correspondido, pues para bien de nuestra Iglesia y de sus pastores, lo hago.

- Lo haré. Lo he de hacer, por el mucho aprecio que tuve hacia vuestro padre, y también por vuestra tranquilidad. Dejadla ahí. ¿Cómo siguen esos trapisondos religiosos con las nuevas doctrinas, Medrano?

- Señor... ¿Qué puedo yo deciros?

- No os ruboricéis, Medrano. Estoy al tanto de todo. Bien sabéis que yo no os miro mal, y que, hasta atendido como merecen esos nuevos razonamientos, algunos de ellos muy positivos para nuestra fe en España.

- Gracias, señor.
- Tened cuidado, Medrano. No puedo deciros más. Mucho cuidado. Bien sabéis que el poder es el poder, y que la alta autoridad eclesiástica, se ve obligada a poner justicia, posiblemente, contra su voluntad pero, está obligada a ello.
- Lo sé, lo sé, señor duque.
- Mi caso es distinto.
- Gracias, señor duque.
- Levanta, levanta de ahí hombre. Quizá debiera ser yo quien tenga que besar la mano a un ministro de Dios, a un pastor de nuestra sagrada religión.
- No no. Mi mano es pecadora, señor...
- ¿Y la mía no? ¿Cómo podré yo y los que manejamos ejércitos, librarnos del fuego eterno, después de haber matado, aquí y allá, a miles y miles de inocentes a los que hemos pagado por entregar su rica vida, mísera soldada? Cuando pienso en esto, Medrano, me avergüenzo, y, si no fuera porque uno confía en que todo es por el mayor beneficio hacia el Creador, más me valiera clavarme una daga en el corazón. Bueno ¿qué más queréis de este pobre pecador?
- Nada, nada señor duque. Rezaré por el señor duque y pediré para el una larga vida llena de felicidad.
- Ojalá que algo consigáis con ello, que, buena falta me hace. Decidme: ¿Qué hace Teobaldo, mi lejano pariente?
- Está bien. Harto se acuerda del señor duque.
- No envenenéis mucho su pensamiento que el me consta que es muy frágil.

-Lo sé. Bien que lo sé, señor.

Aunque las cartas entre Francisca y Antonio se sucedían intermitentemente, porque muy bien aunque excesivamente costoso era el correo de ese tiempo, he ahí que, el bachiller, por ser distinto a todos, y no poco lo era, ha pensado en adoptar la feliz idea -quizá para ser mejor comprendido- de colocar una rúbrica muy original. Forma con los trazos una cruz con grande lla-ga de la que manan gotas de sangre. Es su gran dolor, su tortura. ¿Por Cristo?... ¿Por la Virgen?... ¿Por Francisca?

Ha pensado el clérigo hacer nuevo viaje a Valladolid. Si Francisca está libre de rejas y de cargos, pueden gozar de aquel amor durante una temporada. Cuando la voluntad y el cuerpo lo piden, no se oponen distancias por más que les separen más de cuarenta leguas entre ambos. No hay océano, montaña, desierto, dique o muralla que la pasión del enamorado, no lo cruce, la escale, y le venza para encontrarse con su par.

Mientras tanto, el emperador, poseído y engreído del poderío de sus ejércitos y de la capacidad bélica de sus fieles generales, había vencido a Solimán.

Estaba el César con sus batallones en Africa, para vencer a los infieles. De Túnez expulsó al pirata Barbarroja, y elevó al trono a Muley Hasán, quien se hizo sumiso servidor de España, y, ¿qué menos podía el árabe hacer, tras de colocarle en el trono, cosa que él, y por su cuenta jamás podía conseguir?

Después, se fue don Carlos a Roma, para cumplir otra alta misión, y se sentó en su trono al lado mismo del papa, bajo los techos de la iglesia de San Pedro. El no podía ser menos que el Sumo

Pontífice. A duo cumplieron las prácticas religiosas: el uno poderoso soberano en lo militar y político, absolutista y conquistador de estados donde quiera que se hallaren por la tierra. El otro, jefe espiritual del cristianismo universal, con millones de seguidores. Los grandes siempre llegan a entenderse y a colaborar unidos para destrozarse los países débiles y acrecentar más y más sus riquezas.

El Imperio de Carlos Primero de España y Quinto de Alemania, estaba más consolidado que nunca. Pero, en ese tiempo, Francisco

Primero de Francia, aprovechando el desgaste del emperador hispano, que está combatiendo en diez lugares a la vez, pide para su hijo la sucesión del ducado de Milán, y envía, para presionar aquella petición un poderoso ejército a Turín

- ¿Cómo puede Dios -pensaba el emperador- apoyarme a mí y, al mismo tiempo hacerlo con Francisco?

- No lo entiendo, esto no lo entiendo y no lo entiendo!

- Pues, es lo mismo que ocurre con los luteranos
¿Les apoya el Creador, sí o no...?

- ¡A esos es más fácil destruirles que al rey de Francia;

- ¿Sabéis, señor, que Lutero, ha desautorizado ab aeternum a los miserables de una secta de Múnster llamados los anabaptistas?

- ¡Tan responsable es un monje repugnante como todos aquellos; Si desautoriza es porque él también sabe que es desautorizado; ¡Insensatos; ¡Malditos; ¡En España, en Bélgica, en Holanda, en Aus-

tria, en Italia y en Indias, las llamas os han de hacer entrar en razón, o yo no soy el Emperador de Occidente;

Antonio de Medrano, va camino de la ciudad de Pisuerga lleno de ilusión. Ha montado en su villa en la carreta o galera de seis ruedas, tirada por seis troncos de caballerías y llevando a veinte pasajeros que han salido de la capital camino de tierras de Burgos, Palencia y Valladolid. El camino es duro, agobiador, pero, la ilusión es inagotable. No le quita nadie de su cabeza afiebrada, la figura de su amada que, como sabemos, se la imagina en cualquier lugar. Por un tiempo, dejará de subir a San Cristobal, ir a la Dehesa la Verde, e, incluso a Carra-Logroño y Valgaraoz, para que se le reproduzca el milagro de ver aquella sensacional figura de mujer que nació en Castilla, y, a la que tiene ciegamente enamorada aquel, para muchos, torpe e insensato clérigo navarretano. Por el ventanuco de la galera, va subiendo los montes de La Degollada, famosa por haberse dado en aquellos pagos grandes batallas. Atraviesa las tierras de Oca:

Entonces era Castilla

un pequeño rincón.

Era de castellanos

Montes de Oca mojón.

E, de la otra parte

Fitero el fondón.

Moros tenía Carazo

en aquella ocasión.

Sigue el carromato cubierto de polvo y llenos de sudor sus viajeros, Por los llanos de Burgos y a ven su castillo y las floridas agujas de la gótica catedral,

donde está bien guardado el arcón del Cid, y yace en rico panteón de mármol don Alvaro de Luna.

Salen por la puerta más bella de aquel antiquísimo burgo y cruzan el Arlanzón con nuevos viajeros, internándose en tierras paniegas de Palencia.

Tierras secas y casi desérticas de Castilla, donde el horizonte es indefinido y pajizo; donde no cesan de cantar las cornejas, los grajos y las hurracas. ; Campos de Castilla; Valladolid y su interminable campo de cereal. Castilla, con su cielo alto, enormemente elevado y castigador, sin entrañas contra el mísero labriego. Campos de Castilla, donde, a poco que el viajero ponga el oído junto al barbecho o en la sementera, oirá el fragor de la caballería del conde Fernán González, y de Rodrigo Díaz, el de Vivar, buscando hacer más grande el reino castellano y domeñando al que odia, aunque para conseguirlo -como hizo por tierras de La Rioja- tenga que arrasar campos y villas, buscando a su opositor el conde García Ordóñez. ; Castilla; ; Noble, sufrida, y mística Castilla; Pueblos terrosos; villas amuralladas; casas que se mantienen en pie de puro milagro, y gentes que subsisten como las lagartijas o las ratas de río. Rebaños que van buscando lo imposible para su angustiado estómago, y pastores con cara apergaminada, ojival, llenas de hambredad como las supo captar El Greco y Goya. ; Son castellanos, o son beduinos que llegaron con Tárik y aquí se quedaron convertidos en fantasmas para una eternidad ? Mujeres castellanas, con

ropas de un negro arratonado, negras como la pena negra, que llevan sobre su flácido pecho niños con mocos y piernas cubiertas de costrones que nadie jamás se ocupó de curarles. ¡Castilla; ¡Castilla guerrera, buscando mejores venturas o morir en su empeño, por hallar otro mundo más agradable y esperanzador que aquel donde les nacieron y llevan como castigo;

Pasado el Pisuerga, ha llegado el clérigo a Valladolid. Son las siete de la tarde del mes de octubre. Corriendo, como un niño que va camino del circo, o, como el adolescente enamorado de la colegiala, va Medrano por las calles de aquella ciudad. Lleva una impaciencia que no se la quitó de encima durante todo el viaje:

¿Estará en casa? Tiene que estar en casa y hasta esperándome! ¿Por qué no? Quizá ha llegado hasta ella mi pensamiento, le han silbado los oídos y, la purísima mujer, me espera. ¡Me espera; Libaremos el cáliz del amor y no pecaremos porque, ni ella ni yo somos materia pecadora sino carne sufriente por una angelical pasión.

Si Dios lo hizo así, nosotros somos, religiosamente, sus místicos actores. Llegó a la casa y vio

que la puerta estaba abierta. ¡Albricias; ¡Está; ¡Está, Dios mío, está ella dentro; ¡Tengo a mi virgencita orando, esperando la llegada del amado; Subió las escaleras de dos en dos, tropezó y cayó, que muy torpón era para moverse debido a sus pies planos y cortedad en la vista. Entró en la cocina... allí no estaba. Tampoco estaba su criada Facunda. Nadie había en la casa... ¿Qué extraño? Nadie en el salón... ¡Por vida de; ¡Se la han llevado otra vez los del Santo Demonio? ¡Esos cabrones le han llevado a la cárcel;

En eso meditaba lleno de angustia, cuando llegó hasta sus oídos, algo así como dos suspiros profundos, y, tras de ellos, dos respiraciones ansiosas.

... ¡ Ay madre, si está enferma; ¡ En buena hora llego; ¡ Francisca; ¡ Francisca; Entró en la habitación de la bella mujer, que tenía encandilados a casi todos los luteranos de la ciudad y de muchas ciudades, y vio, con grande sorpresa, cómo se tapaba con urgencia. ¡ Francisca; Nadie respondía, pero, bajo aquellas ropas había dos cuerpos... ¿...? - ¡ ¡ Qué coño hacéis ahí?...

Agarró las ropas y, violentamente, las retiró de la cama. Desnudos, completamente desnudos, como salieron en su día del vientre de sus madres, estaban Francisca Hernández y Bartolomé Tovar, el culto y muy educado erasmista Tovar.

¿Qué es esto, Francisca? ¿Qué es esto? ¿Eres una beata o una fulana dedicada a divertir al clero?

Los dos que habían sido descubiertos en "el ajo"... se volvieron a tapar, y fue Francisca, la que dijo tapándose el pecho con una blanca sábana y, aparentando el más encantador recato

- ¡ Fuera; ¡ ¡ Fuera de aquí, Medrano; ¡ ¿Quién te ha mandado abrir la puerta y subir sin mi licencia?

¡ ¡ Fuera de mi casa, imbécil; ¡

- ¿Y ése que no habla, quién es? ¿Por qué se oculta el hijo de puta?...

- ¡ Eso, que has dicho, te lo vas a tragar mañana mismo; ¡ Nos veremos las caras;

- ¡ Si nos las vamos a ver mañana, sácala hoy de ese "cabo", y no seas maldito conejo;

- ¡ Vete, Medrano, sal de aquí; ¡ Fuera de esta casa;

- ¡Eso es; ¡Que salga ese intruso de aquí en nombre de Dios; -dijo Tovar que seguía oculto.

- ¿De Dios, eh? Me voy, me voy, Francisca, y que a los dos os aproveche... ¡Me voy, me voy... ¡Pobre de mí...! Comenzó a gemir y salió de la sala llorando como un niño. Se fue el bachiller con el ánimo por los suelos, casi casi pisoteándosela como largo manteo. No cesaba de decirse para sí cuando bajaba aquellas amplias y palaciegas escaleras: Virgencita mía ¿quién podía esperar esto? ¡Me ha traicionado...! ¡Me ha traicionado con otro hombre de mi misma doctrina...! Es una perjura...! No no no: ¡Es una zorra, una puta;

Cuando iba por la calle quitándose las lágrimas, escuchó cómo se abría una balcon y alguien le gritó:

- ¡ Antonio; ¡ Antonio;

Era Francisca que le llamaba.

- ¿Qué quieres de mí, Francisca?

- Ven mañana, cariño. Te espero mañana a estas horas. No dejes de venir, cielo mío.

- ¡Espérame! ¡Espérame, Francisca! Aquí estaré a esta hora que dices.

Siguió caminando por la calle y diciéndose:

Es un angel. ¡Me quiere, me quiere; Tengo que perdonarla, esto es algún compromiso muy elevado que tenía.

¡Me quiere, me quiere mi santita!

Corrían por Valladolid tristes noticias sobre los enormes, brutales castigos que infligía la Inquisición en sus mazmorras, para conseguir hacer cantar a los detenidos que guardaban los secretos de sus reuniones y actividades clandestinas. No había quien ignorara que toda España estaba dividida -como siempre- en credos, y que

los espías e informadores se hallaban en todo lugar. Eran, lo que siglos después se ha dado en llamar "quinta columna". Aquellos obedecían al clero como policía secreta del Estado; eran los apesebrados del Vaticano, como otros son del ejército, cuando les mueven los dictadores. Si dividido estaba el pueblo, no lo estaban menos las altas jerarquías, que llegaban hasta a odiarse, de ahí que, se denunciaban, tanto para que se les dejara libre el camino, como para eliminar al que les estorbaba. Esto ocurría entre Valdés, Inquisidor General, que estaba empeñado en llevar al estrado para quemarle si era preciso a Carranza, al que trataban de entregarle la diócesis de Toledo. A muerte también le odiaba el obispo de Cuenca, Pedro de Castro, quien aspiraba a tener bajo su mandato la sede de Toledo, y Carranza, por voluntad del rey era el candidato a recibirla. El obispo de Cuenca, por ser hijo del conde de Lemos, se creía en la obligación de ser obispo de la ciudad Imperial, antes que ese "tal Carranza" que venía de cuna humildísima. Metidos en esas ambiciones, se veía que pesaban contra el navarro Bartolomé de Carranza, cuestiones sobre su credo algo más que las puramente personales. No obstante, su apasionamiento por la religión oficial, sabían demasiado su liberalidad para recibir las nuevas doctrinas, que le están ocasionando graves disgustos. No obstante, Carranza, acaba tomando posesión de la diócesis de Toledo, aunque pataleen y rabien sus terribles enemigos.

El Santo Oficio, que bien conocía el pensar

del obispo, y seguía sus pasos día tras día, le enviaba astutos detectives para ver en qué momento daba el más leve traspié -que tenía que darle- y, así, denunciarle y darle su merecido.

Otro personaje de ese tiempo, importantísimo personaje como hemos de seguir viendo en tan lamentable tiempo para España -¿ y cuándo lo fueron buenos?- era el doctor Agustín de Cazalla, canónigo de Salamanca, a quien la cupo la suerte y fatalidad de haber esparcido por el árido e inhóspito campo castellano-leonés, la semilla protestante. Era hijo del Contador Real don Pedro de Cazalla, y de doña Leonor de Vibero, rico matrimonio, pero ¡ah desgracia del tiempo; titulados judaizantes, nada menos que por^aInquisición sevillana.

Fue discípulo de Carranza y, con él se confesaba en Salamanca, Antonio de Medrano. El año 1542 ha nombrado el emperador a Cazalla, predicador y capellán suyo. Consciente o ignorante don Carlos, había metido a un luterano en su propio palacio. ¿Lo hizo a posta?

¿Estaba enterado el emperador de los manejos secretos de Cazalla? Sea como fuere, con don Carlos I viaja por Alemania y Flandes. ¿Seguía predicando aquello que sentía y mucho ocultaba? La historia un día nos lo aclarará.

Tenía Agustín de Cazalla a un hermano llamado Pedro, que ejercía de cura en Pedroza, pueblo de la provincia de Valladolid, que estaba situado a tres leguas de Toro. También Pedro era un avanzado innovador de la doctrina cristiana, y lo era su hermana Constanza y Beatriz. Y lo era, en mucho más grado, su madre Leonor de Vibero, que es donde esa tarde se van a reunir los hombres cultos y no pocas beatas marisabidillas, latinajas

y bachilleras, que se precian -y verdad lo era- de estar muy por encima de todas las demás féminas españolas. Reunidas se hallaban en una casa de aquella ciudad, más de cuarenta personas que habían sido citadas por Leonor de Vibero. Entre aquel grupo de protestantes estaban agarraditos por las manos, pero, bien ocultas para las personas que les rodeaban: Francisca y Antonio. La reunión estaba concitada para hablar -entre otras cosas- y comentar, el "Cathecismo" de Carranza. No faltaban en la reunión algunas monjitas del convento de Belén, cenobio en el que toda la comunidad -caso curioso en esa fecha- estaba poseída de la nueve herejía, de ahí que se leía con no poca fruición todo cuanto escribía el admirado Carranza. También había algunos aristócratas, entre ellos, don Pedro Sarmiento, marqués de Poza, y la marquesa de Alcañices.

Les hizo una breve exposición don Pedro de Cazalla, sobre los disparates que se estaban cometiendo en algunas diócesis en que existía Tribunal, como era el caso de Sevilla, Cuenca, Zaragoza, Valencia y otras. Denunció todo aquello como verdadera infamia; que era sadismo repugnante, el colgar, tras de ser quemados aquellos a los que llamaban herejes, los "sambenitos" que habían usado otros culpados de menor causa. Que las víctimas, eran expuestas en lugar público con sus nombres sobre el pecho de aquellas horribles ropas. Esto -les decía en su charla- es condenarles a perpetua infamia. Yo os digo que, por esa mala causa, generación tras generación, van a llevar esos fa-

miliares sobre sí, lo que han titulado pecados de sus antepasados. Los más, por quemados, los otros por relapsos, y, esos que os digo, por llevar encima un "sambenito". Aquí no se trata de justicia, que, para nosotros es injusticia, se trata de pueblo con moral y de pueblo corrupto y detestable. Los buenos y los malos; los que merecen vivir y a los que debe eliminarse. Con esto, hermanos en Cristo, tenemos que acabar o morir en defensa de otros postulados más nobles que ya tenemos adquiridos. Cada uno de nosotros debe conquistar adeptos, como yo lo vengo haciendo con gran fortuna en mi Villa. Lo haré hasta que Dios, nuestro Señor, me lo permita. Si cada uno de nosotros nos movemos al igual que hasta ayer hicimos con lo viejo y caduco, crearemos en pocos años y les superaremos, un gigantesco ejército de los nuevos seguidores de la religión sin fastuosidad, sin odios, y sin verter sangre del hermano. No terminó su charla porque, a la sala entró un joven diciendo:

- ¡Viene por la calle Ancha, un grupo de soldados! ¡Vienen aquí!

- ¡Fuera! ¡Salgamos todos por la puerta de la calleja; Dijo doña Leonor de Vibero, madre de los Cazalla.

Cuando llegó aquella tropilla a la casa, sólo hallaron en ella a tres mujeres. Revisaron los muebles, la biblioteca, las despensas, percheros y baules. Rompieron telas y tapices... Buscaban libros y escritos que denunciaran al que los había escrito. Nada. No encontraron nada para ser llevado al Tribunal. Se llevaron el desprecio y las miradas cargadas de odio de doña Leonor de Vivero, de Constanza y Beatriz, que estaban plenamente identificadas con Lutero y sus doctrinas.

Estaba el barbilampiño Teobaldo, apoyado sobre el

hombro del bachiller y, aquel, le contaba viejos sucesos que al joven fraile mucho le encantaba escuchar. En un silencio le dijo el que desde hacía dos meses ejercía de capellán de las Clarisas:

- ¿Conocísteis al padre Ignacio de Loyola, padre Medrano?

- Claro que le conocí, pero, antes, traeme, por favor, hijo mío, un tazón de agua, que tengo la garganta reseca como aquel cerro Tedeón, que no rezuma ni una mala señal de líquido, y, así le vemos siempre costrón, cual pico de loro.

- El Tedeón es un traidor, padre. No enseña vena de agua, pero, las guarda ocultas ^{por} meternos en ruina la nueva iglesia.

- Bien han hecho en levantarle el suelo y hacer cauces que le den salida por la Cuesta del Caño, a lo que estaba detenido como laguna entre sus cimientos.

- También se parece al padre Butrón, pues de agujero viene el torpón.

Ambos rieron a carcajadas, y eso le hizo no poco bien al anciano bachiller, que, sólo en repasar su vida llena de torturas y desasosiegos le contentaba el revivirlos, por cuya causa más que hacerle favor le llenaban de tormento.

Había regresado Medrano de Valladolid, y, en cuanto estaba como recluso en su villa, el pobre hombre ya tenía sobre sí la debilidad de soñar con su amada "santa", con su "purísima virgencita", que así la llamaba cuando por las soledades y en intimidad se hallaba. Nuevamente ha sido denunciado y, otra vez, ha de gastar el clérigo, no pocos miles de du-

cados, tratando de salir de los grandes procesos que le encajaba el Santo Oficio, y siempre, por las denuncias de los seguidores de Cristo en la Villa o en la ciudad. ;Ah, cuánto daño le ha hecho al hijo de doña Toda Hurtado, las denuncias del vecindario, muchas veces, por no entenderlo o por envidias en su forma de ser y sentir;

En ese tiempo, el obispado de Calahorra era uno de los más grandes de España, tanto por la extensión del territorio, como por sus poderosas jerarquías. Abarcaba más de catorce mil quinientos kilómetros cuadrados, entre los que estaban integrados los territorios de La Rioja, gran parte de las Vascongadas, Navarra, tierras de Soria y de Burgos, incluido el condado de Treviño. La diócesis, dominaba seiscientos noventa y tres parroquias. Novecientos treinta y siete pueblos, con más de mil veinte pilas bautismales, y recaudaba unas rentas de doscientas sesenta y cinco mil novecientos setenta y siete reales. Como vemos, todo un gran territorio, de una influencia enorme para el destino del país, tanto en lo económico como en lo eclesiástico.

Había llegado a Navarrete, Ignacio de Loyola, el hombre nacido en Azpeitia el año 1491. ¿Quién era ese hombre que, ahora ha llegado a la villa, en la que el más grande jerarca y Alcalde Mayor lo es el duque de Nájera? Un vasco que se crió en la casa que Juan Velázquez de Cuéllar, tenía en Arévalo. Venía de familia de holgada fortuna y grandes méritos, de ahí que, enviado con Velázquez de Cuéllar, se crió a todo capricho, porque, éste hombre, era Contador de los Reyes Católicos.

Cierto día, en aquella casona-palacio de Arévalo, fue presentado, y siendo mocito, al duque de Nájera, don

Antonio Manrique de Lara, que era virrey de Navarra.

Por esa presentación y estando en edad militar le metió el duque en su ejército. A seguido, por joven, por su clara inteligencia, vigor físico, y porque la época lo exigía, acabó siendo lo que se ha dicho después; un golfo, bebedor, pendenciero y mujeriego que, todo esto lo lleva consigo la milicia como llevaba sin remisión alguna, los piojos y la sarna. Pasado el tiempo, llegó a ser Gentilhombre del duque, relevante cargo que llevaba consigo una carga de engreimiento y la no poca envidia de sus compañeros, algunos de aquellos esperando que fueran ellos, por antigüedad y méritos, los que lo grasen esa categoría. El año 1521, defendiendo Pamplona contra el ejército francés, cae herido en una de las calles de la ciudad. A partir de ese día, la vida del militar Ignacio, había de cambiar totalmente. No pudiendo caminar, se dedica a leer, y, por la lectura, acaba arrepintiéndose de toda su vida pasada, Va a Monserrat y ofrenda a la Virgen su espada y daga. Hace, allí mismo, la promesa de ser penitente y, elige, para llevarlo a cabo una montaña en Manresa. Fue allí donde escribe los Ejercicios Espirituales. Haciéndose pobre mendicante, peregrina a Roma, y de allí a Jerusalem. Estudia, estudia latín en Barcelona, Alcalá, Salamanca y en la Sorbona. Todo quiere saberlo y tener dominio de las materias esenciales en el vivir. Va a París y toma amistad con unos compañeros que serán sus fieles continuadores en esa

milicia eclesiástica que ya está soñando. Ellos son: Fabio, que es italiano. Francisco Javier, navarro. Diego Lafnez. Alfonso Salmerón, de Toledo. Nicolás Alfonso y Simón Rodríguez, portugueses, y los franceses, Codure y Bronet. Con estos ocho hombres, aquel que ha llegado a la villa de Navarrete, había de traer una convulsión general, pues, cada uno, como hizo Jesús con su apóstoles, fue a convertir gentes, desde Abisinia y las Indias Orientales, hasta los más diversos países europeos, donde progresaban los luteranos y erasmistas. En poco tiempo se multiplicaron los seguidores, se fundaron colegios, el Papa les concede privilegios y, así nace la Compañía de Jesús, llamada también la Contrarreforma. Tampoco le faltaron enemigos de ella, comenzando por el propio emperador, el cardenal de Toledo, Guijarro. Melchor Cano, etc etc, pero, Ignacio, ha conseguido crear un poderoso ejército con los clásicos títulos en mandos, pero, dedicado a defender la fe. Cuarenta años tiene cuando ha llegado a Navarrete, y se sabe que lleva consigo el voto de pobreza, el de castidad y de obediencia incondicional, pero, Ignacio, ansía volver nuevamente a Jerusalem en la más pobretona peregrinación. Tiempos eran estos en los que dominaba no poco, para ser bien visto -o mal- la "pureza de sangre". El no haber tenido nada que ver con gentes que habían pagado sus errores en Autos de Fe, e, incluso, no ser descendiente de los que fueron castigados con el "sambenito". La propia Compañía de Jesús, fundada por Ignacio, tropezó, nada más ponerse en movimiento, con la histeria dominante esos días del antisemitismo y la Inquisición.

Cuando Ignacio era estudiante en Alcalá, ya se hizo sospechoso de judaísmo, debido a sus prácticas religiosas. Pero, Ignacio, negó lleno de indignación, el tener nada que ver con el judaísmo porque él era de familia noble y, además, había un positivo precedente geográfico: No existían noticias de que en Guipúzcoa se hubieran asentado poblados con judíos.

Bastantes años después, el Fundador de la Compañía, les decía a unos amigos, que hubiera considerado como un favor divino el haber descendido de raza judía.

Cuando le preguntaron que cómo decía eso, Ignacio les contestó:

"Os parece poca cosa, el poder ser pariente de Cristo, Nuestro Señor, y de Nuestra Señora la Gloriosa Virgen María? Pues si ellos eran judíos y bien judíos ¿por qué no les rechazan también a la Madre y al Hijo, por llevar esa nacionalidad?

El beneficiado Antonio de Medrano, acude a una casa del Arrabal -habitado en su mayoría por judíos- para visitar al vasco. Acude el clérigo tildado de hereje, para charlar un rato con ese hombre que ya goza de gran prestigio nacional.

Después de presentarse al viajero, en el portal de uno de los peones que tiene la casa del duque, donde está alojado el jesuita, el culto humanista nacido en Azpeitia, que posee una profunda erudición gramatical y amplios estudios filosóficos, le ha invitado el peregrino, a subir a la cocina, porque, esa mañana está heladora, y, más aún, en esa calle del Arrabal, que recibe, directamente, el cierzo que llega de La

Demanda, en ese tiempo blancas de nieve las cumbres de San Lorenzo y Pancrudo.

Sentados junto al fuego que salía del rústico y pobretón fogón, alimentado con "oliveñas", un tronco de cepa y, en el negro rincón un poderoso rímero de encina, así le contestaba sentado en la caponera, Ignacio, al bachiller Medrano, que, ante esa personalidad era no poco astuto en calibrar razonamientos clericales.

- Querido amigo. A eso que me preguntáis sólo puedo decir que, el destino traza, como escritos en el espacio, signos que los seres humanos jamás podemos clasificar ni controlar. Ese detalle va en cada uno desde que se nace hasta que la carne pudre.

- Pero, querido y admirado maestro. ¿Pueden silenciarse y menos sepultarse los aromas de las flores, el rumor de los manantiales, el resplandor y las miradas, y el aura profética del predestinado?

- Hoy, hijo mío, hay una fuerza dominante, que va buscando señales hasta en lo más profundo del cuerpo, para ser castigado de por vida. De ahí que yo os digo Medrano, que, cuánto mejor es ocultar la voz y los resplandores a la torcida vista, porque no lo crean conjuros y llameantes siete velas que pueden hacerle arder en una pira, al noble soñador.

- ¡Exacto; ¡Exacto, padre Ignacio...

- Y, si ello es advertido y admitido por denuncias, bien creo que sabéis que, ni hijos ni nietos de los tales, han de tener ni usar oficios públicos, ni honra, ni los más mínimos merecimientos. Más aún: No serán en generaciones, ni jueces, ni alcaides, ni regidores,

ni notarios, ni abogados, ni tesoreros, ni médicos, ni mercaderes. Ni siquiera alguaciles, cuanto menos, otros cargos de más elevada posición. Esto viene así y vos lo sabéis como yo, y, así le dejaremos. Decidme ¿quién se aventura a semejante quimera teniendo tan negra tormenta encima de la cabeza?

- Sé que venís, padre Ignacio, a visitar al duque, de cuya familia sois un grande amigo y defensor, antes con la espada y hoy con la humildad y la fe.

- Así es. Lo fui desde hace muchos años y sigo siendo. Esta noble gente son un ejemplo en nuestra torturada España donde la vanidad y la ramponería tienen altas cotas conseguidas. Dentro de la aristocracia, los Manrique de Lara son otra cosa; son la nieve impoluta de aquellas cresterías, y, los demás, polvo de las carboneras junto al poder para rascar presunción y beneficios.

- He oído, señor, que vais camino de Jerusalem.

- Sí. Anhele llegar hasta allí otra vez. Estando en aquella Tierra Santa, me creo que, hasta escucho el caminar descalzo de Cristo sobre las calles y caminos. Tengo que ir.

- ¡Ah, quién pudiera acompañaros; No sabéis cómo os envidio, padre Ignacio.

- ¿Os falta fe?

- No. Quizá me sobra excesivo apego a las cosas de este mundo. No puedo desprenderme, como el padre Ignacio, de lo que tanto anhela el paladar, sexo y soberbia. Soy una víctima más del lujurioso Satanás quien, por el gusto se me introdujo y

acabó dominándome.

- Siendo así, os compadezco.

- Tengo dineros encima ¿Necesitáis de ellos? Si los necesitáis aquí están.

- No no no. Confío en que el señor duque, ha de satisfacer mi pequeño deseo y con ello me sobraré para llegar hasta Tierra Santa. Por donde quiera que paso, es el pueblo humilde y trabajador tan generoso, que me llenan de todo tanto para el resistir del cuerpo como para fortalecer mi alma. No necesito nada. Nada.

Casi una hora estuvieron los dos eclesiásticos hablando de temas que no son para traerles aquí en detalle y hacer la lectura plúmbea. Eran cosas de fe y de aquellos aconteceres políticos y religiosos de lo que ya se van dando aquí detalles abundantes. Cuando Medrano se despidió en el rústico portal lleno de aperos para la labranza y el mantenimiento de la cocina, se dieron un fuerte abrazo y, el viajero, cerró la puerta de aquella casona construída con adobe y maderos verticales para mantener, sin posible derrumbe, una obra que venía hecha un siglo antes.

Era la hora del anochecer cuando se le antojó al clérigo naverreteño, hacer otra escapada hasta el montículo alargado de San Cristóbal, para dedicarle media hora de atención a su amada. Ella, pensaba Medrano, seguramente, a estas horas, estará por la ribera del Pisuerga, recordando al hombre que la reverencia y la sabe poner sobre los plintos de los altares. Si idea significó lo que se ve, y ver y conocer es el ideal platónico, Antonio, por la idea quiere ver a Francisca y, a fe cierta que lo consigue. La ampliación de la

mirada es, indudablemente, el mayor enriquecimiento, cuando hay una mente capaz de asimilar, de sintetizar, de interpretar lo imaginado, y de entender a perfección aquello que, las córneas, siendo ficticio lo pretender hacer real.

Una vez más camina el bachiller por senderos cubiertos de tomillo y de romero. A su costado derecho, por lo llano del Camino de Santiago va una hilera de peregrinos a pie y en cabalgaduras. A su lado izquierdo está la vega con los dos monasterios y la ermita de la Magdalena. Pensando en su Francisca, Antonio recibe las vivencias que tuvo en la lejana Valladolid y, repentinamente, le venía a la nariz un dulce aroma de jara, jazmín y azucenas, cuando no, de encina ardiendo en un fogón, dándole fugaces resplandores al techo donde tenía la Hernández el tálamo pecador que, a él tanto le sorprendió. Miraba al cielo y veía por Oriente cómo los nubarrones adelantaban la noche, haciendo del espacio celestial una endiablada bodega. ¡Ah cómo le pesaban los párpados! Las sombras comenzaban a oscurecer la villa, tan sabiamente fortificada sobre el cerro circular. Sobre otro montículo el Monasterio de Jesús, habitado desde su fundación por franciscanos, y, camino de Fuenmayor y Logroño, el de San Juan de Acre.

Nadie le veía. Nadie le podía ahora denunciar. Era el momento ideal para comunicarse con su "santa", con su "deleitosa madre", y fue así cómo una vez más se dedicó a llamarla a gritos, abriendo los brazos en cruz, colocándose arrodillado. Fue

allí cuando otra vez, comenzó a creer que ella también le correspondía en sus imbéciles delirios.

Hoy, ha decidido el prior que, por ser Día de Gracias en la villa, coman todos los padres juntos y que, entre ellos -haciendo excepción- esté también Medrano. Cuando bajaba a comunicarle aquella decisión al castigado, Teobaldo, ha oído voces destempladas y, hacia la mitad de la estrecha escalera, se ha detenido por ver qué ocurría en la celda del padre Antonio.

Aquella voz fuerte, brutal, era la del fraile Domingo Butrón, "Pedorrero" para la comunidad, quien era, esa semana, el encargado de la limpieza del convento.

- ¡Te digo que no quiero ver más escupitajos en el suelo, o te los haré comer después de que me los recojas con la lengua; ¿Me has oído, cerdo, marrano, hereje de los cojones?... ¿Me has oído o no...?

- Perdóname, Domingo, perdóname...

- ¿Perdóname, eh? ¡Cojones con el cabrón éste, que todo lo remedia con el perdón; Es que tú eres mucho majo.

Cuando te parece, dices que no existe Purgatorio, y, cuando te llevan al careo, acojonao y sin güevos pa defenderte, les dicen a los que saben más que tú: "Perdónenmen... perdonenmen... es que yo así lo creía..." Mira tú qué majo. Y hay otra: Si te ven jodiendo con una puta que dicen tienes en Valladolid, entonces va y...

- ¡¡Ojo lo que dices, Butrón; ¡Mucho cuidado lo que me vas a inventar en contra de aquella virgen; ¡Ella es todo virtud y sana moral;¡¡

- ¿Virgen? ¿Virgen? ¡Ahí va la virgen lo que está diciéndo éste hereje...? ¿Pues no me dice qu'es virgen?

Y reía a carcajadas mofándose del bachiller.

- ¡Calla; ¡Calla, Butrón, por favor, no te rías;
 - ¿Que me calle? Por un cabrón como tú me voy yo a callar. Mira, escúchame, traidor. No sabes tú las ganas que tengo, desde que vinistes aquí castigao, de echarte estas garras al cuello ese arrugao que tienes, y retorcértelo como se hace con los pollos. Así acabamos de una vez por todas con éste hijo de Satanás que aquí nos han metido.

- Bien sé que lo harías, la mirada te denuncia. Lo adivino en tus ojos que guardan ideas criminales contra mí.

- ¿Criminal es matar a una víbora? Tú eres peor que los alacranes, mucho peor que víbora en pleno día culebrero!

- Perdónale, Dios mío, perdónale, que es un ternero al que enseñaron a hablar y a rezar sin sentir lo que dice.

- ¿Perdonar, eh? A tí sí que te voy yo a mandar con tu cabrón Luterio en cualquier momento que me se vaya la sangre a la cabeza ¿Has oído? Mira, que me tienes mucho avinagrao el estomago y, un día...un día, ¡ay, madre; si no fuera porque Dios, a lo mejor, te está vigilando... Te agarraba así, así ¿Ves? ¿Ves? ¡Así tenáis que estar todos los rebeldes que renegáis de la verdadera fe, así; ¿Ves cómo, si quiero, te puedo ahogar en un minuto, lo ves? ¿Dónde están tus saberes y tus doctrinas? Llama, llama ahora a ese Luterio de los cojones y que venga a darte una mano... ¡Ja,Ja,Ja;

Al oír lo último, bajó Teoblado y halló al pobre Medrano, arrodillado y con el cuello agarrota-

do por las manos de Butrón.

- ¡Suéltale; ¡Suéltale, Butrón;

- Vaya... vaya... Ya tenemos aquí al mariposo de Aragón.

Se nos acercó la hembra... ¡Ay madre, qué pareja...y qué pareja, pa llevarlos a la feria o tiralos al Ebro;

- ¡Fuera de aquí; ¡Fuera; Esto que has hecho por tu voluntad, se lo haré saber al prior. ¡Haré cuanto pueda para que te expulsen de este Monasterio, y vayas de mozo de mulas que es lo tuyo;

- ¿Sí eh?... ¿Tú crees eso, maricón? Mira, y te lo digo por estas cruces que beso: Si de esto se entera el prior, te juro, que aparecerás una mañana colgado en la rama de un olivo en los Gustales, y, otra, metida por donde malamente cagas. Eso, pa que te vayas enterando.

Dicho esto, se encaminó escaleras arriba y, Teobaldo ayudó cuanto estaba de su parte para que el torturado clérigo anciano, olvidara el triste suceso. Ya sabían que, aquel fraile era harto peligroso. Lo sabían todos, como también sabían que era el más valioso para llevar la huerta bien labrada porque la bruticie era su mejor aliada.

Llegada la hora, subieron a comer. Ese día tenían rancho extraordinario. El Concejo de la Villa, como venía siendo norma, entregaba todos los años un carnero el día de San Miguel, a cada monasterio, para que no les faltase carne el día de Gracias en la Villa, veintinueve de septiembre.

Después de los rezos acostumbrados a la hora de las comidas, este día tenía distinta oratoria, porque, era menester dar gracias a San Miguel, por las cosechas, y por "el presente" que mandaba el Concejo de Navarrete.

Se colocaron todos los frailes como era norma, y que, salvo excepciones, lo hacían así: En el costado derecho de la mesa, destinado a cabecera, estaban, fray Juan Antonio, Julio, Bernabé, Inocencio, Pedro y Domingo. Frente al prior, en el estrecho lateral opuesto, se sentaba el cocinero, que, por ser de tierras de Guipúzcoa lo hacía pero que muy bien. En el lateral izquierdo estaban sentados: fray Tomás, Agustín, Lucio, Rafael, Medrano, y Teobaldo. Puestos todos de pie, el prior, fray Abundio, terminada su oración, bendijo la mesa y se dedicaron a comer las patatas con bacalao, que Jose Mari, "Olivillas", las había cocinado con la mayor exquisitez. El prior, iba sirviendo y advirtiendo -ese día era especial- que tenían reenganche los que tal desearan. El el centro de la mesa, había dos jarros con vino, dos jarros de dos litros cada uno, y que eran hechos por los olлерos del pueblo. Cada fraile tenía su pocillo de barro, con barniz rojo, hecho con arcilla sacada del cerro Tedeón, muy próxima la vetá a los propios talleres de los alfareros. Cada pocillo fue llenado por Lucio, quien gozaba echándole desde una altura de dos cuartas para que, al golpeo sobre el pocillo, saliera una espuma roja y efervescente.

Teobaldo, estaba a la izquierda de Medrano.

Frente a ellos, ocupaba asiento, fray Pedro y, fray Domingo Butrón, "Pedorrero", el enemigo irreconciliable del padre Antonio, enemigo, tanto por su primitivismo llevado a la creencia, como por el odio que sentía al verse minimizado ante el saber

del castigado clérigo navarreteño. Las miradas que le enviaba Butrón, eran de fuego. Sin pronunciar palabras, constantemente movía los labios como dedicándole blasfemias. Cuando algún fraile hacía comentarios sobre las patatas o el bacalao, por estar rojas o duro -es un decir- él se las arreglaba para llevarlo todo al terreno de la herejía de los luteranos y a los autos de fe, riendo a carcajadas. Teobaldo, por lo bajo, le repetía a su maestro: "Haya paciencia, que Dios nivelará todo". "Mayor sufrimiento han tenido los santos y, después, se les llevó como ejemplo a los altares, porque suya era la verdad". "Del toro de lidia, maestro, lo mejor es ponerse a cubierto".

Tras de la patatada, llegó la carne asada, y qué carne. Sacó Goñi, "Olivillas", toda la res troceada en tres grandes fuentes que colocó encima de aquella blanca mesa construida con tablas de chopo. El vapor que despedían los grandes recipientes de barro, puso las dentaduras abiertas de la comunidad, y, el ambiente se aromatizó de condimentos que el vasco había echado sobre la descuartizada res. Tenían las fuentes bastantes patatas que se habían hecho con el carnero, y se les veía rosadas, a semejanza de catas de naranja, denunciando su color tostado. ¡Ah qué delicia de mesa; ¡Oh, qué frailes tan lozanos, tan sonrientes y con desafiante apetito; ¡Ah, si todos los días fuesen así; -pensaron todos ellos.

- Padre Butrón ¿queréis grasa como siempre, no?

- Lo que quiera el prior yo lo quiero, y si es pellejico tostadico junto a la grasa, pues, mejor que mejor. No tengo ascos a nada y todo lo que venga de nuestros padres

pues bien venido sea, y no lo retorcido y oculto.

¡Vade retro, padre prior!... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

- Ya vale, ya vale, Butrón. Menos bla bla bla y, a mover las cajillas...

- Eso hago

- Padre Abundio ¿Puedo hacerle una pregunta con respecto a este sacrificio que tenemos de cuerpo presente sobre la mesa? -le dice fray Agustín.

- Ya sé, ya sé lo que me vas a decir: Que tenía sangre; que era criatura mamífera; que fue puesta por Dios como^a nosotros el día de la creación.

Pues sí.

- ¡Eso, eso! Me aterroriza ver todo este degüello, padre prior, y no pienso comer sino patatas, pero yo os pregunto y que nadie me atienda y siga devorando carnes y ternillas: ¿Cómo unos hombres con fe en toda criatura venida de la voz del Padre, y que a diario le rezan y cantan alabanzas a lo creado, pueden devorar como fieras irracionales a ésta infeliz criatura, que, hasta ayer pastaba por los campos y adornaba las soledades.?

- No puedo responderos, Agustín, es que no puedo, y ya véis cómo me deleito destrozando éste trozo de muslo que está riquísimo. Quizá, el bachiller Medrano os de la respuesta que merece esa pregunta que siempre nos la soltais cuando hay animal sobre la mesa. El sabe mucho y hasta filosóficamente os puede responder.

- ¿Él? ¿Él...? -dijo Butrón riendo a mandíbula batiente. ¿Él? Os ha de responder así.
¡Oído al parche, padres! (Ahuecose del tos-

co asiento de tabla, y se escuchó un cuesco como si del ano de un hipopótamo hubiera salido en busca de libertad. Algunos rieron, otros, lo consideraban en tal situación una verdadera grosería, y guardaron silencio. El prior se limitó a callar y a mirar con duro gesto a Butrón. Medrano y Teobaldo no hicieron la más mínima mención ni para celebrarlo ni para reprobarlo. Aquel fraile navarro era así, gozaba con lo rudo y lo bestia, pero, a sus sesenta años ¿quién podía modificarle enseñanzas ni condicionamientos?

Viendo que el "hereje", y "endemoniado" para el, no se dignó mover labio, agarró con rabia un gran trozo de carne y, como hace el león tras de varios días de vigilia, se dedicó a devorarla agarrándola con las manos y presumiendo de su dentadura. Si no fuera por lo tosco y sucio que se ponía cara y manos, hubiera sido hasta envidiable verle en aquella primitiva actitud devoradora, con la cual hacía entender que así, tal como hacía con el carnero, era capaz de hacer con el mal clérigo que tenían allí preso por la Inquisición.

Antonio de Medrano le miró como con cierta compasión. Nuevamente, quiso el "Pedorrero" hacerle un ruido obsceno con la boca y, he ahí que, se tragó parte de la carne que masticaba, incluso, con algún huesecillo. Se levantó de la banca violentamente, tratando como fuera, de que pasara hacia el estómago, pero...era tan grande la ración y alargado el trozo que, irremediablemente le estaba asfixiando.

- ¡¡Butrón!! ¡¡Butrón!! ¿Qué te pasa, hombre?...

Dijeron todos los frailes siguiéndole por el pasillo, incluido el prior y Teobaldo con Medrano. Pero,

Domingo Butrón, no decía nada, es que no podía decir nada. Trataba de escupirla, de tragarla empujándose con los dedos. ¡Nada; Todo inútil. La gorda cara que tenía con sus gigantescas papadas, se estaba poniendo roja y de color violeta. Los ojos, saltones, querían como salirse de sus órbitas, y, el cuello de ternero rebasaba todas las ropas. Ninguno de los doce hombres sabía qué podía hacer. Butrón se tiró al suelo y dijo, entre grandes ahogos, y revuelcos angustiosos, todo breve, en cosas de segundos....:

- ¡Me ahogo; ¡ Me ahogo; ¡ ¡ Ha sido ...ha sido por éste hi de puta; ¡ Por éste cabrón; ¡

Le apuntaba con el dedo. - ¡Un cuchillo; ¡ Un cuchillo aquí; ¡ Gofi, sacó un cuchillo, pero, cómo podía cortarle al gañote para sacar el trozo de carne?... Segundos después, fallecía el "Pedorrero", por ahogo. La comida que se prometía muy alegre, se había convertido en un banquete fúnebre.

- ¿Qué ha dicho, Teobaldo, qué ha dicho ese infeliz en sus últimas palabras, que yo no pude oír?

- Padre, padre prior, no creo que valga la pena recordarlas. En vez de pedir perdón para sus pecados, se ha ido al otro mundo solicitándole a Satanás que le abriera la puerta del Averno.

Se colocó el cadáver de Domingo Butrón en el centro de la iglesia, y la campanita, que estaba en lo alto de la espadaña, comenzó a tocar a difunto. Era el día de Gracias en la Villa.

La noticia corrió por el pueblo como se corría

la voz, cuando había un incendio o un accidente grave.

De uno a otro se iban pasando la voz y, las voces y comentarios estaban marcados por el mismo patrón, todas con el mismo o parecido texto:

- Ha muerto Butrón, "El Pedorrero". Dicen, que ha querido jamarse de un bocado medio carnero, y la expichao...

¡Butrón! ¡Chicas, que dicen que ha sido Butrón!

Otro decía: El Monasterio ha perdido un cencerro.

Se fue con la dula El Pedorrero.

Medrano, aun no teniendo nada que ver con el pensamiento y el suceso de aquel bruto, había quedado como dolorido del inevitable trance. Le parecía que podía ser él, en parte, responsable de aquella desgracia tan inesperada. En tanto que los otros frailes estaban acabando los rezos, Medrano, salió a la plazoleta que rodeaba la pequeña iglesia, para tomar un poco de viento, pues le dolía la cabeza. Caminaba y, mirando hacia el norte, veía el pueblo de su nacimiento a poco más de mil pasos. Le parecía al viejo clérigo, que tenía en ese anochecer otoñal, la memoria húmeda, como perdida por los hondones de una frondosa umbría.

Aquel montículo elevado sobre la extensa vega le parecía una carabela amarrada dentro de la mar chicha, en pleno viaje hacia las Indias. Las estrellas, que ya comenzaban a salir, se las imaginaba cual luminarias lanzándole gritos, acusaciones e insultos, parecidos a los que le soltaba quien estaba de cuerpo presente en el centro de la nave. Perdido en su soledad, se figuraba que no era sino un estorbo para todo y para todos. Ensimismado con sus místicos recuerdos, comenzó a decir:

"Madre de mis pecados" "Angel divino". "Amparadora de mis ansiedades" "Fontana de mis parameras"

¿No me ves en qué situación estoy? Apíadate de este ánima que nació sin asiento ni paz, y traele calma a este pobre desventurado cuerpo. Apareécete en lo profundo de esta inacabable soledad azulada, y ven a mi lado cual diosa esquiva pero fértil y reparadora de mis quebrantos. ¿En qué punto de este cielo bellísimo riojano, tan transparente puro y soñador te encuentras, gacela mía? ¡Ven; ¡Ven; Te lo suplica tu eterno amado; éste que sin tí, muere.

- ¡Padre Antonio; ¡Padre Antonio;

- ¿Qué quieres, Teobaldo?

- ¿Hablábais sólo, vos sólo?

- Puede que sí. Y ¿quién no, hijo mío? Sólo las bestias y los ignorantes no lo pueden hacer por carecer de memoria y no tener vida interna.

Nosotros sí, porque nos sobra exceso de recuerdos que hemos ido **hacinando** en nuestro acumular días y fatigas.

- Vamos para adentro, que ya los rezos terminaron.

- ¿Ha dicho el prior a qué hora se le enterrará?

- A las cinco de la tarde.

- Buena hora es. Recemos para que Dios no le abandone.

- ¿Creéis que Dios abandona, padre Medrano?

- No. Es un decir estúpido. Dios no abandona a nadie Teobaldo. Tenemos que terminar de una vez con esas torpes teorías de las almas abandonadas, como si fuesen gusanos purulentos, cuan

do no se nos asusta diciendo que, otras, van al infierno, al paraíso, y, las mínimas...al cielo. Todo eso resulta en este siglo estúpido. ¿Qué padre Creador sería ese tan cruel? Torquemada a su lado parecería un arcángel. Eso no es así, no puede ser así.

- ¿Y vos, maestro querido, cómo entendéis el morir?

- Pues entiendo, Teobaldo, que nadie acaba. Que, el alma sigue y sigue, que, adelantará, tropezará, se retardará, se purificará, pero, nadie desaparece y nadie va a la quema. Todos somos creados por El, y el ánima El nos la dio. Si ello es así, ese soplo divino, será eternamente vigilado por el Padre, o todo es mentira, hijo mío.

- Gracias, por este razonamiento que me aclara no pocas cosas, padre.

Aquella esperanza que habían puesto los partidarios de Lutero en Carlos V, presto se dieron cuenta que fue una falta de precisión, un tropezón más de los que España venía estando sobrada de ellos, y, nunca acaba de aprenderlos. Una época y la siguiente, aunque pasen dos o cuatro siglos, son exactas. Los hechos, cambiando las circunstancias políticas o de movilidad serán diferentes, pero, los resultados idénticos y siempre, cómo no, contra el débil. El pueblo no tiene memoria, nunca tuvo memoria y, así, todo lo repite. No aprenderá nunca, ahí está la Historia. El emperador, tenía que ser enemigo, por lógica, de una revolución que venía, indirectamente, a socavarle los cimientos a su corona. Si Carlos V, era el caudillo, el conductor máximo del catolicismo, e, incluso, proclamaba hasta con gozo ser el defensor universal de la fe en Cristo, y así lo era, no vale engañarse, ¿cómo podía tran-

sigir con los que buscaban su desaparición? Ahí estaba Europa y las nuevas tierras de Indias -o, leamos mejor, América- con lo cual podía titularse hasta con orgullo: Jefe político militar y eclesiástico de su poderoso Imperio. Siendo esto así ¿cómo podía consentir unas doctrinas que venían a fraccionar y a menospreciar sus poderes?

Tuvo presiones palaciegas de sus asesores, y, hasta caso les hizo, para que Martín Lutero, cumpliera la bula impuesta por el Vaticano, de ahí que, un día, don Carlos, le citó en Worms, pues quería apaciguar aquella rebeldía que con tanta efervescencia había nacido en el centro de Europa. Presidió aquella reunión el propio emperador. A sus pies se sentaron los nuncios, los príncipes, obispos, y los más grandes caballeros de las ciudades obedientes al imperio español. Cuentan los historiadores, que hubo reunidas en aquella cita, más de cinco mil personas. Se le hizo un careo a Lutero, sobre si eran suyos ciertos libros que había sobre la mesa. Lutero, astuto el, pidió un plazo para contestar. No lo hizo hasta el día siguiente y, he ahí que, asombró a todos no retracándose. En vista de aquella actitud tan soberbia, fue obligado a salir del territorio que abarcaba el imperio español. La guerra estaba iniciada. Mientras esto se trataba de arreglar con los protestantes, en España, la Inquisición seguía tanto o más fuerte que en tiempo de los Reyes Católicos, aquellos esposos devotos a Cristo y al Papa que fueron los fundadores y les importaba muy poco la vida de un semejante si no era de su mismo

credo y obediencia. ¿Cómo era la vida en España cuando Antonio de Medrano, los Carranza, Carlos de Seso y Francisca Hernández vivían? Muy semejante podemos asegurar a como lo fue siempre, y si no, que nos lo pregunten a quienes hemos nacido en 1917 y seguimos viviendo en este 1987. En este país, lo vamos a decir una vez más, pueden variar algunas cosas, pero, hay otras, que, sean nacidas en época de visigodos, árabes, romanos, monarquía, república o dictadura franquista, no las cambian leyes ni situaciones atmosféricas. Lo que conviene al poder no se modifica jamás. Así fue, y así sigue. El ser cortesano en el siglo XVI, equivale a que se le abriese una puerta a su carrera optando a los más suculentos cargos. La otra carrera privilegiada era la eclesiástica, también llamada, de segundones. Empezaban por capellanes y, a los seis o diez años, se veían convertidos en obispos o abades. Todo era -como siempre, para crecer- en cosa de persistir y callar, acomodándose a las situaciones del que gobernaba, sea en el estamento que fuera. En la corte -como ocurre con los partidos políticos que están en el poder-, había que demostrar una obediencia absoluta, y una complacencia sin límites hacia el príncipe o el emperador. Esto, en el siglo XX, dentro de la propia democracia y con libertades ciudadanas, lo vemos hoy muy parejo a como era el siglo XVI y XVII, si se quiere crecer en el cargo; la sumisión al partido que gobierna debe ser total y ;pobre del que manibre algo extraño o se mueva; Recientemente lo ha dicho con esa gracia andaluza que le caracteriza al Vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra: "El que se mueva no sale en la foto".

Carlos Primero, se encontró con una enorme falta de dinero. El gasto que hacía la corte y el mal ejemplo que daba a su pueblo, era lamentable. Todos sabían que el rey, -el emperador,- había abandonado a su mujer y a sus hijos, y que se pasaba la vida yendo de un lado para otro: de Castilla a Italia, de Italia a Alemania. De España a Flandes, de Flandes a Italia y viceversa. Todo ello ¿para qué? Para muchas relaciones públicas y también privadas, que, todo a la larga se sabía. De ahí que, por unas causas o por otras, no había dinero que alcanzase para mantener a tanto jerarca que, o viajaba, o se pasaba la vida vegetando a lo grande en la Corte. Funcionó más que nunca la alcabala, esa forma de sacar dinero al pueblo trabajador y que ha llegado hasta nuestra juventud. Había, impuesto sobre las sedas, sobre las lanas, y, contribuciones y recargos por todo. Multas? a porrillo. Embargos, tasas sobre ventas, etc, etc. Podían evaluarse las contribuciones en tiempos de Carlos I, sólo recaudadas en Castilla en un millón de ducados. El pueblo sabía y lo decía a voces que, el nieto de los Reyes Católicos, gastaba doce veces más por años que, lo que aquéllos habían hecho en ese tiempo. Decían los hombres encargados de la economía, que, si la familia de Isabel y Fernando, necesitaban diariamente para su gasto y representación doce mil maravedíes, su nieto no lo podía hacer menos que con ciento cincuenta mil. De ahí, los continuos esquilmeos al pueblo sufriendor, hambriento y lleno de epidemias. Trataba la corona de

justificarse, poniendo como argumento, las guerras que mantenía su emperador dentro de la patria e, incluso, fuera de sus fronteras. Y lo eran de verdad, pero, aprovechando esa situación, pedían al pueblo sacrificios extraordinarios, que no eran sino mayores impuestos y más cargas sociales. Todo esto, acarreó un desánimo, una crítica generalizada que, acabó fomentando la guerra de las Comunidades, saldada con tristísimo balance de víctimas. Con la derrota, se apagaron por muchas decenas de años, las sagradas libertades del genio español.

El pueblo hambriento, el pueblo lleno de enfermedades y de tristeza ante tanta guerra y esquilación; ante tanto terror a la Inquisición, se dedicó más que nunca a la brujería y otras artes ocultas. Viendo que todo estaba corrupto, decepcionado y sin fe en lo que, desde hacía siglos venía titulándose como única Verdad, recurre a las creencias más fantásticas y a los aquelarres más paranoicos que nadie podía imaginarse. Y es La Rioja y Navarra, mucho más que en otras regiones, donde se comienzan a ejercer esas puestas en escena, que están creciendo año tras año por los pueblos, a la par que germinan los luteranos. El campo de cultivo lo favorecía. Por los pueblos, villas y ciudades de La Rioja, se cuentan las cosas más extrañas, y, el infeliz español, siempre falto de cultura -como eran todos los pueblos de ese tiempo tampoco vale engañarse- todo lo cree, máxime, cuando ve a los juristas, bachilleres, abogados, cirujanos, médicos y eclesiásticos, que también lo asumen y lo aplauden.

Por poner algún ejemplo que ilustre este panoraba del siglo XVI, en su terreno rural, veamos esto. Se decía que, un cura de Bargota, pueblecito muy próximo a Viana,

esa Viana donde está enterrado César Borgia, hacía extraordinarios viajes por el aire, pero, no por curiosidad o deporte como ala voladora de hoy, no.

Sus vuelos eran con propósito de beneficencia. En uno de ellos -¡ahí es nada;- fue por el espacio volando que volarás con las sotanas y sin escoba, nada menos que para salvar la vida del papa, Inocencio VI, que se decía estaba presionado y casi vencido por algunos conspiradores. Otros, aseguraban, que estuvo el cura en el aire, igual que un buitre o un águila, presenciando la batalla de Pavía. Cuando esto lo contaban con pelos y señales, cómo dudar que, la fama que conseguía aquel curita era gigantesca, milagrosa. Ello,

conquistaba voluntades populares, nada menos que dentro de la jurisdicción de la Diócesis de Calahorra que era, como ya se ha dicho, enorme en territorio y no menos en sus castigos. Sirva como ejemplo que, en 1507, castigó por delitos de hechicería a veintinueve mujeres que hacían prácticas eróticas como las de Peña Amboto. Que, en 1527, se descubre en Navarra, un gran foco de brujería, y, se sabe aquella noticia porque dos niñas de nueve y once años, declararon ser xorguinas.

¿Qué condición o mérito popular tenían estas llamadas xorguinas?: Que conocían a todas las que lo eran sólo con verles los ojos, en los que tenían cierta señal que las denunciaba. Al saberse aquellas reuniones, toma la Inquisición cartas en el asunto y salieron más de medio centenar de cómplices, por cuyas fantásticas declaraciones, se su-

po que habían tenido trato con el diablo, que se les presentó desnudo en imagen de mozo guapo, gallardo y fornido. Que, otras veces, se les presentó en forma de macho cabrío negro, y que celebraban con él estu- pendos y nefastos aquelarres, en los que bailaban al ritmo de un cuerno, todo ello, tras de los vue- los y untos consiguientes, que eran considerados como algo mágico. Por causa de estos ceremoniales con el demonio, en la misa, no les era posible a las xor- guinas ver la hostia consagrada. El juez, qui- so certificar la verdad, y, ofreció el indulto a una bruja si, a presencia suya y de todo el vecindario, se untaba y ascendía por los aires. El pueblo esta- ba ansioso esperando aquel milagro como causa divina. Se concentró la bruja, se transfiguró y elevó el vue- lo con tanta maestría que dejó atónitos a todos los presentes. Los más rezaban, los otros aplaudían. En el espacio, aseguraban que estuvo durante tres días volando y volando, volviendo al cuarto a tierra y ate- rrizando mejor que los aviones con cuatrocientos pasaje- ros de nuestros tiempos. Eran los preludios de los grandes vuelos de hoy. A la autoridad eclesiásti- ca de ese tiempo, no le era posible dominar tantos e- jercicios de creencias y supersticiones que salían en contra de su credo. Si ya les venían de antiguo las no pocas prácticas de judíos y moriscos, ahora tenían que habérselas con los espíritus maléficos de sus pro- pios familiares y vecinos, contando entre ellos, a los astrólogos, a la quiromancia, hidromancia, geomancia, aeromancia, piromancia y necromancia. Si a estas ar- tes añadimos los juegos de cartas y adivinaciones con

naipes, habas, granos de trigo, mal de ojo, sacrificios al demonio, tener en casa espejos, redomas, anillos o pulseras encantadas, el pueblo vivía en un continuo festival de brujería y encantamiento, temores, y ganas de salvación. No obstante esto citado que es por sí mismo, síntoma de pueblo atrasado, el límite era ver cómo una pequeña parte de aquel pueblo, era culta y creadora como nunca lo fue. Hemos de advertir que estamos iniciándonos en el primer Siglo de Oro Español, y que en Italia estaban en pleno Renacimiento. Contemplando España dentro de esta distancia y con el testimonio de los libros, vemos que se inicia en ella el teatro con Juan del Enzina, y que Lucas Fernández, escribe su Auto de la Pasión. Que, el bachiller Fernando de Rojas ha escrito La Celestina, editada en 1501, libro este que se leía ya en plena época de Medrano por toda España. También se lee "Flores y Blancaflor", un tipo de novela francesa, publicada en castellano. El tema son dos niños enamorados. El niño, hijo de moro, y, la niña, hija de esclava cristiana. El Quijote, aún había de tardar medio siglo en nacer de la genial cabeza de don Miguel de Cervantes, pero, sí que se estaba destacando España en pintores que, más tarde, lograrían fama internacional con Joan Martes, Martorell, El Greco, Ribera, Berruguete etc, etc. También es bueno advertir, que la corte estaba llena de maestros -no todo era malo-. Maestros que había traído el emperador de Ita-

lia, de Flandes y de Holanda, quienes impulsaron no poco las artes plásticas en nuestro país. Más tarde por causa de aquellas meritorias escuelas, habían de venir nuestros grandes maestros: Velázquez, Murillo, Zurbarán y otros, que han hecho de España, junto con su teatro, la nación más destacada del mundo en tan difíciles parcelas de la cultura.

- Padre Antonio ¿Qué hacéis? ¿Puedo pasar?

- Pasa, pasa, Teobaldo.

- Buenos días. Andá, tomá, os encuentro mucho mejor. Tenéis una cara estupenda y, hasta los ojos mucho más iluminados.

- Bien veis que ellos son los que me denuncian con tanta luz. Es lo que me sale por la vista.

Ambos rieron de la ocurrencia del clérigo, que en ese día, parece que estaba de mejor humor que los anteriores.

- Sé, Teobaldo, que os ha llamado el padre prior. ¿Puedo saber qué os ha dicho?

- ¡Ay, ay, ay... padre Antonio... Mirad, se ha dicho y razón habrá en ello, que, cuando el diablo no tiene que hacer con el rabo mata moscas.

- ¿Eso va por mí o por el prior?

- ¿Por vos? Mirad lo que os digo y va muy en serio:

Todo cuanto dice el padre Abundio de vos, son alabanzas, palabras de parabienes hacia el bachiller Medrano. Bien sabéis que es un quisquilloso, como buen castellano que lo es, y esto no va para el padre Antonio que tiene miras mucho más elevadas.

- Gracias, Teobaldo. ¿Qué más?

- Alguien, le ha dicho, de los que componemos esta comunidad, donde no todos somos serios y reservados cosa grave

sobre éste pobre y desventurado padre.

- ¿Sobre vos, hijo mío?

- Pues sí. Alguno de nosotros se dedica, desde hace varias lunas llenas, a vigilarme y a traer o relatar falsos testimonios, y esta vez se lo fue a decir al padre prior.

- ¿Un padre franciscano? ¿Sospecháis quién es?...

- No lo aseguro, pero, puede que lo sepa. Tampoco quiero inventarlo. Me aproximaría por deducción hasta el padre Angulo, quien en más de una ocasión lo he visto siguiéndome los pasos e, incluso, llegar hasta las proximidades de Daroca, Hornos, o Entrena, bajo cualquier estúpido pretexto.

- Bueno pero ¿qué os ha dicho el prior?

- Se trata de Entrena. Sabéis mejor que yo cómo las monjas de Santa Clara, tienen allí un convento que parece fue fundado el año 1503. Es pequeño pero, bien majico.

- Lo sé, vaya si lo sé. Y te digo, hijo mío, que fue fundado por don Carlos Ramírez de Arellano, y por su mujer Juana de Zúñiga. Estas gentes, eran, -son- Señores de Cameros, Condes de Aguilar y de Inestrillas. ¿Ves cómo lo sé? Si cuando era niño, he subido no pocas veces a ver las obras que se llevaba haciendo desde principio de siglo, junto con otros amigos,

- Pues, sobre ello vengo en decirle, padre Antonio, que como ejerzo de capellán para aquellas angelicales monjas, que sólo viven para arreglar la huerta y hacer rezos dedicándoselos a todas las almas que buscan perderse, todo ello sin querer ver

persona alguna, y no por aversión sino porque así se lo han impuesto por su regla.

- Normal, normal en esas comunidades contemplativas.

Perfecto. Ah, pero qué grandes condiciones tienes para la oratoria y qué persuasión, hijo Teoblado. Sigue, sigue que mucho me vas interesando.

- Bah, bah, bah... Me defiendo, y, ante mi querido bachiller me atarullo como grillo en botella.

- ¿Qué más, qué más?

- Pues, que hay en ese convento que, desde aquí le vemos, una monjita llamada Consolación, que es una delicia, padre.

- ¡ Oh! ¿Qué oigo, Teobaldo? ¿Os habéis enamorado?

- No no no. Desechad esa idea, aunque sí he de deciros que, si cariño y amor son lo mismo, pues he de estar padre Antonio, enamorado, pero, con el gusto de la mirada y el placer que lleva su bondad a mi espíritu,

- Bondad,, juventud y galanura, qué bellas palabras.

- Pues sí, y cómo yo podía negarlo. Es verdad. Bueno, pues, estando allí en mayo -nuestro más bello mes del año, mes de exultación de la primavera y de la nacen-
cia de todo lo que nuestro Creador hizo crecer para goce de los sentidos- ; justo, cuando tenía que regresar a éste mi Monasterio, apareció por lo alto del río Iregua, una endemoniada y gigantesca tormenta, que cubría lo alto de Moncalvillo. Bien sabéis que son terribles en ese tiempo y en semejante lugar. Truenos que iluminaban a trallazos de fuego toda la tierra y, a seguidico, un diluvio de granizo y de agua. Parece que lo estoy viendo y escuchando ahora. Allí fue cuando me dijo la bella monjita, que, hasta la puerta de la huerta

me había acompañado, como es costumbre: ¿Con este cielo y este infierno, qué piensa hacer, padre Teobaldo?"

- Pues, no lo sé y, no lo sé, hija mía.
- Es que, así -me dice- no puede usted hacer el camino.
- En eso estoy pensando, madre. Esperaré... Esperaré...
- ¿Y si no para, padre?
- Pues no lo sé, madre, pero... Dios proveerá.
- ¡Magnífico, Teobaldo, magnífico el coloquio! Sigue.
- Y yo: ¡Mire madre, qué negro se ha puesto el cielo por allí, por Viguera y Nalda; ¡Negro y diabólico! ¡Terrible de amenazador!
- Pues, estando así, no le permitiremos a nuestro capellán que salga de ésta casa; eso sería lanzarle a la calle sin piedad.
- Eso pienso yo. Mira, hija mía, dí a las demás monjitas que ya me he marchado; que la tormenta me ha cogido, pues... por la ermita de Santa Ana...
- ¿Qué más, padre Teobaldo, puedo yo decirles?
- Nada más. A vos, si os apetece... yo os digo que... me puedo quedar aquí...
- Me parece muy bien, padre, pero ¿dónde le acomodamos padre Teobaldo, dónde?...
- Yo os lo digo... Escucha y, no te asustes ni hagas extraños, hija mía. La situación lo exige y... si bien lo miramos... hasta lo permite.
- ¿Dónde, padre, dónde?...
- En vuestra celda.
- ¡¡Jesús; ¡
- Teobaldo Frías, hija mía, Te-o-bal-do...
- Padre...
- ¿Pues no me decías, hija mía, que era locura permitir que yo marchara en esta noche satánica?...
- Y lo es padre, lo es y mucho.
- ¿Puede permitir sor Consolación, que salga éste infelice capellán, charqueando, con los pies embarrados, la ropa empapada y que, vete a saber si, en llegando al río Antiguo, la yasa que por allí tiene que pasar no me llevaría en volandas hasta el Ebro?
- ¡No no! ¡Eso nunca, padre Teobaldo, nunca!

Estuvimos, padre Antonio, un tiempo discutiendo sobre qué decidir, mientras las madres cantaban alabanzas a la Virgen. Por fin, subió a su celda y me abrió la ventana para que su capellán, cruzando la huerta, entrase al reducido aposento. Escuche padre y mire

nuestra galanura, que, ahora viene lo bueno. Yo díjele:

- "¿Permitisme la entrada?" Y, ella, siguiendo mi broma y talmente como en romance contestome:

- "¡ Oh, malhaya Teobaldo, ¿Cómo entrar conmigo queréis?"

Y Yo, con pícara sonrisa:

- ¿Abraisme, la mi clarisa,
¿abraisle al que pide abrigo?... (Y dijo ella:

- ¿Quién a mi estancia se atreve
y quién os cierra el postigo? (Y yo:

- No os turbéis, señora mía,
soy... el capellán amigo... (Y ella:

- ¿Capellán y perillán
hacéis vos?... Yo no me fío.

- ¿Y vos qué le hicísteis, padre Frías, qué le hicísteis?

- Tomela con dulce mano
y, en su lecho yo metime.
Entre juegos y deleites
la noche, padre Medrano,
la noche vino a rendirme.

En horas de amanecer
los dos fuimos sorprendidos,
como sorprenden al ave
y está impoluto su nido. ¿Os ha gustado?

- Y ¿pasásteis la noche juntos, a modo y manera como se hacía en tiempos del cardenal Cisneros? ¿Sí?...

- ¡ Sí... Claro que sí ¿por qué no, padre Antonio?

- ¿Con fornicación y todo, Teobaldo?...

- ¡ Oh; No no. ¿Cómo supone eso el padre Medrano? ¡La dignidad y el honor por sobre todo, padre;

- Ya... Ya... Mira, me alegro, porque, además, hijo mío, es que no te imagino sobre una hembra encaballado, sea del orden que sea.

- Así es. Yo no podía herir la sensibilidad de la bella madre, hija de los condes de Aradilla. Yo no podía abusar de su virginal encanto, y no podía ejercerlo porque lo entiendo cosa sucia que llena de vergüenza y de bruticie mi humano sentimiento.

- Os entiendo perfectamente, hijo mío.

- Ya fue bastante, burlar a toda aquella comunidad de castísimas madres, permaneciendo oculto dentro del convento, que es clausura, y, su voluntaria prisión. Ya me conocéis cómo es mi sentir, padre Antonio.

- No os sorprendáis tanto, Teobaldo, que, ello, no es ningún crimen ni ninguna estafa a la Corona. Sabéis que, otros capellanes se han puesto las botas haciendo del fornicio tema habitual en muchos conventos y monasterios, donde se les recibía como causa natural de noche.

- Lo sé padre, y sé cómo el cardenal quiso poner orden en esas bestialidades y no lo pudo conseguir, pero sí se ha hecho en esta tierra, y en la mía.

- Bueno, dejemos esto que es pecata minuta. La curiosidad, Teobaldo, me tienta. Perdonad, hijo mío, que os siga preguntando.

- Y yo a todo os responderé sin incurrir en falsear el octavo.

- ¿Os metísteis en la cama con la madre Consolación?

- Sí que me metí. Claro que ambos nos metimos.

- Señor... Eso me sorprende enormemente. Es un caso curioso y encantador, hijo mío.

Y reía el viejo clérigo de la mejor gana, como si de repente le hubieran arrancado veinte años de encima, quizá trayéndole lejanas vivencias que él tuvo por acción en Valladolid y en otros lugares.

- Y ¿nada de nada, nada de nada, Teobaldo?

- Pues no. Os he dicho que "eso", "eso", ni tiene lugar en mi cabeza ni me lo obliga el deseo animal. Me lo quiso permitir Dios en su día, y El tiene buena memoria para reprimirlo. De ahí que, no me pareció el cobijo tan atrevido como pudo haberlo sido para otros.

- Claro, claro, pero... ella ¿eh? ¿La madre, qué?...

Bueno, bueno... quizá, hijo mío, hasta se suponía que el horno no estaba para bollos... La mujer, que es muy sabia en estos y en tantos otros menesteres, sabe más que el hombre, y mucho más que el capellancico aragonés, sobre cómo son y hasta dónde llegan los hombres, y, a vos, cómo dudarlo que os conoce bien.

- Os diré que le costó no poco acceder a compartir el lecho, pero ¿qué había yo de hacer, tenderme en el suelo sobre los helados ladrillos y pasar allí la noche igual que un gatito? Eso, yo creo que es falta de caridad, y la madre Consolación es todo amor y generosidad hacia el semejante.

- Claro, claro... Se llama Consuelo, Consolación, que es caridad hacia el prójimo o, próximo.

- Así es y así lo fue, padre.

- ¿Os dio mucho calorcito entre las sábanas, a que sí? ¿Eh? ¿A que sí?...

- Bastante, bastante.

- ¡Ah, cómo os envidio! ¿No os dais cuenta que me estáis dando envidia y que me traéis gloriosos gozecs, compartidos con mi santa protectora?

- Me lo figuro, padre. Os entiendo, siempre os he comprendido.

- Teobaldo, mi curiosidad crece, perdonadme. ¿Estuvisteis toda la noche con las manos encima de vuestro vientre o colocadas tras de la nuca?

- No no. Padre Antonio, eso hubiera sido, por mi parte falta de galantería y educación.

- Así lo entiendo y, hombre al fin, lo correcto es lo correcto. ¿Dónde las poníais si me lo podéis decir?

¿Os atrevisteis a algo más que a aparecer como un

cuitadillo y quedar en ridículo, dejando hasta mal el Monasterio de Jesús? Anda, cuéntamelo todo, hijo, que me está haciendo no poco bien.

- Os lo diré. Ambos bien nos conocemos y comprendemos, para qué ocultar nada. Le toqué las teticas, y, agarradas con mis manos, pues, se las comparaba con las de otras madres, por ejemplo. Ella, me decía, que mal podía yo hacer comparaciones cuando todas las llevan-según reglamento, comprimidas para que nada destaquen y las miradas del hombre no pongan allí su interés. Y yo le decía: pero... pero... por su juventud y gordura... yo me las imagino, y, ella, en voz muy queda reía y reía.

- ¿Qué más, qué mas?...

Fray Teobaldo, apoyaba su cabeza sobre el hombro del bachiller y le iba recordando fielmente lo que ocurrió aquella noche tan anormal para el y, mucho más para sor Consolación.

- Os lo voy a decir, padre, bajito, tal como si lo hiciera en acto de confesión, y bien sé padre Antonio, que me vais a entender.

- Contad, contad, Teobaldo sin retóricas. Al grano.

- Le acaricié las caderas, como si fuese a mi tacto una estatua de mármol o de marfil, y os juro, que su cutis tal me parecía. Yo estimé que esto no era pecado y sí admirar la grandeza de nuestro Padre Criador y Creador. A la débil luz de la luna que por el ventanuco se adentraba, ibanse-me los ojos hacia ella sin poderlo remediar. ¡Oh si la hubiéseis visto qué rubor tenía en las mejillas; qué encanto de pechicos tan pequeños y,

agradeciéndome erguidos, el haberme llegado hasta allí para saludarles y hasta darles un beso a cada cual para que no sintieran envidia el uno del otro.

- Seguid, seguid, Teobaldo. Eso es una delicia.

- Los muslicos, padre, los tiene regordezuelos, prietos y, como torneados. Padre, nuevamente os advierto, que yo sólo la miraba y tentaba como criatura de Dios.

- Y yo así lo entiendo.

- Le hice gracias y bromas con el ombligo, que le tiene -ah, para qué decir esta tontería- le tiene puntiagudo como si una colilla de niño lo fuera. Todo ello, pues, pues, como dentro de un arcón sentido, para no hacer ruidos y que las madres, desde el otro lado de los tabiques, tuvieran sospechas de que allí había capellán encerrado...

- Bien dicho eso, hijo, bien dicho. ¡Ah, pícaro, cortado a mitad del camino;

- Por la tormenta, padre.

- Porque Dios así te quiso. Acabadme la, esa "noche buena".

- Nos besamos, tal como si fuésemos hermanos -padre Antonio, que lo somos, claro que lo somos.

- Efectivamente, pero, esto, nunca lo entendemos bien.

- Nos besamos y dimos gracias a Dios y a la Virgen María por habernos entendido tan perfectamente, y evitar los torcidos pensamientos que todo lo ensucian y le quitan belleza a las criaturas bien pensantes que Dios colocó sobre esta tierra para pregonar su magnificiencia.

- Pues, en eso también hay que dar un gran salto con la nueva doctrina. Menos escrúpulos, menos ascos a lo que el Creador colocó para bien de la humanidad, y a no temerle al cuerpo escapando de él como si el propio

Satanás llevara dentro, cuando en él todo es vida e inteligencia. ¿Qué más? ¿En qué quedó todo ello?

- Al amanecer, cuando ya el alba apuntaba por tierras de Aragón, y habíamos dormido a pierna suelta, -yo al menos,- oímos ladrar perros y, poniéndome la ropa, salté por la ventana y, después, por encima de la tapia, poniendo tierra entre la heredad de las Clarisas y este pobre simulador. Llegué al monasterio con la ropa mojada -ya os lo conté en su momento- ¿sabéis por qué? Pues, porque, antes, le había metido con intención en el río para burlarles. Le pedí al padre prior disculpas por aquella ausencia, advirtiéndole que pasé la noche en una choza, en terreno de Medrano, donde, esperando a que la tormenta amainase me agarró de fuerte el sueño. Me recriminó el prior por no haberme puesto en camino cayeran chuzos o espadas de punta, pero, acabó por perdonarme. Antes, bien que le advertí, cómo las madres querían que me quedara en la pequeña sacristía de la iglesia monacal, pero, que no lo quise hacer porque no estaba bien que un cappellán, pudiera parecer perillán que tal buscaba como ardid. No estaba bien visto -le dije- que un fraile, a la hora en que carcajea el cárabo, estuviese oculto en un convento de santas madres.
- Muy bueno todo eso, muy bueno, Teobaldo. ¡Ah, qué gran juicio tenéis para todo y siendo tan joven;
- Padre, confío en que esto que os he contado me sirva como confesión, ya que, hasta hoy, no lo hice y llevaba encima el que considero pecadico venial. Os ruego que me deis la penitencia.
- Ninguna merecéis. Lo que habéis hecho os digni-

fica, excepto en... vamos que, para seros sincero, me hubiera gustado haberos echado una gran penitencia por el gordo pecado, pero, si Dios ha querido que seais como sois de angelical y, ello, en no pocas ocasiones os favorece, pues que así sea si para bien es venido, hijo mío.

- Padre, puedo aseguraros que me gustan las mujeres, pero no con apetito devorador y hasta asqueroso como veo a los hombres. Me gustan, como me gustan las flores, las mariposas, las puestas de sol, el mirar al firmamento, o el ver caer la nieve sobre los campos. Me agrada ver pero nunca destrozar. Soy un infeliz, lo sé, pero, también sé que soy incomprendido, y que yo no he elegido ser distinto en esta condición.

- Sois una maravilla de hombre y de padre religioso, os lo puedo asegurar y garantizar. ¿Cómo se ha enterado ahora el prior, eso no me habéis dicho?

- Al saltar la tapia del convento en horas del amanecer, estaba por allí el padre Angulo, y ví que me seguía a distancia, hasta que llegué a río Antigua y mojé la ropa. Parece que, ayer, al cabo del tiempo y cuando yo todo suponía olvidado, sólo ha contado al prior. ¿Sabéis por qué?: Porque me odia; porque maldice esta amistad que entre ambos tenemos, y sé que nos va insultando y hasta levantando falsos testimonios.

- Ah, los envidiosos curiales y frailunos, cuánto daño han hecho a la religión y al pueblo ignorante que les ha creído a pie juntillas, y que, los muy astutos y zorros así lo han querido para hacer creer en la calle que, dentro de unas paredes donde se ejerce el culto a lo divino, todo es paz y bonanza, porque para eso son los

elegidos de Dios.

- Esperemos que, de ahora en más adelante, todo esto lleve un cambio y el pueblo nos vea con más crédito. Padre Antonio, me apetece confesar algo que llevo haciendo desde siempre y me dio vergüenza el comunicárselo a otro.

- Me estáis sorprendiendo y, hasta temo no poco, la revelación. ¿Qué es ello?

- Pues, que escribo poesía y, con ello hasta gozo más que con ninguna otra **lectura**, rezos, o demás oficios de nuestra comunidad.

- Eso me alegra, eso mucho me alegra, porque yo también lo hice cuando era joven como vos, claro que, muy mal, muy mal, pero, lo intenté. ¿Tenéis algo para leerme?

- Sí que le tengo. ¿Me lo queréis escuchar? ¿Sí?...

¡Ah, qué vergüenza; Ya veis si es cosa tonta, pero, parece que he de hacer un delito.

- Vamos, vamos, y dármelo a leer o, leedlo vos.

Sacó Teobaldo del bolsillo interior de aquel hábito un papel, y comenzó a leer poniendo en ello encanto y pasión.

¿Por qué se me ha traído, padre;

por qué me han traído un día

sobre la parda tierra y las verdes praderas
de un bosque transcendido en armonía?

¡Ay de mí; Este ánima no sabe qué dice ni qué
habla,

está huérfana y triste en melancolía,

viendo que Natura, refulge ardiente,

dentro de un panal de rica miel

al ritmo de una canción lasciva.

Este amor loco que me sigue como sombra,
va inflamando de ardores las espigas
de esta masa paniega y trashumante
que me quema y abrasa cual ortigas.

¡Ay pastor de las cuitas transnochadas
al rumor de los velos cautelosos;

¡Ay, hurón de las presas pecadoras,
cirineo de los cauces rumorosos;

¿Por qué me han nacido tan distinto
al común de las fuentes naturales,
si en los ojos del otro veo instintos
venenosos, y gestos criminales?

¡Ay, Dios mío, qué fosco es el camino,
y cuánta negritud sobre la aurora;

¿Por qué me habéis traído, por qué,
a este erial de envidia cegadora?

-¿Os ha gustado, padre Antonio?

- Mucho. ¡Precioso. ¡Estupendo; Teobaldo, eso es precioso. No dejes de cultivar esa manera de expresarte, que es igual para mí que una música celestial.

- ¿Lo creéis de verdad que vale la pena continuarlo?

- Sinceramente te digo que sí. He de hacerlo saber, en cuanto tenga ocasión, a Carlos de Seso y a Isabel. Hacedme varias composiciones de esas que yo os prometo que serán bien recibidas por los hombres que llevan nuestras esperanzas. Nos vais a venir muy bien, Teobaldo. Tendremos a otro poeta más entre nuestros fieles seguidores.

"Hijos míos, aprovechando que hoy es Martes de Carnaval, y está el pueblo en una de sus torpes orgías, nos hemos reunido en asamblea secreta, sin que

pueda oírnos la torcida intención y las falsas autoridades clericales. Puedo deciros, con la buena intención y fe que guía mis actos, que, nuestra tragedia cristiana nació como sabéis, por un puñado de monedas, no más de treinta. Aquellas monedas eran malditas, pero, yo os pregunto: ¿Qué hemos conseguido al cabo de dieciseis siglos de tener por único Dios a todo lo que significan monedas, objetos valiosos, fincas y palacios? Yo os lo digo sin trampas: ;;Nuestra ruina religiosa;; ¿Qué se ha conseguido con todo este afán por la riqueza?: Que el Vaticano sea hoy como aquel miserable de las treinta monedas. Qué pena que, nuestra iglesia de Cristo, que tuvo por fundador al Hijo de Dios, aquél que no sabía dónde podía reclinar su cabeza, porque nada suyo tenía y que nunca ha querido conjugar la relación espiritual con los bienes terrenales, vea este lamentable espectáculo de la ostentación y el ansia de poder que a todos nuestros jefes corroe. Yo os pregunto ¿qué ha buscado la retrógrada iglesia vaticanista?: ;Hacerse con el poder del dinero; ;Hacerse con el poder del ejército y de la política; Craso error, queridos hijos míos. ;Ah, qué desdicha, venir a caer en estas lamentables circunstancias del mundo terrenal, donde todo es perecedero, y olvidar los valores eternos; Mirad, hijos míos que, Cristo, os lo vuelvo a repetir, fue vendido por treinta monedas. ¿Sabéis qué significaba en aquel tiempo ese importe? Yo os lo digo: Era la multa que se pagaba a quien mataba voluntariamente a un esclavo. El traidor Judas

que vio cómo Jesús, iba a ser condenado a muerte, porque él había recibido aquel importe, corrió a devolverlas a los sacerdotes del templo. Nadie quiso escucharle. Era ya muy tarde para el arrepentimiento. La turbación del traidor era terrible, pues nadie lo escuchaba. Iscariote, asqueado de su proceder y de la mala fe de las autoridades, arrojó las monedas en el templo, las pisoteó y, posiblemente, llenó de maldiciones a sus sacerdotes, por tener la cabeza harta de contradicciones. De ahí que, el miserable, corriera para ahorcarse. ¿Para qué sirvió aquel dinero de la traición? Nos lo dice la sagrada escritura: Para comprar un terreno donde se enterrarán a los extranjeros. Todo acabó para el que amaba el dinero tanto, que le acarreó la muerte. Mirad que, esto, me sirve, hijos míos, para deciros que, partiendo de aquellas treinta monedas, el dinero, la fortuna, ha sido desgraciadamente una de las grandes ambiciones que ha llevado la iglesia consigo desde los primeros siglos. Tener dinero y poseer riqueza, ha sido uno de sus designios más ansiados. Este lamentable error nos lo han dejado como herencia. Nosotros, hoy, tenemos, hijos míos, que superar tan grave error. ¿Desde cuándo viene esta ambición? ¡Ah; ¡Ah; Pues, desde los textos bíblicos que, equivocadamente nos dicen: "Dios enriquece a los que ama". Nosotros decimos, y lo decimos porque estamos más cerca de Dios: ¡Mejor la salud y la inteligencia que la riqueza; Lo decimos, pero, os acordáis que nos han dicho muchos pastores: "El pobre no es el símbolo a seguir, sino la vergüenza de Dios". La Biblia misma, no repudia el dinero,

sino el mal uso que se hacen de las riquezas. Eso no es todo ¿Verdad que no? Hasta que llegó Jesús a estar conviviendo entre los hombres, no se habló claro contra el que poseía riquezas y poder. A Cristo, le vemos que no contemporiza como lo hace hoy el Vaticano, hijos míos. Cristo, ataca con fuerza la riqueza y a los que la poseen y, lo que es más grande a nuestros ojos, convierte al pobre en la imagen misma de Dios. Al rico, le dice que, le será imposible salvarse, y al pobre, le profetiza felicidad. Y dice más: el dinero es como amo sin piedad, que cierra el paso a la conversión del corazón.

Él mismo nació pobre y vivió entre la humildad y la pobreza.

Nos hemos reunido aquí, para ir aclarando ciertas normas o reformas, que es preciso mantener con firmeza.

Nuestra iglesia se ha llenado de fausto, y de riqueza en templos y en liturgia, interpretando, como mejor le ha parecido el Evangelio, y eso no es verdad. Nos ha hecho creer, falsamente, ese Vaticano, que hay que ofrecerle a Dios todo lujo y ostentación de riquezas, desde las mismas iglesias, donde se practica culto, y yo os repito nuevamente, que esto no es así y que no queremos que lo siga siendo.

Han querido que la iglesia se llene de riqueza para que, después, lo haga el papado, los cardenales, los obispos, los abades y los canónigos.

¡Yo os digo que no, que no y que no; ¡Basta ya de tanto engaño al pueblo creyente; ¡Basta ya del mercado de indulgencias, como nos dice Lutero;

¿No veis a Francisco de Asís, qué ejemplo nos dio con los "fratricelli", que quiere decir, los desposeídos de todo para seguir las huellas del Jesús pobre? ¿Es que no llamamos a Francisco "il poverello", por su extremo amor hacia la pobreza? Y, sin embargo, Roma, el propio Papa, le obligó a doblegarse en obediencia a su burocracia curial, y nos lo han presentado falseado.

La iglesia, y pongo a Dios y a Santa María como testigos, está corrupta, hijos míos. El voto de pobreza, nos lo están convirtiendo en "voto de riqueza", y, eso, no lo podemos permitir. Si Jesús, identificó a la riqueza con el diablo, yo no os digo que nos tenemos que hacer pobres de la noche a la mañana, eso no, pero, lo que os pido, hijos míos, es que entendamos que, la doctrina de Cristo va mejor, más acorde, con nuestros hermanos sufridores que, son todo o casi todo el pueblo español. Ved que, aquí, en esta iglesia clandestina de Navarrete, estamos treinta ;treinta; y, en la obra nueva, en esa fastuosa que han estado haciendo más de un siglo, acuden cientos y cientos, porque les han hecho creer que cuanto más rica sea la obra más se acerca a Dios quien se cobije bajo sus naves y se le refleje el oro en sus rostros... ;Mentira; ¿Es que no veis cómo nos han forrado de oro los altares? ¿Para qué? ¿Para qué? Para demostrar el falso poderío del pueblo, cuando aquí, hay veinte familias poderosas, y cuatrocientas viven llenas de hambre en todo tiempo. ¿No es mejor destinar ese oro para remediar hambre y enfermedades? Cristo, jamás hubiera permitido tal ostentación. Están terminando una torre que quieren que sea la más alta de La Rioja, y han suprimido un tra-

mo, desde que han visto los cimientos de la iglesia inundados. Yo os digo, que, más perdurará nuestra doctrina y, a ella, se sumará un día el Vaticano, que esa torre y su alledaña iglesia, porque, en ella, aunque quieran decir otra cosa, estará siempre vigilante Satanás, ya que a el es a quien rinden culto más que a Jesucristo, esos falsos pastores, aunque desde los dos púlpitos intenten decir lo contrario.

En eso estaban los asistentes, oyendo al clérigo, Antonio de Medrano, en una casa de la calle del Horno, paralela por el sur con la calle Mayor Alta, donde se hacía un culto sin altares, como ya era norma en la nueva iglesia luteranista, cuando oyeron gritos por la calle, y, a seguido, llamaron en la puerta. Todos los asistentes quedaron en silencio. ¿Qué era aquello?...

Como la casa tenía salida por la calle Mayor, casi todos los que allí estaban reunidos, lograron escapar y así, no ser vistos por quienes insistentemente les llamaban.

A las bruticies del Carnaval, se temía mucho más que en ninguna otra fiesta del año, porque, aprovechando que llevaban la cara tapada y la voz imitando a "mascaritas", se hacían los grandes robos, los terribles asesinatos, y, hasta las más desagradables violaciones. Si malo era a la luz del día, en horas de la noche, ya se tenía por norma, no abrirle la casa a nadie que llevase careta puesta o cara pintada. Solo habían quedado en aquella amplia y aseada habitación, que en otro tiempo sirviera de establo

dos personas, Silverio Torralba y Antonio de Medrano.

Los que insistían en penetrar, hablaban al otro lado de la puerta con palabras guturales irreconocibles. Golpearon con una piedra y, desde dentro, les dijo Silverio, una vez que habían escondido la cruz en la pajera.

- ¿Quién es el que llama en mi casa?

Con voz de gaita dijo el que estaba en la calle.

- Abre a las mascaritas, Torralba...

- Ahora voy.

Abrió la puerta y vio que, en la calle había seis personas vestidas de negro con cara de gatos.

Se precipitaron todos dentro con palos y cadenas en las manos, y rodearon al clérigo que estaba sentado en una banqueta junto al pesebre y le comenzaron a bailar amenazándole con los garrotes y las cadenas.

Lo agarraban y le colocaron en el centro del local gritándole y como queriendo destrozarle la cara con las imaginadas uñas. Las voces eran sin pronunciar sílabas correctas, pero, sí se entendía que le preguntaban a coro: ¿Quién eres tú? ¿Quién es este cabrito, escondido en el garito?...

Otros le decían, mientras bailaban algo que parecía tener hasta ensayado:

"Este es un cabrón que vive a lo ratón...

y, haciendo de gato... le rasgaremos el cuajo...

¡Guru ¡Guru ... ¡Guru... ¡Guru...! A Que no sabes quién soy...?

Lutero, Lutero, bésame el ojetero...

Arriba, abajo, abajo arriba,

con todos éstos malditos

a la chamusquina...!

¡A buscar a todos en lo de Torralba!

¡ Malditos; ¡ Malditos,...

¡¡ Ya se les reconquema el alma.¡¡

Poco después, apareció otra máscara, que venía con ropas de color, imitando a un jerarca del ejército, y les dijo con voz grave a la cuadrilla gatauna.

- ¡Dejad a Torralba libre! Llevemos a éste farsante para que, el tunante, todo nos cante.

Comenzaron nuevamente a bailarle. Le agarraron de los brazos y se lo llevaban camino de la Puerta de Santiago. Vio allí, donde le detuvieron, el techo con las gruesas maderas que sostenían las viejas casonas y vio la pequeña arcada que daba sobre el Camino Real. Fue allí donde le cortaron el paso y le taparon los ojos, empujándole hasta hacerle rodar sobre los grijos. En el Camino esperaba un vehículo. Le llevaron hasta él sin saber quiénes eran ni qué intenciones llevaban.

Sentado en una banqueta, le obligaron a beber un líquido dulzón con una jarra y, segundos después, cuando ya el coche rodaba, ignorando qué camino llevaba, perdió el conocimiento.

Cuando despertó, se encontró depositado sobre una gran mesa, que estaba en el centro de un salón construido con piedra sillar. Quiso limpiarse los ojos con las manos y no pudo hacerlo, porque tenía las muñecas atadas con unas soguillas de esparto, que iban hasta una especie de

tornos como pequeñas ruedas de carro, para hacerles girar. Esto mismo pero, en el lateral opuesto, lo tenía también con otras dos sogas atadas a los tobillos. ¿Qué era aquello? ¿No era una habitación destinada a dar tortura? ¿Dónde estaba? ¿Hasta dónde le habían llevado? Ignoraba **totalmente** el camino que había recorrido ni entre qué gentes se hallaba. Por una pequeña ventana a modo de saetera, se **filtraba** la débil luz de la luna. ¿Qué hora era aquella en que despertó? Todo lo ignoraba. ¿Para qué le habían llevado allí? ¿Era para hacerle un Tribunal de Fe clandestino, tan sólo para herirle por envidia y resentimiento dentro de su comarca? ¿Era para acabar de una vez por todas con aquel titulado hereje, que tanto incordiaba a la religión oficial en aquella zona? Sea como fuere, no podía hacer otra cosa que esperar resultados.

En eso estaba razonando, cuando chirrió un cerrojo que había de estar al otro lado de la puerta y aparecieron tres personas con las caras tapadas para no ser reconocidas. A Medrano, le pareció que llevaban por los bajos ropas de religiosos. El que gobernaba de aquellos tres, se le acercó y le dijo tratando de cambiar la voz, pero no como "mascarita" sino como juez violento y hasta con fonética de garganta resfriada.

-¿Sois vos el iluminado y luterano, Antonio de Medrano?

- Yo soy el bachiller y beneficiado Antonio de Medrano.

- Entonces, sois vos el que está inculcando en la Villa de más glorias nacidas para bien de la iglesia, unas doctrinas que atentan contra lo legado por el apóstol San Pedro?

Antonio calló.

- ¿No me habéis oído, hereje maldito?

Nuevo silencio.

- ¡Apretad más el potro;!

Uno de cada acompañante, fue a la rueda donde estaban amarrados los brazos, y le hizo tensar más las sogas.

- ¡Basta; Esperad a ver si confiesa. Mirad que, si os obstinais, puedo llegar hasta dejaros los brazos arrancados de sus juegos en los hombros y los codos. Yo os pregunto: ¿Qué hacíais en esa cuadra que, Torralba, el mozárabe, ha limpiado para hacer allí reuniones clandestinas?

- Comentarios, sólo comentarios.

- ¿Contra nuestra fe?

- Vuestra fe es la mía. Yo no tengo otra fe que la emanada de nuestro Dios único y trino, la que al principio de nuestra Era, predicó su Hijo Jesús.

- Pero seguís al renegado Lutero, que busca destruir lo que tantos siglos ha costado elevar sobre la Roma de los Césares y, después, en nuestra muy amada España

- No es verdad. Eso no es verdad.

- ¡ Sois luterano y hacéis de su doctrina proselitismo;

Medrano calló.

- Traed el embudo y echadle agua templada para que se le aclare la garganta.

Los dos servidores, aquellos dos esbirros salieron fuera de la estancia y volvieron, el uno con un cántaro, y, el otro con el embudo que,

por fuerza, a lo bestia, se lo introdujo a Medrano en la boca, y, menos mal que se detuvo porque bien le pudo empujar hasta la misma garganta.

- ¡Ahora, echadle agua hasta que hinche igual que odre de cabra puesto al sol para que su piel cure.;

Medrano, que con los ojos llenos de agua miraba al techo y, posiblemente rezaba, no tuvo más remedio que aguantar aquel hilo de agua que sin cesar pero, lentamente, le iba cayendo a la garganta y le llenaba el estómago. Cuando algo no podía retener y se le desbordaba por los labios, el que tenía el embudo, se lo metía unas pulgadas más adentro, de paso que le decía imprecaciones recordándole a su madre y sobre la nueva doctrina.

- ¡Basta, basta, que tenemos tiempo hasta que trague las seis azumbres que ahí tenemos; ¡Y, si de eso no se asusta porque le parece demasiado suave con el aceite, le colgaremos de aquellas anillas del techo y le pondremos los pies encima de ese brasero que tiene cisco al rojo vivo. Dime, torpe bachiller y renegado beneficiado, hijo de mala madre ¿qué es lo que hacías en esa cuadra del morisco Torralba? ¿Nada, eh? ¿Callas? ¡Más agua, hasta que le salga por todos sus espiches;

Nuevamente, comenzaron a echarle agua y, el paciente hijo de doña Toda, a tragarla con la mayor resignación posible. Había aguantado tantos tormentos en Valladolid y Toledo que, uno más, poco importaba en su larga vida de sufrimientos. El vientre se le hinchaba amenazando romper sus ropas.

- ¡Basta; ¡Más lentamente que me lo vais a arpar, cojenes; Poniéndoselo a una cuarta de la cara e,

incluso, echándole las babas sobre su rostro le volvió a repetir: ¿Qué hacías allí, mal clérigo?

¿Les enseñabas a los ignorantes la nueva doctrina del cabrón de Lutero, sí o no?.

Les orientaba sobre cómo yo quisiera que fuese nuestra religión.

¿Y, quién eres tú para pretender esas modificaciones sin contar con el señor Obispo, eh? ¡Agua;

¡Ponedle otra vez el embudo y, agua a jarros;

¡Agua y azotes hasta que su alma esté por huirle del cuerpo y marche camino del infierno, que es lo suyo;

Aquellos dos esbirros, tras de meterle casi toda el agua que, malamente pudo tragar, le soltaron las amarras cuando ya estaba sin conocimiento.

Horas después, le torturaron cuanto les apeteció, con unas cuerdas llenas de nudos y sal pegada en su trenzado. Le colocaron una mascarilla y, soltándole insultos de todo calibre,

le coronaban de latigazos, blasfemias y escupitajos, sin faltar patadas en donde creían que le podían hacer más daño.

Acabaron por dejarle tirado cual manteador, encima de aquellas frías losas.

Eran las seis de la mañana, cuando salía por la Puerta de San Juan un labrador con su burro camino de la pequeña heredad. Al otro lado de la puerta, sobre un poyo, vio a un hombre tendido y tapado con una manta. Había tantas muertes en ese tiempo, tantas peleas, tantos crímenes sin descubrir y tantos ajuste de cuentas, que, el labrador creyó que podía ser uno de aquellos.

Llamó a los vecinos más próximos y presto

acudieron a ver quién era el muerto. Todos y todas quedaron sorprendidos, al ver que, el muerto, era el cura Medrano, el pobre y desventurado clérigo, a quien parte de los vecinos miraban mal e, incluso, ridiculizaban, por la mala campaña que contra él hacía el clero de la parroquia. No estaba muerto. En unas

andas se lo llevaron a su madre, y, la pobre doña Toda, que se había quedado arruinada por buscar defensa a los grandes juicios que entablaban contra su hijo, le recibió igual que la virgen María, tuvo que mantener en sus brazos, el cuerpo de Jesús, cuando se lo entregaron al bajarle de la cruz. Le vio la pobre viuda y

desventurada madre de un hijo que no asentaba cabeza, lleno de heridas, inconsciente, y con el vientre hinchado como bota. La cara estaba roja de golpes y desencajada. A su hijo le habían torturado en las mazmorras de la Inquisición. Ni el ni nadie de la villa, supo jamás, quiénes le habían hecho aquel castigo tan

brutal, tan horrible e, incluso, dónde le habían llevado desde Navarrete. Los que acudían a las ceremonias religiosas, aventuraban que pudo ser en San Juan de Acre. Otros, decían, que, quizá en el convento de San Francisco, de Logroño, y no faltaba quien decía que lo pudieron llevar a Nájera. La verdad era que, aprovechando los

Carnavales secuestraron al bachiller y le dieron un castigo que le marcaría para toda su vida. Aquella

fue una de las muchas acciones que en ese tiempo, soportaba una España víctima de las crueldades inquisitoriales, dictadas y ejecutadas con el nombre de Dios y de Cristo en los labios. Quién había de decir que, cuatro siglos después, en esa misma zona, y por circunstancias

de una horrible guerra civil, los hechos volverían a repetirse con la misma táctica y ensañamiento, anonimato y crueldad, que se conocieron en pleno siglo XVI.

El vivir en la España donde imperaba la Inquisición, era, tener que soportar un viento cierzo helado, que, a diario, venía cubriendo toda la península de odio. Odio del pueblo sencillo contra las autoridades gobernantes. Odio contra un clero dictatorial, carente de dolor hacia el pobre hermano que pensaba de distinta manera, o, había nacido en una casa que mantenía distinto credo religioso, a veces por causa de las invasiones que sufrió nuestra tierra. Odio, contra esa religión que, hasta hacía medio siglo era mirada con veneración. Las autoridades, se habían propuesto eliminar el judaísmo y el mahometanismo como fuera, aun a costa de dejar a España empobrecida económica y mentalmente.

La Inquisición, se apoyaba para persistir en el poder, como lo hace toda dictadura, con el respaldo de unas minorías militares, clericales y económicas. Las que ahora, a finales del último tercio del siglo XX, se les llama poderes fácticos. ¿Cómo era posible mantenerse en el poderoso organismo que pretendía perpetuarse en el poder durante siglos? : Castigando al pueblo por el más mínimo desliz, y cuidando sin dormirse, la guardia con el garrote y la espada, manteniendo una férrea censura y ante todo, que el pueblo viva acobardado. El Papa, Juan XXII, en el si-

glo XIV, ya promulgó una serie de bulas condenando todo crecimiento y tráfico con demonios y hechiceras.

Estas bulas, condenaban no sólo pactos con el demonio, sino también sobre las artes relacionadas con la astrología, el sortilegio, las curaciones, la magia, y el ambicionado don de saber adivinanzas del futuro.

Sobre todos estos temas, que hoy nos parecen ridículos y propios de un pueblo recién salido del primitivismo más cerril, estaba la desaforada caza de brujas, que parecía no existía fuerza capaz de eliminarlas. Aquello en España y, fuera de ella mucho más, era como una locura colectiva, que se llevó a las nuevas tierras descubiertas por Colón. Por esas creencias y visiones, murieron centenares de miles de personas en las zonas rurales donde el pueblo -lógicamente- era más inculto, de ahí que existía mejor caldo de cultivo.

Vamos a poner la mirada en nuestro lugar de acción, La Rioja, y Navarrete, donde tampoco faltan dos o tres mujeres que ejercen la magia y la brujería: dos en el Arrabal y, otra, se dice que en el barrio de San Juan.

- Padre Antonio, como para mí es un goce, un deleite sin igual escucharos todos estos relatos que me comentáis a la perfección, como si todo ello lo hubiéseis vivido.

¿Me queréis decir, a qué van esos cientos de hombres que por aquí han pasado con herramientas y armas, en busca de los vecinos de Entrena?

- Te lo contaré. Desde hace muchos años, vamos a llevarlo al tiempo de Enrique el bastardo, y Pedro "El Cruel" te hablo de hace dos siglos, hijo mío, pues siguen estas dos villas fomentando una pequeña guerra, nacida por

aquella traición que sufrió el rey don Pedro, en campos de Montiel.

- Seguid, seguid, y, os prometo, que no he de interrumpir vuestra palabra. Continudad, como si a la misma conciencia le hablaseis, padre Medrano.

- Gracias, hijo mío.

- Quiero deciros, si no es grande esfuerzo para vuestra cabeza, reconstruir ese pasado, que me alegraría conocerle.

- Al contrario, Teobaldo. Puedo aseguraros que rejuvenezco.

- Pues seguid, que yo, para vos y, como siempre, ya sabéis que soy todo oídos.

- Desde que Enrique llegó a mayoría de edad, comenzó a liarse con guerras en contra de su hermano Pedro. El que era, por ley natural y, llamémosle divina, a quien correspondía el trono, era don Pedro. Enrique, mal aconsejado, buscaba destronar a su hermanastro, y, para ello, creó ejércitos que, en dos ocasiones, tuvieron por terrenos de batalla los campos de esta tierra riojana, con más precisión entre Santo Domingo y Navarrete. La segunda batalla fue mucho más cruenta que la primera, porque, ambos bandos llevaban a guerreros y tropas venidas de Europa. No tengo precisión en cifras, hijo mío, pero, te puedo aventurar que los de Enrique eran unos cinco mil, las tres cuartas parte de ellos sobre caballos y bien equipados, con sus grandes jefes, entre otros, pues: Andenehan. Don Tello, Villena y el propio bastardo. También venía con aquellos un gran general, francés, famoso

por sus victorias y conquistas en tierras europeas llamado Du-Guesclín. Los de don Pedro, eran más de diez mil, que, para eso era el rey. Salvo unos quinientos de a caballo, los demás gentes de a pie, que es decir infantería. Sus jefes: El Principe de Gales. Armiñaque, el duque de Alencastre y el rey don Pedro, al mando de su caballería. Fue la batalla más grande de ese siglo. Se aposentaron los del bastardo, viniendo desde Burgos, en Nájera, poniendo al río Najerilla como defensa y frontera segura, y también, esto no ha de olvidarse, porque contaba allí con el clero monástico que le era fiel e, incluso, la clase social elevada, que esperaba conseguir grandes mercedes con el nacido de bastardía. El rey don Pedro, prefirió quedarse dos días o tres dentro de la villa de Navarrete. Estaba amurallada y con recio castillo, a más de serle muy fiel. De uno a otro ejército mediaban tres leguas. En ese encuentro, yo os digo, Teobaldo, que se iban a dilucidar muchos destinos para España y para Europa, lo de siempre; aquí siempre hemos servido para campo de batalla o de catalizador del poderío europeo. El día de la batalla, venía desde Nájera don Enrique con los suyos, para encerrar al rey don Pedro, dentro de las murallas y que se le rindiera, o morirían todos de hambre y de sed. Pero, don Pedro, llevaba gentes muy experimentadas en la guerra y se adelantó al bastardo, saliendo de la fortaleza, caminando hacia Nájera, para encontrarse si ello era posible más allá del alto donde está la ermita de San Antón. Olvidé decirte, hijo querido, que antes de ese día, ya se habían enviado ambas cartas, en

las que se echaban de uno a otros cargos, crímenes, sentencias y mentiras, todo ello como justificativo de hacer una batalla sangrienta. Los dos, ¿cuándo no? poniendo a Dios por testigo de sus razones y de sus cainitas palabras. Siguiendo el Camino de Santiago, llegaron a encontrarse ambos ejércitos en las jurisdicciones de Sotés y Ventosa. ¡Ay, qué horrible mortandad; Todo el día y al siguiente matándose unos y otros. ¡Dios qué batalla y qué poco comprendida; ¡Virgen Santísima, qué vergüenza de ambiciones, por pretender una corona y por mantenella;; Los de don Pedro, gritando y muriendo: ¡Guiana;; ¡San Jorge;; Y, los de Enrique: ¡Castilla;; ¡Santiago;;

Ganaba la batalla el rey y, viéndose perdido el bastardo, vuelve grupas al caballo y huye seguido de no pocos de su caballería. Van buscando Nájera y ponerse a salvo al otro lado del río.

Al ver esa cobardía los de don Pedro, van tras de ellos un centenar de caballos que les van pisando los cascos a los de Enrique. Elevan el puente cuando ha pasado el bastardo, y los demás, quedan a merced de pasarlo sobre las bestias o a nado. El río bajaba muy crecido por los deshielos, y fue allí donde encontraron no pocos la muerte, mientras los de don Pedro, les perseguían hasta dentro de las mismas aguas. Se refugia el bastardo en Nájera, y los de don Pedro, teniendo la batalla ganada, se dedican a capturar prisioneros famosos que yo os detallaré, aunque no todos, por no aburrirlos: Don Pedro López de Ayala. Ya sabéis quién os digo: El Canciller Ayala, el grande escritor y cronista que

conocemos por sus libros.

- ¿El? Pues vaya qué novedad, padre Antonio.

- Un hermano de don Enrique, con título de conde, llamado Sancho. Cayó el mariscal Andenehan, y Felipe de Castro, y Fernández de Velasco. González de Avellaneda. Beltrán de la Cueva. Pedro Tenorio, después, al ganar en otra triste ocasión el bastardo, nombrado Arzobispo de Toledo. Juan García Palomeque, obispo de Badajoz. Bueno, bueno, que no sigo, y, en la memoria se me pierden los nombres. Y cayó, ese no me lo puedo dejar: Du-Guesclín, el mercenario general francés. Traen a la villa los prisioneros y se celebra el juicio, que es altamente nombrado por toda España, porque allí podrían rodar muchas cabezas de grande relieve. Pero, don Pedro, que andaba escaso de dinero en sus arcas, no obstante el apoyo que le daban los judíos, decide ponerles precio a las cabezas de los prisioneros, y es ahí, hijo mío, cuando nacen las raíces de esos que van camino de Entrena. Hubo un hombre muy rico, antecesor de los que sabes hicieron el convento de las Clarisas, donde vos sois capellán, que apoyaba al bastardo, y, en ello se jugaba su fortuna y vida. Bien sabéis que, en esto de la política sobran aspirantes, y ello es como un juego de azar, en el que no faltan gentes, en todo tiempo, que se inclinan por uno y otro bando. Si se pierde, lleva consigo la ruina, puede que el destierro y, en ocasiones, hasta la vida. Cuando se gana se multiplica la hacienda, se logran altos cargos en el gobierno, se conquistan títulos y se abusa al límite del poder. Ese señor que te digo, se llamaba Juan Ramírez de Arellano, más tarde titulado Señor de Cameros, Conde de Aguilar y de Inestrillas. ¿Qué hizo? Pagar cien mil florines

por salvarle la vida a Du-Guesclín, y, otros tantos por la suya que también la tenía en el aire. Más tarde, sabido tenemos que, Du-Guesclín, le ayuda a Enrique a matar por una traición a Don Pedro, cuando acude engañado a la tienda del bastardo, en Montiel.

Cuando es rey Enrique, y llega la hora de hacer recompensas a quienes por él han dado dinero y puesto en riesgo su vida, Juan Ramírez de Arellano, dice que él, lo que más desea es ser gobernador del Castillo de Navarrete.

- Vuestro es lo que pedís, -le dice el rey. Os daré una cédula para que quien gobierna aquella plaza renuncie y vos seais el gobernador hasta que os plazca.

Era gobernador, don Diego, Gómez Manrique, fiel a don Pedro y muy querido del vecindario. Cuando saben que viene nuevo gobernador y que él fue culpable de liberar al que ha matado a su rey, no lo aceptan, y maldicen al Ramírez de Arellano. Sublevado se ha Navarrete contra aquella autoridad que obedece al bastardo. Se corre la voz por la zona, y, velay, que sale en su defensa Entrena; Ribaflecha lo hace a favor de Navarrete, y, Clavijo apoya a los de Entrena, atacando junto con los de Lagunilla a los de Ribaflecha. Se organiza una guerra civil dentro de esta comarca. ¿Os gusta la historia?

- Me deleita, padre Medrano.

- Pues, desde hace siglo y medio, a raíz de aquella guerra que pusieron final los Reyes Católicos, los de Entrena, no quieren dejar que el agua del Iregua llegue a Navarrete, para regar sus campos. Y los de Navarrete, cuando llega este tiempo, han de subir todos con herramientas o lo que sea, para lo-

grar que ese agua concedida desde el siglo X mediante una Carta Puebla, les llegue a sus heredades. Hay que entender que, en aquel tiempo, Entrena, era una aldea dependiente de Navarrete. ¿Entendéis la causa de esa guerra, Teobaldo?

- Padre, cuando se trata de guerra, la verdad que no entiendo nada de nada.

- Y, sin embargo, nos quieren hacer creer que no es tan grave como parece. Tuve un maestro en Valladolid que nos decía: "Aun lamentándolo mucho, hijos míos, tengo que deciros que, la guerra, como la disputa, aviva la inteligencia, y que si la felicidad reinare siempre y en todos, haría de nosotros un mundo estúpido, adormecido y sin progreso"

- Eso, padre Medrano, me parece ilógico y con la peor intención que podemos imaginar.

- Pues no sé yo qué te diga, y no sé qué te diga. Se ama mucho más la paz tras de sufrir la guerra, y hay quien supone que, la única felicidad para el humano, es la infidelidad.

- Y es verdad, triste verdad padre, que no hay cosa más difícil, más dura, más ardua y que más nos queme el alma, que vivir soñando con ser felices, cuando la paz y la felicidad no son sino sueños de adolescente.

- Muy bien dicho eso. Los frutos mejores, yo os digo que se maduran a la interperie y no dentro de cristalerías. Tienen que azotarles los vientos, los fuertes calores e, incluso, los vientos helados, para que almacenen riqueza en su sabor. Pues así pasa con nuestra mente y con nuestra alma. Cuanto más tormento, ansiedad y zozobra y quebrantos sufra, mayor riqueza irá tomando si la planta es de buena madre.

- ¡Ah cómo me agrada escucharos y aprender de vos.

Para todo tenéis la justa palabra, el concepto preciso, y la sentencia más clarificadora.

- Pues me llaman el bachiller zopenco, bien que lo tenéis oído.

- Son envidias, padre Medrano. No sabéis cómo os agradezco todos estos consejos y lecciones históricas que me presentáis como vividas por vos, cuando hace siglos que se dieron.

- Gracias, hijo, muchas gracias. No os he dicho que aquel señor Ramírez de Arellano, tenía y aún le siguen teniendo sus herederos, allí sobre las murallas, ^{su palacio.} Desde aquí le vemos, Teobaldo. ¿Veís la torre?... ¿Sí?...

- La veo, la veo. Pues no es poco hermosa.

- ¿Veis la tercera casona, a la izquierda de ella? Aquélla de piedra sillar, que tiene dos plantas y un gigantesco escudo sobre sus dos altos balcones. Yo ahora no, no veo, pero sé que allí está.

- Le veo! Le veo, padre Antonio. Vamos, vamos para vuestro catre que os habéis fatigado con exceso, viniendo desde Los Alisos.

- Pero ha sido un hermoso paseo.

Sobre el año 1523, el obispo Alfonsus, de Calahorra, les ha dado orden para que transladen altares, campanas, coro, y cuanto existe en la vieja iglesia de Santa María, a la nueva obra que se está terminando en pleno centro de la Villa.

Hace pues, veinte años que aquello ocurrió, de este día en que están conversando Antonio de Medrano y Teobaldo Frías. La iglesia está, como sabemos en plena actividad y resplandeciente de

oro y de tallas valiosas sus altares, destacando la obra de Churriguera, que es fastuosa y digna de aquellos altos jerarcas que tenían sus residencias en la villa riojana. Cien años había estado la iglesia en construcción, pero, quién les había de decir que, antes de finar el siglo XVI, se les hundiría media obra, incluido el pórtico, y que toda ella quedaría definitivamente restaurada y coronada la obra, al colocar una piedra en el frontis el año 1664. Siendo así, la iglesia en la que estaba de beneficiario Antonio de Medrano, llevó su construcción dos siglos y medio. Más que el Escorial.

Tras de la detención de Medrano en la casa de Torralba, la principal autoridad eclesiástica de la villa le hizo una nueva denuncia, que fue dirigida al obispo de Calahorra, al que mucho se le temía, y fue aquel, quien le llevó preso a los calabozos de Logroño, donde estuvo veinte días, y, de allí, salió fletado hacia Toledo, donde se le había de hacer un proceso, junto con los otros acusados que allí tienen destinados para celebrar el próximo Auto de Fe. Era esa, la tercera vez que Medrano iba a parar a los calabozos de la titulada Santa Inquisición. Se dice muy rápido que fue llevado a Toledo para ser metido en la cárcel, pero ¿cómo se llevaba a estos presos? Lo anticipamos para tener una exacta idea del odio y bajos instintos que había en ese siglo. ¿Los hubo mejores después con Felipe, con los Carlos, Alfonsos y Fernandos? ;Nunca; A los presos que sacaban de Logroño, para llevarles a Valladolid, Salamanca, Toledo o Cuenca, les conducían con los hábitos o ropas

que llevaban al ser detenidos. Delante y detrás de los presos metidos en galera, iban los arcabuceros con dos o tres oficiales. Así, en penosa caravana, decenas y decenas de leguas. Cuando pasaban por villas y ciudades, dos de los arcabuceros que llevaban tambores, comenzaban a golpearlos para que las gentes de aquellos lugares salieran a ver a los luteranos, brujos, echadores de cartas, iluminados o herejes, y, por las calles eran objeto de toda clase de insultos y maldiciones. En más de una villa han temido que se les acabara la vida, porque, los guardianes les comunicaban al detener el carromato, que, allí, era su fin, y que podían ir encomendándose a Dios o a su Lucifer predilecto. Estas caravanas, era frecuente verlas por todos los caminos de España.

Así llegó el bachiller hasta la Imperial Toledo, donde estaba tirado sobre el suelo. Todos los que estaban encerrados allí, según determinaban los Tribunales del Santo Oficio, eran apóstatas. Para la fe cristiana de aquellas autoridades, la verdad, el camino recto y la vida bien asegurada estaban en su cristianismo, mientras que "ciegos" y "alumbrados" eran los que no conocían o no querían saber nada, del Mesías ni del Vaticano, piedra principal de Dios en la tierra. De ahí que, por negación contra semejantes Tribunales, se iban hundiendo más y más en supersticiones y en doctrinas extrañas. Asustaba ver cómo estaba en temas religiosos el pueblo español. Desde el reinado de los Reyes Católicos

con la expulsión de judíos y moriscos, España quedó hecha un pandemonium de creencias y de falsas adoraciones. Si bien es cierto que se convirtieron o aparentaron convertirse al cristianismo decenas de miles de judíos y mahometanos (Sólo en el reino de Valencia más de 7000 judíos) la calidad de los conversos era un verdadero galimatías. Fuera de casa aparentaban aquellos conversos rezarle a los santos, a Cristo, a la Virgen, y a lo que se les mandara y veían en los otros vecinos, pero, en llegando a su hogar, practicaban el culto que habían heredado. Estos eran los titulados "cristianos nuevos", de los que siempre sospechaban las autoridades eclesiásticas y civiles. De ahí que, se le dieron más oportunidades a los llamados "cristianos viejos". Tampoco faltaban, aquellos que eran malos judíos antes, y peores creyentes, una vez bautizados por fuerza en el credo cristiano.

¿Qué ocasionó toda esta falta de personalidad? Una total decadencia en España. La fusión resultó totalmente abstracta y negativa. La infidelidad estaba a la orden del día, y, por ende, los nuevos cristianos, seguían siendo los ricos judíos de ayer. Esto, resentía más y más a los cristianos de siempre, que tenían -según ellos pensaban- más limpieza de sangre, y mejores condiciones para mandar. De ahí que, había muchos municipios, villas y ciudades, donde no se admitía a ningún converso o hijos de conversos. Cabillos, concejos, hermandades y gremios, consignaron en sus estatutos, la absoluta exclusión de todo individuo de raza judía, por remota que aquella fuere. Ya hemos dicho que, esta abundancia de relapsos, que no eran aceptados, tuvo en adelante un semillero de rencores y ven-

ganzas. ¿Ocurría esto sólo en España? Pues no, porque echando la vista fuera de nuestras fronteras el espectáculo era muy parecido, y sólo vamos a colocar un ejemplo gravísimo, el de Miguel Servet, nuestro primer investigador, el que descubrió la circulación de la sangre por el cuerpo, el que era un buen geógrafo, astrónomo y filósofo, aparte de buen dominador de latín y griego, y a quien llevaron los seguidores de Calviño a la hoguera el año 1553 cerca de Ginebra, sencillamente por sus investigaciones y creencias religiosas distintas a las de sus juzgadores.

Preso estaba el bachiller en Toledo y, junto con el había decenas de presos llevados de toda España, con preferencia de Andalucía y Extremadura.

Entre los más curiosos que tenía por compañeros Medrano, estaban los que habían recibido las lecciones de la Beata de Piedrahita. De aquella mujer se contaba que era hija de un labrador de la sierra de Avila, que fue criada en Salamanca, y dióse con tal fervor a la religión, que tenía coloquios nada menos que con Nuestro Señor Jesucristo. Bueno, pues, aquellos presos, le aseguraban al bachiller Medrano, que iba siempre la divina Beata, acompañada por María Santísima, y que todos, todos sin distinción, la tomaban por santa. Ellos dos, como aquélla les dijo un día, cumplían a machomartillo con su doctrina.

De Toledo no faltaban los "alumbrados" o "dexados", que eran en verdad, gente extraña y rús-

tica, casi casi rayando al idiotismo, pero, **cerriles** en sus creencias.

- ¿Cómo crees tú, Cesáreo, que es Dios?

Le dice Medrano a un toledano de aldea que estaba tendido junto a él.

- Oiga, pues, entiendo a mi modo y manera y, por lo que me se ha anunciao, que, el amor que nos damos unos a otros es voluntá de Dios y ná más.

- ¿Y la caridad al semejante, Cesáreo?

- Eso son chorradas que nos han metío los de las sotas en la caeza, pa que les demos a ellos cuanti más mejor. Nosotros, no tenemos por qué dar cuentas y examen de lo que nos place hacer a nadie. ¿Por qué?

¡Ja! Pues... quieto ahí, que yo se lo digo: Porque Dios va con nosotros y, siendo así, no hay más cera que la que arde y nos alumbrá.

- Ya. ¿Os valen a vosotros las oraciones, sí o no?

- ¿Las oraciones, los rezos quié usté decir? Esas no valen pa ná, se lo digo yo. Eso es cosa de los que leen libros y, el hombre, no es nacido pa leer, sino pa creer en quien lo ha traído al mundo. No creemos en ayunos ni leches de esas, a ver si me entiende....

Nosotros, pa que se vaya enterando, no adoramos nada porque todo lo creado por el hombre es pura filfa. Es trampa, y ná más que trampa ¿me comprende?

- Ya. ¿Y la hostia consagrada?

- ¿Eso? ¿Eso? Eso no es ná de ná, se lo digo yo y éste. Eso es, pues, una meaja de pan. ¿Y qué? ¿Qué es eso? Oiga, talmente como la cruz ¿es más que un cruce de palos que se usó en su tiempo pa lo que fuera?

Oiga, no me se ría, que es que la cosa es así.

¿Me quíé decir usté, que es más leído que nosotros, qué es la cruz más que un palo así y otro así?

Pa mí y pa los que como yo creemos en otras cosas, eso no es más que, como un látigo, un espino, un báculo, una verga de güey, una lanza, un cuchillo, una sábana o un manteo. Todo es al simen, según el trabajar que se la dá, y ná más.

- Puede que lleves razón Cesáreo.

- Oiga, es que la llevo. ¿Me quíé decir usté -que dice que es bachiller o lo que sea- qué se adelanta con coger en dos dedos agua, que le llaman bendita, y hacer así y así y así? ;Eso son pija-das de beatos sin fe, se lo digo yo y lo pué decir mi compañero Terio.

- ;Cuidado que nos oyen aquellos dos frailes Cesáreo;

- Pues que se jodan si oyen ,y así aprenden la pura verdá. Yo sé que nos van a quemar como a los guarros del monte, pero yo les diré que, conmigo queman a Dios, y con éste, y con éste, y con todos nosotros. Dios, pa que lo sepa, está en ca uno de nosotros y si no, está claro, pues no habría Dios. ¿No le parece? ¿Es que se pue rezar y creer en el porque te pongan un santo, con un gorro en punta como pico e cigüeña, o llevando un perro que le chupa las heridas, o una monja, o un desconocido, de onde sea, metido en un cuchitril del altar y hay que rezale pa que te atienda, y si no lo haces eres traidor y malo? ;Eso no son más que figuraciones en madera; Dios es otra cosa. ¿O no? Escuche, nosotros, no cree-

mos en santos ni en libros de lo que sean porque eso lo ha hecho el hombre. Dios es todo y está en todo. Y le voy a decir más: No existe Ifierno. Todo eso son asusta-tontos y trampujos de los de las sotanas. A ver si me entiende. ¿Le parece a usted, que dice que es cura -y lo será-, bonito, sacar a las vírgenes en procesión ¿Eh? ¿Pa qué? ¿Pa rogativas? ¿Me dice usted pa qué? ¿Es que no lo fueron de verdá? Pues si lo fueron ellas sabrán cumplir y ellos también. ¿Por qué tienen que metérselas a las gentes por los ojos, que es como por ejemplo, llevar al ganao a la feria pa que se vea y ponele su precio? ¿Charranadas, y ná más que eso;

- Cesáreo ¿de qué religión sois vosotros?

- Nos llaman "los dexados". Oiga, que es que no sé ni por qué cojones nos han tildao así, ni si han sido los del clero o los del pueblo. Quedrá decir "dexados" de la mano de Dios, pero, al que piense eso, yo le digo que es un cabrón y un hijo de mala madre.

- Ya, ya... ¿Y los mandamientos?

- Oiga, de esos, a decir verdá, respetamos algunos, pero no por ejemplo el quinto, porque matamos. En el otro, porque fornicar es gloria bendita. En el de mentir, porque lo obliga el trato y la vida. En el hurtar, pues, yo le digo que ¿a ver qué pasa?: Te roban, robas, y pa mí eso no tiene ná que ver con Dios. El no desear la mujer del otro. Hombre, pues, velay que si ella lo pide y el marido es consentido... ¿eh? pues, tira uno pa adelante y ná más. Oiga y ¿a usted, por qué le han traído aquí desde tan lejos?

- No lo sé. Bueno, sí lo sé, pero, es igual.

-¿A ver si va a ser de esos que llaman luterianos o como se diga eh...? Si me paice a mí que usted hasta gñele a...

- Puede que sí y, puede que no.

- ; Joder, Terio, cómo se ve que **este** hombre es cura y zorro como todos ellos...

- No hables más Cesario, que es que no callas. No hay que fiarse aquí ni de Dios; **vete** tú a saber si no es un echao... que, ya sabes que nos los meten, a ver si soltamos la lengua y nos cazan.

- Oye, pues a lo mejor. Hay tanto topo por estas tierras. Mira, mira, que hable con la paré.

Se dio media vuelta y ya no habló más aquel "dexado".

Medrano, seguía escribiéndose como desde hacía años con Francisca, su distanciada y adorada amada. Ella, de tarde en tarde, le mandaba alguna carta por la que el bachiller hacía reverdecer aquel tiempo pasado, y comenzaba a redactar textos como si tuviese dieciocho añitos: "Ay, amor, pésame a mí Dios mío, ser tan ruin y estar tan poco a vuestro servicio, cuando tan feliz me siento en ayudaros y postrarme de rodillas ante esa figura que siempre la llevo dentro del alma" "Ay, bien mío, cuán alejada estás de este pobre pecador y qué próxima te siento. Entiende, bien mío, que, nuestro natural amor, tiene tantas razones y anhelos, que nunca llegaremos a vaciar el jarro de mieles en el cual subcionamos nuestra felicidad"

A solas Medrano, recordaba y padecía.

Tenía tanto que decirle, que nunca había de ver

vacío el depósito de aquella fuente que manaba en el interior de un cerebro soñador y calenturiento. Qué cartas, qué párrafos le mandaba desde Toledo a Valladolid, donde la bella mujer, ya entrada en años, era perseguida, encarcelada y, por muchos, tomada como santa.

En su última carta, Antonio, le decía que no andaba muy afortunado en salud, y que, estando en la ruina él y todos los de su familia por su culpa, cada año que finaba en San Silvestre, se veía llevado más y más hacia el final de su calvario, y que sólo el pensar en ella, le aliviaba y rejuvenecía. "Y sin embargo, mi reina predilecta -ya veis vos si esto no será tontuna y hasta desvarío- que, por estar cerca de vos, aunque preso lo esté de este Tribunal, la aspereza y cerrazón entre fierros, me las imagino que hasta me las conceden para que piense solamente en vos, mi vida, para no tener otra libertad y regalo que vuestro exclusivo recuerdo."

Francisca le ha respondido, y en el leve rayo de luz que pasa por la mínima abertura de su celda, he leído lo siguiente: " Amado torturado que, sin tener atravesadas las carnes por los fierros, noto que lleváis el alma crucificada. Pensad, bien mío, que estamos vigilados por demonios que se fingen personas para más herirnos.

Que nos quieren a los que para amarnos nacimos, sordos y mudos, pero, jamás lo han de conseguir. ¡Ay, amor, si viérais cómo me duele saber que todos somos hermanos y que los esbirros nos separan por no entendernos; ¿Qué guerra es esta, santo mío, que así nos quiere ver alejados cuando vamos caminando en la misma galera y con el mismo destino?"

Cuando esto leía el atribulado clérigo, se le

llenaban los ojos de lágrimas, y caía derrumbado sobre las frías losas de aquella lúgubre mazmorra.

Los vecinos de celda que así le veían, entre ellos cuchicheaban y, unas veces era para compasión, y otras motivo de chirigota, que tal ocurre con el necio cuando alterna o convive con el hombre cultivado.

El Tribunal, como era norma en ese tiempo, quiso sacarle a Medrano todo cuanto de secreto guardaba sobre actos clandestinos que ejercían los de las religiones opuestas a las del Vaticano. Para ello hubo que torturarlo una vez más, pero, con menos rigor que se la había hecho, clandestinamente, en su tierra.

En Toledo, había gentes mucho más importantes que Medrano, de ahí que le concedieron menos causas, pues su nombradía era allí desconocida y los Tribunales buscan nombres consagrados para cebarse en ellos, y que el pueblo tema mucho más que con personas de poca calidad. De todos modos sabían que estaba tramitada la excomunión del bachiller, que le llegaría en su momento, y, ellos, como castigo, le condenaron a perpetuidad en el monasterio de Jesús, próximo a la Villa de Navarrete. Cuatro meses después de estar encerrado en las cárceles de Toledo, le enviaron camino del monasterio de La Rioja, donde había de completar su pena, bajo la estrecha vigilancia de los padres franciscanos. Llegado que hubo a la casa de los seguidores de San Francisco, escribió una carta a las autoridades del Tribunal del Santo Oficio, y otra al duque de Nájera, rogándole

que mediara por el ante las autoridades citadas. De esto ya hemos dado noticia, pero no de lo que en aquellas cartas se decía y era lo que sigue:

"Muy nobles y muy reberendos señores: Yo, el bachiller Medrano, beso las manos de vuestras reberencias y les suplico se informen de mi juicio y de Alvaro Mora, my criado, y de Contreras, clérigo de Navarrete, y del cura Fernández, porque estos vieran y leyeron la apelación que yo tenía hecha por que la ex comunión no me llegase y por las diligencias que yo he hecho, no obstante la apelación. Sepan de mi procurador, porque Antonio, es mi procurador, él ha hecho los requerimientos a Cabredo, y tiene cartas de Cabredo y de Juan de la Torre, como no lo han querido hacer, y el cura Bartolomé y Morán son buenos testigos de las diligencias que yo he hecho, pagándoles todo lo que podía, y no han querido hacerlo si todos no venían a lo que yo, por donde verán vuestras reberencias, mi ignorancia en este caso, y esto les suplico manden hacer a toda brevedad y si no se contentan de esto yo haré que mi procurador vaya a Valladolid a contraer testimonio de la dicha apelación, cuya vida y de todas de vuestras reberencias acepten de Jesucristo.

A su santo servicio. Amén.

El Bachiller Medrano.

La carta de Medrano salió presto, pero, bueno es saber que de carta enviada a carta contestada -en eso seguimos cuando se escribe a las altas autoridades- puede pasar medio año, uno o dos años sin respuesta, esto le ocurrió a Medrano. Hay además, y esto se ve que así lo fue siempre, y parece que martirio y goce del que la recibe, en demorar lo más posible la contestación. Hay

como cierto regusto en amargarle la vida al que solicita algo, y espera una pronta resolución. Antonio, al cabo de muchos meses, recibió una carta que le decía así:

"Nos, los del Consejo de Sus Majestades, que entendemos de las cosas tocantes al Oficio de la Santa Inquisición, hacemos sabedores a los Reverendos Inquisidores Apostólicos, contra la herética gravedad y apostasía en la ciudad y Arzobispado de Toledo y su partido que, ante nos fue presentada una petición del tenor siguiente:

Muy Ilustre y Reverendísimo señor. El Duque de Nájera, dice que el Bachiller Antonio de Medrano, clérigo vecino de la Villa de Navarrete, por V.S, Reverendísima, y de los señores del Consejo, del Santo Oficio, ha muchos años que tuvo cárcel en el Monasterio del Carmen y el Hospital de Santiago de la Ciudad de Toledo, donde guardó la carcelería como le fue mandado, y después por V.S, fue servido demandar que tuviese cárcel en el Monasterio de Jesús, de la Villa de Navarrete, donde ha estado y está guardando lo que le ha sido mandado, sin haber salido de dicho Monasterio, y por ser la prisión tan larga, ha gastado toda su hacienda y aún la de sus parientes. El Duque, suplica a V.S, le haga merced, pues ha sido el dicho Bachiller buen penitente, de mandarle alzar la carcelería y darle libertad, que en ello recibirá mucha merced. Por ende, nos, vos encargamos e mandamos que veais la dicha petición de suso incorporada e nos informad de todo lo en ella contenido, e de los méritos del proceso del dicho

Bachiller Antonio de Medrano, clérigo, e cuánto tiempo ha que cumple la penitencia que se le impuso, e de todo lo demás que vierda, devemos ser informados.

La cual dicha **información** nos embiad con persona de vuestros nombres, ya que por nos vista la dicha nuestra información se haga informe sobre lo contenido en la dicha petición, lo que convenga en justicia.

Valladolid a veinte y siete días del mes de enero de mil e quinientos e treinta y siete años.

Por mandato de los Sres del Consejo.

Lope Díaz.

A los Inquisidores de Toledo, sobre los méritos del Bachiller Antonio de Medrano, clérigo de Navarrete. "

España, ha sido desde siempre, enigmática y desconcertante. Si antes hemos dado a conocer, someramente, unos hechos ocurridos entre los Trastamara, cómo poder entender que un valido, con tanta fuerza y poder como tenía don Alvaro de Luna ante su rey, podía ser, años más tarde decapitado, por orden de ese mismo rey, sin que el de Luna, tuviera hechos tan graves para sufrir semejante castigo. Y ¿por qué don Rodrigo de Calderón, es llevado también al patíbulo en la Plaza Mayor de Madrid, cuando era el favorito de su Monarca? Hay que advertir, que no son del todo culpables los reyes, sino los consejeros que se sienten tan reyes como el que lleva la corona sobre su imbécil testa, y temen ser retirados del rey, por otros que aparecen con más crédito o inteligencia y les pueden hacer sombra.

Siendo esto así en el terreno de la política, no lo es menos repugnante en el eclesiástico, y así, dentro

del vemos cómo en el siglo XVI, que es donde estamos reviviendo hechos históricos, hay un hombre sabio y bueno que lo es todo, y, sin embargo, un día cae destrozado, como chuzo de hielo que rompe al desprenderse del tejado por haberle enviado el sol sus rayos. Este era Carranza. El teólogo. El Provincial de la Orden de Santo Domingo. El Primado de las Españas y Calificador del Santo Oficio.

Hemos dicho bueno, pero, éste calificativo hay que dárselo en la madurez, porque no lo mereció en tiempos que era Calificador del Santo Oficio, y fiel perseguidor de los titulados herejes; arrasador de sus huesos, lo que le emparejaba nada menos que con el terrible Torquemada. También fue quemador de "libros malos", aquellos que criticaban la religión oficial, que era la del Calificador Carranza.

Fue honrado y querido por los papas, emperadores y reyes. Se decía de él que era intachable en su vida privada y en sus costumbres. Fue Restaurador del Catolicismo en Inglaterra, etc, etc.

Bueno, pues, ese hombre que vestía las ropas más elevadas de la curia -sólo el Papa le superaba- de la noche a la mañana, igual que ocurriera con Alvaro de Luna y con Rodrigo de Calderón, de la noche a la mañana, hemos dicho, se encontró derrocado en su alta dignidad, y fueron los soldados del Santo Oficio a por él para llevarle a las mazmorras inquisitoriales, para someterle a un proceso, un juicio que fue altamente sonado en toda España, al titularle luterano. Lo cierto es que no era imprevista la denuncia, pues le venían si-

guiendo desde tiempo atrás, por haberle escuchado textos que, a los denunciadores les parecieron que tenían su origen al otro lado de los Pirineos. Allí fue cuando comenzaron a morder las termitas de la envidia que, sin saberlo Carranza, le acompañaban día tras día y, hasta le daban coba, pero, de esto, nos hemos de ocupar más adelante. Ahora, hemos traído a colación a Bartolomé de Carranza, porque fue maestro de Agustín de Cazalla, y canónigo de Salamanca. Lo hemos acercado a nuestras líneas, porque tuvo mucho que ver con Carlos de Seso y con Antonio de Medrano.

- ¡Padre Antonio! ¡Arriba! ¡Arriba!;

- ¿Que pasa, Teobaldo, qué es lo que pasa?

- Ha dicho fray Ayala, que vienen las autoridades eclesiásticas de la Villa, a celebrar aquí, con nuestra comunidad un acto de gran relieve.

- ¿Aquí? ... ¿Decís que vienen aquí, al monasterio?

- Eso han dicho, y por allí he visto que vienen como en procesión. Vamos, subid, que, quienes nos vienen a visitar son amigos vuestros.

- ¿Míos? ¡Ay, qué atrevimiento, hijo mío, decir que quienes vienen son amigos míos. Yo, apenas tengo amigos entre los de mi grey, y, esos que vienen obedecerán al Santo Oficio, y son más amigos del Tribunal que de este pobre clérigo navarreteño.

- Bueno ¿queréis subir?

- No no no. Lo haré luego, si el motivo me atrae, que mucho lo dudo.

- Es que... no quería decirlo, pero, he sido encargado por el padre prior para que os diga que me acompañéis.

- Luego, según eso, es obligado que esté presente, Teo-

baldo. Mal, muy mal me huele este negocio.

- Bien pudiera ser que os vengan a restituir el crédito.

- ¿Restituir? Moralmente cuando algo se destroza ya no hay albañil que lo repare, y si lo repara la falta es manifiesta y denunciadora. Y en mi caso, el derrumbre es irreparable.

- Pues yo confío en que todo ha de arreglarse un día.

- ¡Ah, la juventud qué hermosa es hasta en lo que de ella se oculta; Qué ingenua y qué carga de bondad lleva consigo. Vamos donde quieras y, si te lo han ordenado pues, mejor que mejor para obedecer.

Ya habían llegado los de la comitiva, bajando desde el Camino de las Cruces, al Prado de Jesús, donde estaba la que llamaban Cruz de las Tercianas. Todos venían rezando bajo la dirección de un beneficiado gordo como tasugo, patiancho, y con unas cejas horizontales que demostraban la poca inteligencia que guardaba su caja craneana. Aquel hombre tenía aspecto de gorila, y así se le llamaba en la Villa. Lo que cantaba "Gorila", con poderosa voz, lo repetían las rezadoras a coro.

El el borde del cerro, junto a la pared de la iglesia estaba toda la comunidad franciscana contemplando aquella extraña procesión. De pronto, comenzó a tocar la campanita a duelo: Tan tan...

Tan...tan... Tan...tan...

- Teobaldo ¿Qué es eso que estamos viendo? ¿No es un funeral? ¿Acaso vienen a enterrar aquí

a alguien?

- No lo sé. Nunca se hizo entierro alguno que no fuera de la comunidad. Nada entiendo, padre.

Aquella gente comenzó a subir por el camino del cerro, que no eran más de cien metros. Cuatro curas de la parroquia, llevaban sobre unas andas, igual que si fuese un cadáver, una especie de baul, atado con lías de esparto. Detrás de ellos subía el clero parroquial que lo componían dieciseis personas. Las mujeres ascendiendo lo hacían en silencio. Unos niños, esos que nunca faltan en bodas, bautizos, procesiones y entierros, subieron corriendo aquella pendiente, y se colocaron delante de los franciscanos. El más tonto del pueblo -había muchos- era un mozarrón que siempre iba con la boca abierta, al que llamaban Pichafloja, y es que, el hombre, hacía bueno el mote, porque siempre llevaba la bragueta fresca, por la pérdida de orinas. Ese, iba delante de los curas que llevaban las andas, y lo hacía con un gran pendón negro. Sonando estaba la campanita cuando toda la comitiva llegó a la explanada del monasterio. Cuando dejaron en el suelo aquello que con tanto misterio traían encerrado en el baulito, los acompañantes hicieron un círculo colocándose detrás de los frailes y clérigos. En lugar preferente colocó el prior al bachiller Antonio de Medrano y a Teobaldo, los que seguían llenos de curiosidad aquella ceremonia ignorando su finalidad. ¿Venían para hacer parodia de las nuevas creencias? ¿Venían a ridiculizar al hereje hijo de la villa? Aquello era tan extraño, tan anormal en el diario vivir del convento, que la extrañeza les inundaba la mente y, en su inconsciente,

sólo acertaban a preguntarse ¿qué encierra esa caja enlutada? ¿Qué es lo que han traído ahí para organizar este entierro que es propio de carnaval?...

Se acercó el prior a Medrano y, con mucho cuidado, quizá obedeciendo órdenes superiores, le colocó sobre un cajón negro que acercó el padre Castro. El hereje, se veía claro que iba a ser el principal actor en aquella parodia. ¿Era un homenaje, como creía Teobaldo o un ridículo aquello que el clero parroquial buscaba?

Poco después, mientras la campanita seguía tocando a muerto, apareció Goñi, "Olivillas", con una gavilla de sarmientos muy secos, y la colocó en el centro de aquella concurrencia que, ahora, no cesaba de rezar el Credo. Parece que, allí se presentía una quema. El prior se adelantó, hizo la señal de la cruz, y dos padres soltaron las ataduras del baul, mientras el padre Abundio, con voz engolada comenzó a decir:

- Queridos hermanos en Nuestro Señor Jesucristo.

Todo lo que muere debe enterrarse, es ley de vida y obligación de muerte, máxime, cuando es humano, y, en obediencia a nuestra santa religión. El que reniega de ella, debe ser castigado y, para eso está nuestro amado santo Oficio y, su sabio Tribunal, posee las leyes que han sido dictadas por el Juicio del Creador. Los más torcidos contra nuestra fe, los más perversos, aquellos que no se retractan y reconcilian en sus errores ¿dónde van a parar, dónde se les lleva, hermanos míos?

Apuntando con el dedo a la gavilla incitaba

a dar la respuesta positiva. Olivillas ya había encendido la gavilla de sarmientos. Cuando apuntaba a la gavilla todos a una dijeron:

¡¡Al fuego!! ¡¡Al fuego!!

- Muy bien dicho. Gracias, hermanos, pero, ved que aquí no se trata de llevar a la hoguera a ningún renegado, porque ya el Tribunal emitió su fallo y supo qué hacer en su día contra el pecador. Pero... Pero... sí tenemos el veneno que atormentó a éste hombre que está aquí de pie, y, el pobrecillo pagó todas sus culpas y errores en años y años de encierro por las cárceles del santo Oficio, las que mucho bien le han hecho para salvar su alma. Vedle cómo se nos ha quedado el que era clérigo y beneficiado, como todos vosotros en la Parroquia de Santa María de la Asunción, el pobrecito bachiller fracasado. Ha rectificado todas sus malas andanzas por equivocados caminos. El, me consta, queridos hermanos, purgó todo, pero... ¡ah! pero, quedaba en su casa la sucia fuente en que bebió y se fue emponzoñando su saber contra nuestra Santa Madre Iglesia. Esto que sacará el padre Goñi, es lo que vamos a llevar a la hoguera, queridos hermanos. Padre Juan Antonio, padres y clero todo; público amante de nuestro Dios, recemos todos en voz alta un Credo, para que el odio que encierran estos librotos salga de entre sus páginas y se queme por y para siempre jamás.

Todos comenzaron a rezar lo que les había indicado el padre prior, también lo hacía Medrano al que iban todas las desafiantes miradas, ¿qué otra cosa podía hacer elevado sobre aquel cajón?

Por el interior de su cabeza, abundaban no pocos impropiedades contra tanto ignorante y tanta beata con la peor intención que cabe en cabeza racional.

Cuando acabaron de rezar, un fraile le alcanzó el hisopo con agua bendita y echó sobre el cajón abierto varias rociadas y leyó con poderosa voz, los títulos de unos libros que le iba dando el padre Ayala:

- " ¡Diálogo de Lactancio y un arcediano; ; "

¿Qué hacemos con él, amados hermanos?

y, todos a una dijeron: ; ¡Al fuego; ; ¡Al fuego; ;
y lo echó a las llamas.

- ¡"Diálogo de la lengua";

¿Qué hacemos con el, hijos mío?...

Y todos nuevamente: ¡Al fuego; ; ¡Al fuego; ;

- ¡Pues, a el vas a chamuscarte, condenao?

Otro más, hermanos:

"Diálogo de Mercurio y Carón"

¿Dónde llevamos a este, queridos hermanos?

; ¡Al fuego; ; ; ¡Al fuego; ;

- Otro más. ¡"La Celestina"; Me queréis decir dónde metemos a ésta obra para que esté bien calentita la que es obra de judío y viene a corromper nuestra juventud?

; ¡Al fuego; ; ; ¡Al fuego; ;

- Otro más. ¿Veis qué cosecha de tizne y langosta tenía nuestro bachiller? Este se llama "Tratado de la libertad Cristiana" ¿Sabéis de quién es este alacrán? ¿No verdad? ¡Pues es de Lutero;

¿Dónde irá a parar éste Lucifer?...

; ¡Al fuego; ; ; ¡Al fuego; ;

Así se hizo, llegando hasta treinta títulos que

nosotros vamos a pasar por alto, pero que, aquel auditorio escuchó todos y, a todos le dió el mismo destino entre gritos y carcajadas: ¡Al fuego;

Medrano, que no pudo aguantar aquella parodia, acabó por desmayarse y tuvieron que llevarle a su celda con el conocimiento perdido. Así y todo, le pareció que más de cuatro beatas, le pedían al prior que, el hereje, al igual que sus libros, tenía que ir a parar a las llamas para "chumarrase",—que es un decir riojano.

Todas las campanas de España, en catedrales, iglesias y monasterios, han volteado a fiesta durante tres días. Se ha casado el príncipe Felipe, con la infanta María, de Portugal, hija del rey don Juan el Tercero.

Marchó el emperador a luchar en Europa contra el duque de Cleves, quien, unido a Enrique VIII, de Inglaterra, querían **combatir** a Francisco I, de Francia.

Dejó al mando del Estado, al príncipe Felipe, apoyado por el Ministro de la Guerra, el duque de Alba.

Estando en lucha su padre, fue cuando casó don Felipe, con la hija del rey portugués, aquella que llegó a Castilla después de subir Tajo arriba con un gran acompañamiento.

Acabado cruelmente, como es bien sabido, el partido de los Comuneros, el príncipe, se había rodeado de la más alta aristocracia española. Esto ocurría, el año en que moría olvidado, Hernán Cortés, en Castilleja de la Cuesta. ¿Cómo fue considerado el mejor conquistador que tuvo España, por el emperador, al regreso a su patria? Cosas nuestras; estas fueron y serán a pequeña y gran escala, desde siempre, las desgraciadas cosas nuestras para quienes destacan.

¿Qué fue ello en lo tocante a Cortés? Ni más ni menos, que no quererle recibir cuando le pedía audiencia.

Cortés no iba a pedirle ningún crédito a cuenta de nuevas aventuras. Acudía a reclamarle el mucho dinero que había gastado de su cuenta particular en armar algunas armadas que organizó para descubrir nuevas tierras que engrandecieran la corona, y, con ella, España. Reclamaba Cortés, que se pagaran los muchos pesos en oro que él invirtió, bien creído, de que le habían de ser reintegrados cuando lo solicitara. No le quiso recibir el emperador, y vuelve de Castilla decepcionado. ¡Triste país el de Hernán Cortés y el de tantos que le han llenado de gloria; Aburrido, asqueado ante tal proceder que jamás hubiera creído que podía repercutir contra él, aun sabiendo cómo se agradecen en el Estado y en la Corona los favores, un día decidió esperar a la comitiva del emperador, y, saliendo de incógnito, entre la gente que aplaudía el paso del emperador, se subió al estribo pensando: "Si no me has querido recibir, al menos, me tendrás que oír".

- ¿Quién sois vos? -le preguntó el prepotente César hispano.

- Soy un hombre, que os ha ganado más provincias, que ciudades heredásteis de vuestros padres y de vuestros abuelos. ¡Yo soy Hernán Cortés;

Los guardianes del emperador, los palafreneros, estiraron los largísimos látigos y le hicieron desmontar del estribo para que el intruso no molestara al emperador. Hemos de decir, lo

estimamos una obligación para dejar a cada cual en el puesto que le corresponde, que, tampoco Cortés fue trigo limpio. Que lo digan los indios. Que nos lo aclare Moctezuma y su sobrino Guahutemoc (Guatemozín). Que nos lo lea con su voz sin tapujos, el padre Las Casas.

Pero, bueno es entender, que, en ese tiempo, tampoco podía Hernán Cortés, ser una hermana de la Caridad. El no podía ser muy distinto a como lo eran todos aquellos poderosos oligarcas, militares y eclesiásticos de su época. Pero, sí ha quedado para la historia, que fue un gran capitán, un hombre inteligente, un admirable político y un corazón -dentro de lo que entonces podía exigirse- hasta generoso.

Ese año 1547, a la edad de sesenta y tres años, olvidado de todos, muere en Castilleja de la Cuesta, municipio en la provincia de Sevilla, Cortés, el conquistador que más quintales de oro -para mayor gloria de la corona- había enviado desde tierras de Indias. Ese mismo año y día, ha subido desde Logroño, al monasterio de Jesús, un enviado de la Inquisición, para detener a un religioso. Viene en un coche tirado por dos briosos caballos. Dentro del coche van dos esbirros de la orden. Llegado el clérigo al monasterio, pregunta por el padre prior. Se presenta Abundio Ramírez.

Colocados en el patio, muy cerca del pozo que adornaba un brocal esculpido en piedra, todo de un bloque, ^{piedra} que había sido traída de una loma próxima, comenzaron allí la conversación que vamos a citar:

- ¿Vos sois el prior de éste monasterio?

- Yo lo soy. Mandad qué es lo que deseáis, señor.

- Traigo orden para detener a un fraile que tenéis dentro de esta comunidad franciscana, y del que parece no cuidáis sus movimientos.
- ¿Aquí? ¿Detener a un fraile de esta mi comunidad?
- Parece que os extraña nuestra actitud, prior.
- Mucho. Me estáis sorprendiendo.
- Ha llegado a nuestro Tribunal Regional, una carta anónima, en la que se nos advierte, sobre un padre al que, por luterano y...y algo más que me niego a pronunciar, es preciso llevar al Tribunal de Logroño.
- Yo os digo, quien quiera que seáis, que no es un fraile, señor, sino sacerdote y que ya está indultado de todos sus cargos por orden superior del Santo Oficio.
- Terco sois, prior. ¿Es un fraile;
- ¿No me podéis dar su nombre?
- Si he de llevarle apresado, justo es que os lo diga. ¿No conocéis a Teobaldo Frías, prior?...
- ¿Teobaldo?... ¿Teobaldo...?
- ¿Es que no sabéis, o, pretendéis ignorarlo, que ha recibido del tontorrón y estúpido bachiller Medrano -que aquí le tenéis alojado y es un pobrecito luterano- sus enseñanzas y consejos?
- Que lo está aquí, es verdad,
- También es verdad que, ese frailecito, fue retirado de capellán de los monjas de Santa Clara ¿O me equivoco, prior? Es lo que se nos denuncia.
- También es verdad.

-Opinamos que tenéis al rebaño bajo vuestra vigilancia muy descuidado, y eso os puede acarrear no pocos dolores de cabeza, prior.

- ¿Tal creéis? Yo os digo que estoy con el más vigilante cuidado para defender la subsistencia y recta observación y conservación de los credos y antiguos privilegios, derechos y jurisdicción a que nos obliga el bendito y Santo Oficio, y que no he permitido nunca ;nunca; el atacar a la causa de Roma, ni a los dictados del Tribunal del Santo Oficio, y que, para mejora y buen provecho del alma, aceptamos desde nuestros Reyes Católicos.

- Todo eso está muy bien en teoría, pero, este monasterio languidece, se viene abajo, prior.

- ¿Eso me decís, cuando estoy tramitando el llevarle frente a la Puerta del Caño en Navarrete, donde se nos ha donado una grande y bien regada huerta, propiedad del señor duque de Nájera, nuestro benefactor?

- Yo no dudo que, en la parte material seáis activo, pero, abandonado está el convento en lo espiritual, y yo os digo, prior que, si no se cuida lo segundo mal se pueden hacer nuevas edificaciones. ¿Dónde tenéis a ese padre?

- Creo que está por la huerta.

- Llamadle con urgencia.

- ¿Os le vais a llevar?

- A eso he venido. Mirad éste documento.

Fueron caminando hasta la huerta, y le llamó el padre prior, para que se les acercara.

- ¿Qué deseáis, padre?

- Ha llegado visita de Logroño, y viene para que le acompañéis.

- ¿Me vienen a detener, padre prior...?
- ¿Veis, prior, cómo ya se lo suponía? Abreviad y veamos qué es lo que tenéis como lectura en vuestra celda. ; Alvaro, Alfonso, seguidle y hacéis una relación de cuanto allí tenga en libros y demás objetos extraños dentro de su celda;

No quiso despedirse Teobaldo, de Antonio de Medrano, porque, el viejo clérigo no se hallaba nada de bien desde que vio cómo se le quemaban los libros en una ceremonia horrible de soportar. Prefirió no decir nada y meterse en el coche que había llegado de la ciudad, para llevarle detenido como si fuese un criminal. Al cabo de una hora y media de camino estaba encerrado en una de las cárceles que tenía el obispado de Calahorra en la ciudad de Logroño. Teobaldo, había venido a caer dentro de las terribles garras de la Santa Inquisición.

AL día siguiente fue llamado a declarar ante un Tribunal formado por tres personas que se hallaban sentadas detrás de una mesa, y con máscara negra sobre la cara, Ignoraba si eran agustinos, dominicos o franciscanos, o, bien, del clero logroñés y calahorrano, ya que, de ambas localidades, e incluso de Santo Domingo de la Calzada, era titular la citada diócesis.

La guerra que aguantaba España en ese tiempo tapaba todas las otras debilidades, incluso las cometidas por el clero. Le importaba muy poco a la Santísima Inquisición, que los frailes fuesen pícaros, mujeriegos y mistificadores. Lo que más le preocupaba era el luteráalismo y erasmismo, ciega-

mente adquirido por los más cultos de las órdenes religiosas. Y es curioso lo que sobre estos hechos se suceden en los pueblos. Pongamos el oído en una bodega de la villa, donde hay varios amigos y, uno de ellos, el que había viajado más que los otros y tuvo relación con gentes muy valiosas, decía:

- ¡Escuchadme, joder, escuchadme, y miraide cómo están las cosas; Callaide y oir lo que sigue.

Hecho el silencio, cada cual con la patata asada en la mano, escucharon esto que "Leyes" -así se llamaba el viejo luchador por las Comunidades, leía:

"Juan Cruz Oliva Negral, que dixen dixen que se había edudao en la dotrina de Leuterio (Lutero) -ya creo que sabís quién este elemento-, sigo: "e que casaba monjas y frailes, haciendo con ellos fuerte vencejo." ¿Eh? ¿Eh? ¿Os enteráis?... Sigo: " Cuando le preguntaron los del Santo Tribunal, do venía el picaruelo, que se fue de soldado desharrapado e vino de sotanas, gustaba decir que avía estado por Italia y París de estadía. E que allí anduvo con muchas fulanas y menganas..." ¿Eh?...

- Oye, pues, como tú, Leyes, igual que tú.

- Claro que sí. Tenide pacencia y aguantaime la letura, ¡ coño; Bien se ve que no habís salido de estos pagos ni pa comprar burro ni mercar mujer. Leo, y leo porque lo sé, cosa que no sabís vosotros: " Cuando le preguntaban por el cabrón del emperador, dezía que estaba por Alemania, penando por convertir al descarriao Leuterio. Aseguraba Oliva, que, al Leuterio lo seguía mucha gente pero, que era un ereje" ¿Si eh?... Yo os digo a vosotros que ya me lo diréis a fin del siglo.

" Que, por aquellos pagos vio no pocos españoles y todos eran leuterianos, e que muchos dellos leían

libros de Leuterio y de un tal Espasmo, o algo así."

¿Habís entendido de qué trata la cosa, eh? Pues se trata de un tal Erasmo, que es un tío que se las sabe todas. Sigo.

- Joder, "Yeles", qué tabarra nos estás dando con esa letura o lo que sea.

- Esto es saber. A ver si aprendís. Sigue este papelucho diciendo "Que, por esos sitios andan los frailes con una mano armada de armas y de lo otro arma... -ya sabís ésto por donde va- de la otra, porque, aquella dotrina en mucho les favorece para el fornicio."

Aquí sí que dieron carcajadas todos los amigos, celebrando la ocurrencia del papel.

- Callar, que termino: "Que todos los frailes eran casados y que todos los españoles, en llegando que eran allá se pasaban de religión, porque la leuteria, entre otras cosas, decía que, el fornicio no es pecado, sino todo lo contrario."

¿Eh? ¿Eh? ¿Qué me decís?

- Pues yo te digo que, si como estamos los vemos mal, requetemal, si a los de sotanas les dejan hacer lo que quieran... ¡Ay madre; ¡Ay, madre la que armamos aquí;

- Nada. Nada, Pistolo, nada. Así viven en Uropa. Es que ya os lo he dicho: hay que salir por fuera de casa pa enterarse de cómo viven los demás, que aquí, ya os lo digo yo: sólo se saben hacer barriles, barreños y pucheros.

Nunca el poderío de España fue tan grande es verdad, pero, nunca estuvo más esclavizado

su pueblo, y es que no cabe disyuntiva. Cómo puede compaginarse el querer abarcar mucho y no agarrotar fuertemente con los dedos. Una nuez, una avellana, se sostiene con las yemas de los dedos. Veinte o treinta nueces no pueden mantenerse sin que se dispersen, salvo que se machaquen y ejerzan los dedos cual tenaza. ¿Y qué es la guerra para un pueblo sino tragedia, desamor, suicidio, irracionalidad, violencia, esclavitud y ruina?

Cuando se ha creado guerra, se elimina la pequeña ilusión por vivir, terminó la paz, la racionalidad, la libertad y, hasta ese mínimo amor que podemos dar al otro.

Hay quien cree, incluso se ha escrito por un filósofo, que, la única felicidad posible para el ser humano es la infidelidad. Quizá lleve razón, porque suponer que la felicidad como la paz es algo al alcance de la mano del hombre no deja de ser una auténtica utopía.

¿Es que no vemos, desde siempre, que las enfermedades, el hambre, la envidia, las ambiciones y la guerra, son el patrimonio eterno de la raza humana?

Nada hay más difícil para todo ser humano, que levantar la cabeza con dignidad y gritar ante un multitudinario auditorio, "que maldice a una sociedad que avanza corrupta y llena de sangre vertida de sus hermanos, sean del color y de la raza que sean".

España, estaba desangrándose fuera de sus fronteras y dentro de su redil, por el odio que se había sembrado con el exterminio de las Comunidades y el recrudecimiento de los procesos inquisitoriales. ¿Hasta cuándo pretendían hacer llegar aquel flagelo contra su pueblo? Nadie estaba en condiciones de poderlo aventurar. Si llevaban un siglo asustando y torturando al pueblo, igual podían seguir dos, o tres más.

Mientras tanto, en la pequeña y amurallada ciudad que era Logroño, donde aún estaban bien visibles las huellas del sitio que le impuso el ejército francés en 1521, y la gente recordaba aquella fastuosa visita que hizo el emperador, Carlos I con su esposa Isabel de Portugal, acompañados del duque de Alba, el almirante de Indias, don Diego Colón, el conde de Haro, el obispo de Badajoz, y otras grandes personalidades que oyeron misa en Santa María de Palacio, después de ser llevado don Carlos bajo palio, desde la puerta de San Francisco hasta la referida iglesia, llamada desde ese día, Imperial de Palacio.

Pues, allí, en el convento de Valcuerna, regentado por dominicos, estaba preso y aguantando las acusaciones el padre Teobaldo. Como se ha dicho, ignoraba quiénes eran los componentes de aquel Tribunal, colocado tras de una mesa con tapete negro y las insignias inquisitoriales al frente, en color amarillo. Podían ser, uno de los tres inquisidores que había en la ciudad, a más de un fiscal, un alguacil mayor, y tres secretarios. También sabía Teobaldo, lo **crecida** que estaba la doctrina luterana en Logroño, donde se decía que había más de doscientos sanbenitados, y no pocos que habían sufrido prisión, torturas y pérdida de sus bienes, y es que ^{en} Logroño, había hecho una gran campaña de captación, Carlos de Seso y su mujer Isabel de Castilla.

Logroño, contaba con una población muy

pobre, que estaba ansiosa de oír cualquier noticia que atentase contra aquellas autoridades eclesiásticas, hinchadas de poder, de dinero, pero... faltas de humildad y de caridad. Cualquier doctrina era buena para hacerles la guerra.

Sabido es cómo las comunidades religiosas se defienden de manera inteligente y activa para que no les falten productos del campo que siempre han sido sus grandes remediadores. Los frailes, cuando no rezan o se dedican a mendigar por los pueblos, se ocupan plenamente de la huerta, de donde sacan, como en San Francisco, patatas, alubias, habas, lechugas, cebollas, garbanzos, y, hasta aceite, de aquellos 68 olivos que les mantienen grandes y lustrosos desde que se fundó el monasterio. El aceite que sacan es suficiente para aguantar el año. En las cuadras tienen, una docena de cerdos, tres vacas, unas cabras, y gallinas. La subsistencia del convento que mantiene a doce frailes está asegurada, mucho más que la del San Juan de Acre, que, como sabemos le tienen en el centro de la vega, con más rica tierra, pero, con peores condiciones para el ganado.

San Juan de Acre es un monasterio de clase elevada. El convento de Jesús, por ser franciscano es más recoleto pero, más eficiente y económico. Pues, a ese monasterio, acude, casi a diario un hombre del pueblo que tiene ocho hijos y necesita ganar de vez en cuando algunos maravedíes o su equivalencia en comida. En el convento les poda los árboles, les hace las cien cántaras de vino, de una propiedad que tienen junto al camino de Entrena. Hoy, ha acudido Tunantón, para llevarles desde aquella viña, el cisco que les hizo la pasada sema-

na con los sarmientos que reunió de la poda.

Llevaba Tunantón, el burrito cargado con ocho sacos. No había hecho nada más que llegar al patio, cuando vio que de uno de los sacos, salía humo.

- ¡ Me cago en la hos...! ¡ La madre que me tiene que parir; ¡ Pues no no no... no se mea ...se se mea prendido un sa saco?... Ya me papa...parecía a mí que aquel caca caca , calenta ba más que lo normal;

Soltó precipitadamente los sacos, sin cesar de hablar por su cuenta, y eso que era "tarta". No pocos le llamaban "Tunantón, el Tarta", y era para diferenciarle, porque en la villa existía otro Tunantón, pero, al otro, le llamaban, "Carucha".

Separado el saco que llevaba dentro las ascuas, penetró corriendo en la iglesia a por un recipiente que sacó con agua, y la echaba sobre el cisco desparramado, al que no cesaba de pisotearlo con la abarcas de piel de macho. En ese baile estaba cuando salió el padre guardián, y, Medrano, acompañado de Teobaldo venían por el camino de Las Cruces, regresando al convento.

Los tres se detuvieron al ver el desparramo que había hecho Tunantón, y del agua que por el suelo se extendía poniéndolo todo negro. El padre guardián, que tenía pésimo carácter, le dice a Tunantón:

- Pero, pero, válgame la Virgen del Sagrario bendita...¿En qué estabas pensando Juanito, para meter el cisco sin estar apagado del todo? Mira,

¡Date cuenta qué cisco nos has liao aquí, encima de las losas del patio;

- ¡No pen...no pensaba en nada, cojones;

- Claro, así te pasan las cosas.

- Es que, esto, pa, papa papa... para que lo sepa el papa el papa padre guardián, es mumu... mu mucho malo, a ver si me entiende.

- Cuando quieres, qué rapidez pones en el hablar.

- Pues sí. Y y además de...delante de uno so so ¡So; ¡Coño; Si es que... que no qui qui quiqui, quiero hablar, vaya!

- Tira, tira y deja todo limpio como la patena.

- Como la papa... papa patena, eso si que no.

A puños lo estaba metiendo en el saco, una vez que lo apagó cuando sale nuevamente el fraile de la iglesia para recriminarle.

- ¿Sabes lo que has hecho, Tunantón, lo sabes? ¿Sabes que nos has dejado sin agua las pilas benditas?...

- ¿Y qué? ¿Qué coño quiere de...decir eso de ben... ben... benditas, si la he su susu subido yo hace una sese sesese, semana de río Antigua?

- ¿Y qué? ¿Y qué me dices con eso?

- ¡Que pueden ben bendecir toda la del E...E...Ebro;

- ¡Era bendita y nada más;

- Coco... co cocogida en la papa parada de la Poto... Potorro... Poto rrito, que yo la cogí, padre Juan Antonio.

- Lo que tú dices, ¡ay madre; cómo lo aumentas en disparates...

El fraile, con la cara vuelta, trataba de que el pobre hombre no le viera reirse.

- ¿No es mejor, apa apagar la sa sasa...saca, aunque sea con la pi...la pi... la picha, que no quemar to toto....todo el con convento? ¿Eh?

- ¡Sí hombre sí! ¡Sigue!

El fraile se fue y dejó a Tunantón, el marido de La Tetona, acabando de meter a puños, el cisco que había humedecido y que humeaba por causa del vapor que desprendía.

- ¿Qué te ha pasado, Juanito? -Le dijo Teobaldo.

- Na. Cosas del o... del oficio. Na. Buen día pa papa... pa para el paseo ¿eh?

- No está malo no.

Mirando Tunantón, El Tarta, al bachiller le dice muy decidido.

- Oiga... ¿En en entuavía si si sigue usted con el pe pepe peñazo encima las costillas, según veo, eh?

- Pues sí, pero, ahora, Tunante, es porque yo lo quiero.

- Ya... Ya lo sé, y hace mu, mu, muuu!! ¡Joder, si hago como mi vaca; Digo, que, hace mucho bien el quedase aquí... con con con estos...

- Eso he pensado. ¿Qué tal la familia Juanito?

- Mucho bien to todos. Llenos de mo, mocos y de hambre pero, mu, mu, mucho bien. Bueno, la la la Tete... la Teto...Tetona... la tengo con una meaja de cólico... pero ¡bah; nada, cosas de mumu... de mumumumu... mujeres.

Rieron los dos religiosos y Tunantón comenzó a meter el cisco en el cuchitril que, para ello tenían al fondo de las cuadras. Poco después pre-

paró arena y cal, para reparar un muro que estaba junto al fogón, el que, por exceso de calor se estaba todo resquebrajando.

- Padre Teobaldo. Ha llegado a este Convento, una grave denuncia sobre vos. Se os acusa de ser discípulo privilegiado de un renegado que allí lleva encerrado no pocos años y que no adjuró jamás de la doctrina luterana.

- El padre, Antonio de Medrano, es mi amigo, como lo debiera ser de toda aquella comunidad. Al no poder valerse por sí mismo, yo me presté a servirle de ayuda, obedeciendo a lo que nos enseña nuestra doctrina y el mismísimo Jesús.

Otro de aquel tribunal le dice:

- Se os acusa, de ser muy adentrado en lo que está reservado para el sexo opuesto, y ello, es motivo de crítica en el monasterio y en los pueblos comarcanos. Se ha denunciado que, incluso, os han encontrado acostado con el renegado y hereje bachiller Medrano.

Teobaldo no quiso contestar.

El que aquel triunvirato presidía, siguió diciendo:

- Aquí tenemos dos denuncias de padres navarretanos, llevadas al prior de aquella orden, sobre juegos de manos y otras obscenidades que el padre Teobaldo les obligó a soportar a los niños.

Teobaldo no quiso responder.

-... y, que ya no podéis acudir al convento de Santa Clara en Entrena, como capellán, por las habladurías

que habéis originado.

- ¿No es contradictorio esto último que se me ha dicho con lo anterior? Yo pregunto: ¿A qué puede este Tribunal atenerse de ambas acusaciones tan opuestas?.

- ;;A las dos;; ¡Por favor -dijo el que aquella mesa presidía-, por favor, aquí, el que pregunta es el Tribunal del Santo Oficio, y no el acusado;

Se hizo un grave silencio en la sala, que fue roto por quien allí presidía para decirle.

- ¿No es cierto, que, ese clérigo imbécil y torpón, llamado Antonio de Medrano, os ha facilitado libros prohibidos -más tarde quemados- y que con él mantenéis largas conversaciones, que son en contra de nuestra religión Católica, Apostólica y Romana?

Nuevo silencio por parte de Teobaldo.

- ¿No es cierto que, ambos religiosos, habéis acudido en varias ocasiones ante el señor duque de Nájera, para hacerle ver en qué penosa situación se encontraba el amado bachiller, y tratar, al mismo tiempo de inculcar al duque la perniciosa y destructora doctrina de Lutero?

Silencio por parte de Teobaldo.

- ; Sacadle de la sala, y obligadle a que diga cuanto sepa por los medios más duros que ante su ciega oposición a responder precise! ;A estos venidos de Aragón, tenemos que vigilarles muy de cerca; ;Fuera; ;Fuera de nuestra vista;;

Entre dos esbirros fue bajado a las mazmorras del convento de Valcuerna, donde estaban los calabozos y la horrible sala de torturas.

Necio fuera, llegado a este punto donde se producen detenciones y torturas, todas ellas, lamentablemente, invocando a Jesucristo que, como sabemos vino al mundo para predicar la paz y un mayor hermanamiento -necio fuera, decimos- hacer creer o entender que, estas tristes acciones sólo ocurrían en España. No no, España, nuestro país, era una nación más donde se cometían bruticies y siempre en nombre de la iglesia.

Si la iglesia estaba por todo Europa, justo había de ser que, en otras naciones, harían aquellos jercas del clero, exactamente lo mismo que venían haciendo los españoles. Dijo Juan de Valera, y sus razones tendría para ello, que, en España, fueron hasta casi benignos (¿...?) si se les comparaba con lo que se hacía en otras naciones. Y, aún nos asegura, que todos los judíos, moros y herejes quemados o castigados en España, durante los trescientos años que se ejerció el poder de la Inquisición, no igualan en número a las brujas quemadas vivas en Alemania, en sólo el siglo XVII.

En Francia, la siempre para nosotros culta y ejemplar Francia, no pasemos por alto que, en la noche de San Bartolomé, se hizo una masacre horrible, que pone en mejor posición -si ello es cierto- a la Inquisición española. Más aún, se ha escrito que, a Vanini, le arrancaron la lengua con unas tenazas.

Que, a Bruno, le quemaron vivo en Roma. Que, en Inglaterra ajusticiaron a Tomás Moro. Así fue.

Sabido tenemos que, toda religión llevada con

fanatismo, toda secta y, el propio racismo, como lo es todo fanatismo nacionalista, es cerril y, en no pocas ocasiones de la historia, criminal.

Cuando se analizan los crímenes y los grandes disparates que se han cometido por causa de las pasiones religiosas - e incluso lo podíamos decir en este mismo tiempo que vivimos, ahí están los países árabes en ⁿconstantⁿes guerras - podía caber pensar que, quienes las ordenaban hacer eran torpes, incultos, faltos de lo que significa razonamiento y humanismo. Pues, no señor. El alto clero español o europeo, era muy culto. Los inquisidores eran las figuras más destacadas intelectualmente dentro de la curia, y de su propia comunidad religiosa. ¿A qué obedecía, pues, semejante resentimiento y deseo de eliminar gentes y pensamientos que no aceptasen aquellos que ellos imponían? En primer lugar, a la dictadura tiránica de los coronados en la Casa de Austria. A su pésima administración. Al orgullo, ambición y soberbia que la presunta prosperidad de las clases altas de España, les llevó a la prepotencia, soñándose los aristócratas, igual que reyezuelos. Por otro lado, un clero cruel, que sólo obedecía a Roma, y que pretendió hacer pasar por su aro, a toda la población de cualquier clase social que fuera. Para conseguir tal imposición, no se detenía ni ante los mismos personajes de título nobiliario. El clero español, llegó a creerse que era el pueblo favorito de Dios y como tal procedía. Esto, ha pasado lamenta-

blemente en España, en pleno siglo XX, cuando hay una clase social que se subleva apoyando al ejército y, también se le suma el clero que bendice la rebelión una rebelión que viene -como la de las Comunidades- a cortar de raíz, las libertades del pueblo sencillo (año 1936- 1975) España, se decía, era el pueblo elegido por Dios. Esto pasó en 1939 con la Alemania de Hitler también. No es sólo un desastre lo ocurrido en siglos pasados. Ya hemos dicho que los pueblos carecen de memoria y así todo vuelve a repetirse. Aquí, en España, se confundió religión con egoísmo patriótico, y que sólo merecían estar gobernando el país, las tres fuerzas dominantes, que ya las hemos citados en otras ocasiones y que hoy mismo las vemos manejando los hilos del Estado: Ejército. Iglesia y Poder Económico o, la Banca. Todo esto, acarreó un atraso del que aún no nos hemos repuesto. Si la Inquisición se ha mantenido tres siglos, quizá hagan falta otros tres para salir del hondón a que nos llevaron los fanáticos religiosos y patriotiqueros.

Después de haber sufrido insultos y torturas el pobre Teobaldo, y viendo sus guardianes que corría grave peligro su vida, en el mismo coche que le bajaron días antes, fue subido otra vez, cuando la luna hacía de faro nocturno. Eran las primeras horas de la madrugada, cuando llegaron al monasterio de Jesús, y con el mayor silencio, le dejaron junto a la puerta del edificio, sin molestarse a llamar. Esta, era táctica de aquella justicia, táctica del avestruz pero ¿quién podía denunciar nada cuando ellos eran jueces y causantes de tales barbaridades?

A las siete de la mañana le vio el padre Gofí, "Olivillas", que, por ser cocinero, había salido fuera del edificio para entrar una gavilla de sarmiento que tenían sobre la vereda izquierda del camino. Cuando vio que, tendida en el suelo había una persona, se agachó y le descubrió para ver de quién se trataba. Al conocerle, penetró al patio gritando:

- ¡Padre Ramírez; ¡ ¡Padre Ramírez; ¡ Padre Castro; ¡ Todos, todos, acudid presto que, al padre Teobaldo, nos le han dejado tendido y muerto en la puerta; ¡ ¡ Ay, Dios mío, qué maleficio ha caído sobre este convento;

Todos los frailes corrieron de un lado para otro, hasta llegar a la puerta de entrada, los unos santiguándose y los más dando lamentos. No faltaba allí el traidor que hizo la anónima denuncia al tribunal, pero ¿quién era de ellos?...

En el suelo estaba el joven franciscano y poeta, que se había volcado en hacer bien al semejante durante ocho largos años y ello le costó aquel gracioso regalo.

-¡Vamos; ¡Vamos; ¡Entre cuatro, entrémosle a su celda; -dijo el padre prior.

El fraile, parecía más muerto que vivo. Fue el padre Julio Salvadórez, que, a más de buen botánico era un mucho curandero quien les dijo:

- El pulso aunque débil, le funciona.

Salió corriendo hacia la pequeña farmacia y volvió a la celda con dos frascos que según indicaban eran para reaccionar el corazón y,

el otro para calmar dolores.

- Padre prior, yo creo que, con dos que nos quedemos somos suficientes.

- Eso es. Nos vamos a quedar Salvadórez y yo. Los demás, id a la capilla de la Virgen del Buen Suceso y rezad para que Ella, defienda la vida de nuestro pobre hermano, que tan maltrecho nos le han subido desde Logroño. ¡Esperad! Hermanos en Cristo, creo que ya lo sabéis de sobra, pero, bueno es advertirlo: Aquí no ha pasado nada de lo que hemos visto. Mucho cuidado en decir dónde y cómo estaba éste pobre hombre. ¿Estamos de acuerdo?

Todos a una silenciaron su voz pero, asintieron.

Bien sabían, como lo sabía todo el pueblo español; aquellas frases que eran la realidad de un vivir con la boca sellada: "Con la justicia y la Inquisición, chitón";

Allí, estaban la injusticia, unida al clero "bueno"; "sabio" y "hermano", que cometía semejantes crueldades, pero, había que callarlo, lo imponía el terror de ser llevado ante el Tribunal, y, la vergüenza de llevar unas ropas que estaban obligadas a no hacer crítica de cuanto sentenciaran y castigaran los del Santo Oficio.

Cuando se quedaron solos los dos frailes, le quitaron la ropa para ver si había sufrido tortura. Efectivamente, sobre la espalda y el pecho, aparecían grandes huellas de los vergazos recibidos. Tenía grandes sombras como hematomas, posiblemente hechas con un objeto muy duro. Lo peor que le vieron fue en sus "partes", que eran como quemazones con algún hierro rojo, y lo mismo, pero, mucho más profundo en el ano.

- ¿Qué es esto, padre Salvadórez, pero qué le han hecho

a éste pobre padre?

- Al parecer, le han metido un cepo, le han arrastrado o le han podido colgar sobre un garfio.

- Pero, esto es terrible, Dios mío, esto es una vergüenza! ¡Ay, Señor, Señor... ¿con qué autoridad divina ni humana se hacen estos disparates? ¿No es esto una burla y un sadismo propio de las fieras y no de nuestras firmes creencias?

- Así es, padre, prior, así es. Esto es indigno. El Tribunal de Logroño, realiza procedimientos satánicos, y si todo está organizado así, de hoy en adelante me dará vergüenza llevar estas ropas.

-Y, sin embargo, debemos callarlo, porque ¿qué adelantariamos con hacer de esta canallada un bandò público? ¿Acaso no dice ya el pueblo, cuando se mete contra nuestras comunidades, mil y mil disparates? Pues, sólo faltaría presentarles en la plaza de la villa ésta víctima.

Miremos a ver cómo podemos **remediar** semejantes destrozos, padre Julio.

Salió el padre camino de la farmacia y llevó a la celda, donde yacía Teobaldo, nuevos unguentos, bálsamos y cicatrizantes, que el sabía sacar de las plantas y de las raíces.

Más grave que nunca se halla el viejo clérigo, que ya tiene 63 años cumplidos. Bien es verdad que hay frailes en el convento, con más años que él, pero nadie le gana en haber acumulado **injusticias**, cárceles, hambre y tor-

turas. El iluminado hijo de doña Toda y del letrado Pero Diez, les puede a todos en ser acaparador de torturas y desprecios. Y nada digamos de la situación que tiene sobre ruina económica. Quién le ha visto en su juventud y quién le vé en la decrepitud...

¡Ay, del hombre o mujer que ame y tenga que hacerlo a distancia, y, -como en su caso- siendo correspondido, no le dejen las circunstancias disfrutar de aquello que su cabeza y corazón, hora tras hora, se lo traen a la memoria. ¡Ay, de aquel que busca un mundo mejor y le reprimen sus ideales; Pobre de aquel que sirve de burla a no pocos del lugar donde vive, por inducimiento del que manda. Antonio de Medrano, con todo el pelo blanco, la piel arrugada y la espalda camino de formar ángulo recto buscando el suelo, llevaba varios días sin salir de la cama. Hací más de dos años que pudo marchar del convento allí donde quisiera, porque la escarcelación le había sido levantada para siempre, pero, si toda hacienda y propiedad de los suyos había perdido; si sólo tenía para sí el día y la noche; si ni padres ni hermanos vivían, y sólo podía ser estorbo -al no tener fortuna que heredar- ¿cómo acudir a la casa de un sobrino pidiendo asilo? Imposible. Aún le habían de achacar el haber arruinado a toda su familia por infelices veleidades modernas. Siendo esto así ¿Dónde podía estar mejor guardado que en aquel monasterio, que le había servido no pocos años de prisión? Le pidió al padre prior seguir allí como casa de recogimiento a su vejez, y, la orden franciscana, se lo permitió, sabiendo que, el gasto no había de ser muy prolongado, y si era molesto, ya se sabía que le apli-

carían, lo que siempre se decía en los pueblos cuando recibían a un anciano en las casas de reclusión, por no tener para el sustento: "El jicarazo", que era táctica que venía de muy antiguo y hasta se aplicaba en las casas reales cuando había que eliminar al que buscaba colocarse la corona encima: el veneno.

Antonio tiene unas décimas de fiebre, que le han aumentado tras de la muerte de su querido amigo y servidor, el padre Teobaldo. Y sueña... sueña cosas de su juventud... Está reconstruyendo aquello que vivió siendo estudiante en Salamanca y Valladolid. Revive en su afiebrada cabeza, las acciones con Francisca y el movimiento Comunero, del que él fue pieza importante en la Villa, y, hasta rehace todo aquello que ya tenía casi olvidado, pero, la mente que es un extraño almacén de vivencias se lo presenta vivo y diciéndolo a los vecinos: -"Toda España está enormemente disgustada, con este rey al que llaman Primero de España y Quinto de Alemania. Mientras tanto, Castilla sigue siendo olvidada y estamos metidos en la ruina. Aquel orgullo que traían los nuestros desde el reinado de Isabel y Fernando, y que abarcaba a Castilla, Aragón, León, Navarra y Cataluña, se está viendo muy claro que pasa a segundo lugar o, a tercero. Aquí, yo os digo que, de nada sirven las prerrogativas y fueros de que gozaban y que vienen desde siglos lejanos. Vamos, como una carreta sin retranca y

cuesta abajo. Pero, el rey, sí que cuenta con soldados, con los pobres soldados de estas regiones para hacer sus guerras allí donde le apetezca, y, como ahora es emperador, pues cuenta con oro a manos llenas para desparramarlo sin tino por donde quiera.

Es oro, que viene del otro lado de la mar oceana, enviado por nuestros pobres hombres que van allí a morir y no retornar jamás, pero, el emperador está bañándose con ese filón que de allí le traen. Yo os puedo asegurar, que no falta ya quien maldice este producto que nos trajo doña Juana, ya sabéis todos por quién digo: "La Loca." Aquella pobre mujer que casó con Felipe, "El Hermoso". Locos y hermosos acabaremos siendo todos, pero no por el rey ni sus vasallos jefes que el honor patrio les importa tanto como a mí la suela de estas sandalias. A mí, y, a muchos, creo que a todos vosotros también, nos está pareciendo que ya no somos ni españoles. Somos esclavos de una casa llamada de Austria, que ha venido para posesionarse de España.

Nuestras guerras con Francia y Alemania, por cosas valadíes, arruinan nuestras arcas, y nos hacer parecer ante otros estados europeos, gentes salvajes o imbéciles. ¿Sabéis cómo se remedian todos estos descalabros? Lo sabéis como yo: ¡Echando impuestos; ¿Qué hace don Carlos, el emperador, mientras tanto? No acudir a presidir las Cortes en Valencia, como desde siempre se ha venido haciendo. ¿Por qué? Porque tenía que viajar a Aquisgrán donde se hallaba su abuelo Maximiliano, de quien todos sabemos que está sin "blanca". Aquel es un fantoche que vive a nuestra costa. Yo

os digo, que no existe nación más desgraciada que la nuestra, y que esto no puede seguir así. Vivimos disparate tras disparate. Aquí, —os lo dice quien lo sabe,— parece que no manda nadie, desde que han venido a colocarse, amarrados a la corona, gentes de fuera a las que mucho les agrada nuestro rico trono!

— ¡¡ Sigue, sigue, Medrano; —le decían no pocos en aquella reunión y, el joven que, recién tenía acabada su carrera de bachiller, y mucho sabía del vivir en otras ciudades castellanas, les siguió diciendo:

— Francia, va toda unida como un solo hombre. Lo mismo hace Italia. Inglaterra, busca hacerse la dueña de los mares. No descubre tierras, pero, más hábiles que nosotros, cuando regresan las carabelas cargadas de oro, sale a los mares y nos roban aquello que tantas vidas ha costado. Aquí, todo aguantamos igual que cornudos y castrados.

Las arcas de España, os repito que se están despilfarrando en aventuras estériles, propias de locos. ¿Por qué? ¡Porque nos gobierna el hijo de una loca y de un fanfarrón austriaco.; Si el plantón es malo ¿qué fruto podemos esperar que salga?

Yo he venido de Valladolid, y sé cómo está aquello de caliente para salir el pueblo y decir ¡Basta; ¡Basta ya; Os voy a decir lo que pasa en la Corte: Han venido con el de Gante, unas cuadrillas de jefecillos hambrientos que, aquí, en su país, hacen poner a sus órdenes a todos nuestros grandes hombres porque cuentan con el favor del emperador. Ellos man-

mandan y ellos esquilman al pueblo. Como represalia, Segovia se ha crucificado a un procurador metido ^{en} entre dos criadores de puercos, al modo del Monte Calvario. ¿Qué se ha querido demostrar con esto? Que han metido al defensor de don Carlos entre dos ladrones, que es donde tenía que estar.

- ¡Bien hecho; ¡Muy bien hecho eso;

- Callad, callad, que esto debemos llevarlo con orden y en el mayor secreto, ya sabéis que aquí, tenemos al duque de Nájera, que es poderoso militar y fiel al emperador, por más que, quien la sustenta, está podrido desde el cogote hasta el calcañar. En Segovia, han aceptado, como jefe de la revuelta que se avecina, a un

tal Juan Bravo. Valladolid, piensa salir de un momento a otro con un acreditado caudillo. Toledo estará a las órdenes de Juan de Padilla. Salamanca, cuenta con Maldonado. Madrid, se oye decir que tiene a Zapata. ¿Sabéis qué son estos hombres que os he dicho?

¡Españoles de una pieza y nobles caballeros en la honra y en las armas; Mirando la moneda por el reverso

¿Sabéis quiénes nos mandan aquí? Yo os los digo: Gencillas alcahuetas y sin meollo, que nos han impuesto los forasteros. Mirad si no llevo razón: En Valladolid, han puesto a gobernar la ciudad a un vasallo del emperador, que ejerce de frenero, llamado Vera, que le conozco porque allí mucho he vivido. En Burgos, manda un pellejero. En Medina un tundidor. En León, un cerrajero. En Salamanca un librero, y, en Avila, un alférez. No son criticables por sus oficios, sino, porque son elementos al servicio de la trampa y del robo. Nosotros, no queremos ser gobernados por preben-

das, ni llenar nuestras bolsas con el oro robado! ¡Somos los del partido Comunero; ¡Somos los hombres del verdadero pueblo sufridor, y queremos ser gobernados por los mejores de nuestros patriotas españoles;¡

- ¡Sí señor;¡ ¡Muy bueno eso ;

Uno del pueblo dice con voz como salida del fondo de una bodega:

- ¿Puede un clérigo llevarnos a la rebelión?

- Claro que puede. Os digo que contamos con altas jerarquías del clero. Entre ellos, y que yo sepa: Obispos, canónigos, y abades. Tenemos, además, a casi toda la buena aristocracia de nuestra parte. Y pedimos -entre otras cosas que iréis conociendo- que, Castilla sea exenta y libre, como lo es Génova, Venecia, Florencia, Sena y, Luca. ¿Por qué aquellas tienen privilegios y a nosotros nos los han cortado? ¿Somos menos que aquellos? ¿Quieren que seamos burros de carga en favor de países lejanos?...

- ¡No;¡ ¡Eso, jamás lo permitiremos;

- ¿Y, a qué rey vamos a poner, Antonio? ¿Quién merecerá ser rey de estas tierras castellanas?

- Eso, ya lo veremos. Eso, se verá después.

Ahora, tenemos que salir a tirar del trono a este Carlos, que es, además de un descabezado, un pendón."

Antonio, se despertó. Se agarró la cabeza fuertemente porque parece que le podía explotar y se dio media vuelta para el otro lado, pero, poco consiguió, que su desazón cere-

bral, seguía viviendo aquellos años en que el bachiller había cumplido los treinta y cuatro, y estaba en plena vitalidad corpórea y con facultades como para darle en su tierra un vuelco a la religión y a la política. Era aquel tiempo en que mantenía correspondencia con los comuneros de fuera, cartas que pasaba a dos vecinos muy influyentes en la villa, y que le aconsejaron dejara hacer a ellos y que él, por su responsabilidad como beneficiado, le estaba mejor no darse a conocer ante muchos vecinos como principal jefe de la revuelta que se les venía encima. Además, lo que se avecinaba podía ser cosa de armas, y ellos algo sabían de ello por lo mucho que habían estado en el ejército.

Un día, fue dada la orden de salir a la calle con las armas que cada pueblo y vecino adipto a la causa tuviera. Muchas ciudades y pueblos se sublevaron.

- ¿Qué te parece, Antonio, que hagamos? Escucha.

Hemos pensado en salir camino de Nájera, aprovechando que el duque está allá con sus tropas, y tomarle la ciudad, que es el gran baluarte en esta zona.

- Me parece muy bien, Olarte, pero ¿Cuántos vais a ir?

- Treinta.

- ¿Treinta? Poco es eso. ¿Sabéis si van a salir también de Cenicero, Briones, San Asensio, Alesanco, Santo Domingo, Albelda y Logroño?

- No lo sabemos. Logroño, no se acaba de decidir. Logroño, es un pueblo que nunca acaba de aclararse y eso nos ha de costar grandes disgustos.

- Con el francés no lo dudó.

- Aquel era otro ganao... Cuando son cosas internas ¡ay, madre, qué poco me ffo yo de Logroño...;
- ¿Y los otros pueblos que os he dicho?
- Pues, pa decirte la verdá, nada sabemos. Allá cada cual, nosotros damos el paso y el que quiera salir, ya sabe lo que tiene que hacer.

Y se fueron camino de Nájera los treinta vecinos de la villa de Navarrete, con sus armas cortas y hasta con herramientas del trabajo. Allí, se les reunieron otros vecinos de Huércanos. Uruñuela, Alesón. Campovín. Matute, etc. También los de Nájera apoyaron la revuelta, pues estaban muy hartos de la casa Manrique de Lara.

Veía en sus devaneos, el viejo clérigo, cómo los Comuneros riojanos, toman las fortalezas que obedecían al duque. Primero, la que guardaba el puente, por si acudían fuerzas de Logroño a reconquistar la ciudad del duque. Después, conquistaron sin tirar dos tiros el Alcázar, que estaba a mitad de la loma, entre el poblado y la fortaleza de La Mota. No se rindió el Castillo, porque tenía fuerte artillería y le defendieron con ardor sus soldados, pero, La Mota, acabarían rindiéndose al no tener agua ni comida.

Los Comuneros, que eran el pueblo llano en su mayoría, y dentro de ellos había que contar a los artesanos, se han creído que ya son los dueños de La Rioja, como serán sus hermanos en rebelión en otras ciudades de Castilla, y se dedican a festejar aquella conquista haciendo hasta no pocos disparates, propios de un pueblo sublevado pero sin

una cabeza de mentalidad clara que sepa cómo llevarles y a la que obedezcan. Los Comuneros riojanos, estaban sueltos y haciendo una revolución sui géneris. Cuando se enteró de la rebelión el duque, regresó desde Pamplona con su ejército, y, conquistar Nájera, le duró menos tiempo que el canto de una alondra... En Nájera se dio la primera salida del pueblo comunero, y la primera derrota. Aquellos pobres quijotes, cayeron un año antes que los de Villalar.

Esta fue su mejor nota para llevarles a la historia de aquella época, y ello no es poco, por más que, los historiadores todos les han querido enterrar con el anonimato.

El bachiller, que está reconstruyendo todo esto, habla y grita en su celda, pero, el día está muy hermoso, los frailes de holgueta... y nadie le escucha.

Después, ve, cómo traen a Navarrete, en carros, los del ejército del duque, a los doce navarretanos que han fusilado junto a las tapias del Alcázar. El entierro de los humildes comuneros, se hizo en el más absoluto silencio, igual que una procesión de Semana Santa, llevando sobre los hombros los doce sepulcros de aquellos hombres que en la refriega, habían matado a los defensores del fuerte del puente, y saqueado ^{sas de} los que defendían al duque dentro de la Ciudad de Los Reyes.

De aquellas muertes como castigo a su rebelión, se enorgullecía el obispo de Burgos, Juan Rodríguez Fonseca, en carta enviada a Carlos I.

; Ah infeliz, y cómo debes estar achicharrándote allí en los infiernos; -decía el pobre Medrano.

Su afiebrada mente ha visto, después de este fracaso, cómo han traído a la villa, tiempo después, para que se le juzgue al obispo de Zamora, don Antonio de Acuña. ¡Pobre don Antonio! Acuña, defendía bravamente la ciudad de Toledo, tanto como en sus zonas, lo hacían Padilla, Bravo y Maldonado, pero, al caer aquellas, el obispo, tiene miedo, y decide salir huyendo de la Imperial ciudad. El obispo -¡ah, tiempos locos y de poca fe! - era capitán del ejército. ¿Quién podía entender semejantes disparates, poniendo a Cristo como bastión, cuando el hijo de María, era lo más negado contra la violencia? Acuña, teme ser detenido y va vestido con ropas de mendigo, pidiendo limosna por donde quiera que pasa.

Parece^{ve} huye, buscando Francia y, una vez allí llegar hasta Roma donde, el Papa, ha de saber entenderle. Pero... cuando está por tierras de La Rioja, en las riberas del río Iregua, jurisdicción de Villamediana, he ahí que le ha reconocido, no obstante ir bien disfrazado, el capitán Gonzalo de Oviedo, quien le detiene. El obispo niega todo cuanto le acusa el capitán, y, éste, aprovechando que está el duque de Nájera, en Navarrete, le trae para que don Juan Esteban le juzgue como merezca.

- Padre, Acuña, padre Acuña, soy el bachiller Medrano. ¿Es que no me reconocéis?...

- ¡Fuera; ¡Fuera este clérigo de aquí;

" Y me sacaron a empujones, aquellos hombres de la villa, quienes me querían muy mal. ¡Ah mal-

ditos;” Y sigue viendo cómo al Obispo guerrillero, le suben al fuerte navarretano, y allí está esperando el traslado hacia tierras más adipltas del emperador. Un día, atado de manos, le llevarán casi a rastras, camino de Simancas, donde su cuerpo será colgado durante días en las murallas de aquella Villa, para que todo el vecindario tome ejemplo y no se le ocurra, nunca más, tratar de ponerse en contra de su emperador. ¡Ojo al que tal intente hacer!”

- Padre Antonio...

- ¿Qué queréis?

- Os traigo esto para que lo toméis.

- ¿Quién lo ha preparado éste brevaje?

- El padre Salvadórez.

- Dile que se lo tome él, que yo no quiero nada!

- ¿Desconfiáis de su saber, padre Medrano?

- No por cierto, es que no quiero que nadie me arranque esta pocas miserias de vida que me van quedando como los posos del vaso de vino. No sabéis cómo se me pega a los débiles huesos para darme mayor tormento.

- ¿Queréis que lo pruebe yo antes?

- No. Andad, dejadme sólo. ¡Solo!

- Es un zumo, que ha preparado con flores de las olorosas plantas que se crían en Moncalvillo y en la Dehesa de Entrena, padre Medrano. Es muy rico. Yo ya veis que lo bebo.

- Dejadme en paz, padre Pérez, y salid a ver vuestras abejas. ¡Es que no quiero ver a nadie, a nadie! Solo quiero estar conmigo mismo y con mis devaneos. Si me habéis matado al pobre Teobaldo ¿qué coño preten-

déis ya de mí? ¡Fuera! ¡Fuera!;

- Siempre igual... Siempre igual... Genio y figura...

- Pues sí, hasta allí, sí señor, allí donde todo fina y pudre. Id preparándomela cuanto antes.

- Ya la tenéis hecha. Vos bien sabéis que eso está siempre dispuesto para que ningún padre se asuste y entienda que, la gñesa, es igual que la despensa, la capilla o su celda.

- Dejadme solo, os lo ruego.

- Quedad con Dios.

Murió a las cinco de la mañana el padre Teobaldo. No se podía esperar otra cosa. A las ocho de la mañana, cuando venía el alba, ha comenzado a tocar la campanita del monasterio. Cuando le han oído los vecinos que están con sus casitas humildes en el barrio de las Ollerías, que, por su altura es donde antes reciben el sonido han comentado en corrillos.

- Chicas ¿no es eso que se oye, tocar a muerto o qué...?

- Yo creo que sí, y yo creo que sí. Escuchaide, escuchaide.

La Justa, la Visi y la Taquia, hasta colocaron las orejas hacia Entrena, por ver si les llegaba mejor el tan, tan de la campanita que, lentamente se movía encajada en la espadaña de ladrillo.

- Pues paice que sí. Algún frailón de los cojones que la ha espichao... ¡Si se morirían todos ellos qué anchas nos dejaban, cojona, si no sirven pa ná;

- Y que lo digas, Taquia, y que lo digas. No sé yo pa qué sirven, y no sé yo pa qué sirven...

- Menos mal que, ahora, no se les ve meter a mujeres con ellos como hasta no hace muchos años. ¡Ay qué cosas le he oído decir al pobre de mi padre, en santa gloria esté;

- Meterlas o, metersen ellos en los conventos. ¿Es que no sabís que un tal Cisneros, que no sé yo qué era de estos sotanudos, tuvo que hacer un convento pa las vírgenes y otro pa las viudas, y poneles paredes más gordas que esas de ahí riba del castillo? Oye, que eso se sabe en todas partes.

- Eso eso, que yo también he oído algo sobre aquel hombre, que se llamaba Cisneros o Cilleros, o como coña se diga. Chica, aquel vivir de ésos... como los del monasterio de Jesús o los de San Juan, hasta vergüenza dá el decilo, porque paice que hasta a Dios atento...

- ¡Casa de putas, Taquia, talmente como casas de putas!
¡Ay, Virgen Santisma, y, luego, cuando estás mala, quien venir a recomendate el alma;... ¿Alma, eh? Pues vaya recomendación de los cojones que se nos ofrece...? Pues si que... Ya están bien majos todos ellos, ya...

- ¡ El sexto, Taquia, el sexto;

- ¿El sexto qué?...

- ¡El mandamiento, te digo;

- ¡Cojona, como que no lo dice la palabra: manda y miente; Pues si que... El sexto pa prohibilo pa los demás y ellos, campo libre pa sortiale dentro y fuera de sus tapias... Ya estamos buenos aquí, sí por cierto.

- ¿Y los que han aparecido muertos por los ríos y campos? ¿Es que no sabís eso? Pues está bien corrido...

- ¡Muertos de qué?

- ¿De qué hai ser?... ¡De los conventos de monjas; ¡Ay,

ay, si yo os contarà, hasta de esas de Entrena...y de las de Nájera y Casalarreina...! ¡Ay madre qué percales y qué percales... ¿Y las de Logroño? Mejor me callo, y, mejor me callo.

Pasaba por la calle de las Ollerías un hombre joven, con una carga de brezo y carrasca para el horno de Picatroncos, que era un alfarero que sabía hacer tinajes, barreños, orinales y cuencos.

- ¡Tino; ¿Sabes quién ha muerto allá, entre los mandilones de la estameña del monasterio?

- No me lo creais, pero, he oído que si es o no es el padre Teobaldo.

- ¿Tobaldo dices? -dijeron las tres mujeres. ¿Tan joven? ¡Pobre Tobaldo, y qué reguapo era;

- ¡Chica... Pero si dicen que era un maricón de aquí te espero...

- No lo sé, Justa, y no lo sé. Es que, estamos viviendo un tiempo que, vamos... La que no es puta, está empuñada, y el hombre guapo ¡hala; tiene que ser maricón. Oye... yo creo...

- No creas nada. El mío sabe mucho por lo que se dice -oye, que lo dicen los mismos frailes, eso pa por si acaso- y, dicen que, si es un medio mujer que le arregla todo al hereje de Medrano. Y que si está medio namorao del, ya ves tú. No pongas esa cara, que ello está bien corrido.

- ¿Es que no lo echaron del convento de Entrena por acostarse con las monjas, según se tiene dicho? Pues, chicas, ya no sé ni qué pensar de los hombres... ¿O es lo uno o será lo otro...?

- Virgen del Carmen bendita, si es que se dice cada cosa...

- Bueno, sea lo que sea o sería lo que sería...allá el. Según ha dicho el Agustín, parece que Tobaldo, es el que ha muerto.
- Así parece por el tocar que desde allá nos llega.
- Oye, -dice la Visi- ¿Os habís enterao que don Basilio, el "Cabezagorda", se encontró el sábado a don Julio Benítez, el beneficiado mayor, en la sacristía con la viuda de Oremus, la que va así, como una víctima a rezale al Cristo del Miserere?
- ¿De verdá es eso, Visi?
- Oye, que me lo ha contao el mismo sacristán. Dice que fue a entrar y cerrao... Llamó, y nada... Hasta que dijo dice: "¡Me planto y de ahí dentro tiene que salir el que tiene cerrao, y he oído hasta ruidos!"
- ¿Y cuando abrió la puerta, qué...?
- Pues que salió el beneficio... miró... y creía que no había nadie, pero ya estaba el sacristán y Cabezagorda esperando a ver quién salía de dentro, y va y le dice a la taimada: "Anda, ya pues salir que no hay nadie que te vea..." Y la vieron que, la viuda del Oremus, salía hasta arreglándose el moño. ¿Me querís decir qué había hecho pa revolvérselo? ¿Eh? Ya os digo que esto está podrido y bien que podrido, más que la oliva en el trujal.
- Oye, lo que nosotros decimos en casa: Hacen bien en traer otra dotrina de fuera que reforme esta, porque, hay que ver cómo está de corrompida, si, hasta gñele... y, además, ya lo sabemos que, ni en Dios creemos viendo el camino que ellos llevan.
- Bueno, eso...
- Aquí, los malos son los soldaos, que el Amo es bueno,

o nos dicen que lo es, que, eso, habrá que velo y habrá que velo, Taquia.

- Y, además, de verdad, pa qué vamos a decir otra cosa, cojona bendita, si estamos en eso más ciegos todos que los topos.

A las cinco de la tarde era la hora del entierro. Medio pueblo iba por el camino de Las Cruces, y el que, paralelo, lleva hasta Entrena, que, de uno a otro no hay más de trescientos metros de separación cerca del monasterio. Cuando la campanita dio las cinco, sacaron los frailes la caja del pobre Teobaldo, y la colocaron en el centro de la iglesia monacal. Pocas veces, se había visto aquella nave con tanta gente del pueblo. También se desplazaron a pie vecinos de Medrano, Entrena, Sojuela, Daroca, y Hornos de Moncalvillo, casi todas estas, aldeas dependientes de Navarrete. Muchos, muchos de aquellos pueblos conocían a Teobaldo, porque acudía a ellos para pedirles donaciones, y era, no se podía dudar, el fraile que más limosnas para el convento recaudaba, tanto por su simpatía, como por lo joven y guapo que era. Más de cuatro mozas se han quedado suspirando por el, cuando les ponía la mano y le daban un beso. ¿Qué a gusto se lo hubieran dado en la cara! Comenzó la ceremonia, ofrecida por los frailes: Guardían, Salvadórez y el prior. Los rostros de aquellas gentes que contemplaban la ceremonia, marcaban la incógnita en sus gestos, en sus cavilaciones y suposiciones: ¿De qué había muerto el padre Teobaldo? ¿Era verdad lo que decían los frailes que

le había dado un cólico miserere?... Si ya se sabía, -porque en el pueblo casi todo lo que pasa en esa comunidad se sabe,- que, días antes, le habían bajado preso a Logroño los del Santo Oficio ¿qué le habrá pasado al pobre fraile, que era tan amigo del hereje Medrano?

Allí había mucho misterio. ¿No le habrán obligado como al pobre bachiller a que adjure de las creencias hereéticas y destructoras, que llevan todos los herejes luteranos? Para los del Tribunal, todos aquellos metidos en tales creencias, eran "temerarios," "arrogantes," "hipócritas" y "soberbios". ¿Lo había sido también el pobre Teobaldo, y pagó con su vida aquella nueva devoción?

No faltaban sollozos. Muchas y, no pocos hombres, ni ponían atención en la ceremonia. Otros, miraban por todos los lados a ver si veían al clérigo, que allí estaba recluido tras de haber finalizado su condena.

¿Dónde estaba Antonio de Medrano?... En un lateral de la iglesia, había un crucifijo, tamaño mediano, pero, de buena factura, con sus clavos verdaderos, y, a sus lados, sobre paneles de terciopelo rojo, resplandecían decenas de corazones de metal; piernas colgadas de cadenitas metálicas, medallas, escapularios, rizos, trenzas, y mil chucherías que las devotas colocaban allí por creer que, aquel Cristo, al que llamaban de la Buena Muerte, les había aliviado y curado sus dolencias.

No pocas mujeres, al entrar o salir de la nave, se acercaban a la talla, que estaba sobre la pila del agua bendita, y le besaban los pies, que estaban sucios de la sangre vertida por el hierro que transpasó sus carnes.

Los hombres eran más reacios. Les gustaba menos que les vieran colocando ex-votos, e, incluso, rezándole,

La mujer ha nacido para ser más fiel a la mímica, de ahí que siempre ha de haber mejores actrices que actores. Terminada la misa, le llevaron los frailes al subsuelo, donde tenía su cementerio o pudridero, aquella comunidad franciscana.

El público, salió a la explanada, y, allí se hacían en cada corrillo los comentarios que requería el día y la ceremonia. Fue el párroco Funes, quien les dijo y no de muy buen modo.

- ¿Por qué no callamos los juicios que estáis vertiendo al tu tun...? ¿Quién sabe la verdad de tanto como se está diciendo o inventando?

El notario, que era hombre tirando a iluminado, le dice.

- ¿Por qué no se lo preguntamos al prior? Aquí, hay gato encerrado, y no estaría mal, digo yo, el darle libertad a la palabra verdadera...!

- ¡Le haya o no, eso es cosa de Dios. Sólo a El compete lo que corresponde, y ya sabemos que nadie lo burla, porque la verdad sólo es suya. Sólo el Señor, con su recto juicio y noble sabiduría sabrá poner la ley donde el fiel corresponda.

- ¡Ay, qué majo... pero qué majo es el clérigo

Funes!... ¡Ojalá; ¡Ojalá! Pero, si lo llevamos tan alto... y tan largo... ya me contará cuando pueda... ¿quién verá esos castigos;

- Lo que se dicte, no es cosa de este mundo.

- Ya. Ya. Aquí, como siempre, ya veo que sólo nos queda, señores, por decir: ¡Amen! Así que, lo decimos todos, y, hasta más ver, Hilaria...

Mal, muy mal estaba el padre Medrano.

Ni ánimo tenía para leer aquel libro que, días antes de su muerte le había dejado Teobaldo, para que le enjuiciara sus poesías, y que lo titulaba: "Reflexiones desde mi celda". Hace tiempo que, Antonio de Medrano, el bachiller navarretano, el hijo de doña Toda, el clérigo y beneficiado de aquella villa, sólo se ocupa del viaje sin regreso que tiene que emprender. En no pocas ocasiones, le venía diciendo el viejo hereje, al joven franciscano y amparador, Teobaldo:

- Hijo mío. Prepárame bien todo el equipaje que he de llevar, pues voy a emprender un largo viaje, un viaje mucho más largo, -interminable, - como no lo hizo jamás Cristobal Colón y los suyos.-

- Padre Antonio. ¿Cuántos años lleváis diciéndome lo mismo? Antes puedo morir yo.

- Pues claro que sí. Tú puedes morir, pero yo, es que no puedo vivir. Cada año, como ves, me sigo equivocando, pero, no por ello se aleja el riesgo, sino que le tengo más cerca. Desde que nacemos -o nos nacemos- sabes que todo el vivir tiene como final una pared, una mar oceánica, donde nos detienen el paso y nos alejan para siempre de este mundo egoísta, ambicioso, torturador y cainita que hemos conocido, dentro del que nos han permitido hacer algo, pero, siempre controlado, sin tener la libertad que tienen todas las aves y los peces, e, incluso, los animales salvajes.

- Vos, padre, habéis sido poco agraciado con la suerte en este juego donde se reparten premios o castigos.

- Tampoco sé, Teobaldo, si todo no ha sido, en parte, culpa mía, por no aceptar ser vasallo o res que obedece al pastor, te lleve como te lleve, te pegue como te
pegue.

Yo creo, hijo mío, que, el vivir de cada hombre es llevar consigo una derrota anticipada.

- ¿Y no es eso virtud?

- ¡ Ay, virtud, virtud...! ¿Qué es en esta perra vida virtud o maldición? Nunca he sabido definir qué es cada situación, y en qué actitud se debe estar en ciertos momentos con respecto a la autoridad terrenal, que es la conflictiva.

- Así es, padre. Sobre la otra, no caben dudas.

Yo os puedo asegurar, que os llevaréis el goce de haber sido repartidor de amor. Que habéis tratado de ser amparador de toda criatura humana, y que, como compensación, en poco o en nada se os ha correspondido.

- Sí. Eso sí. Mi alma se ha derramado hacia tres criaturas que han marcado mi áspero pedregal: Mi madre, Francisca, y vos, Teobaldo.

- ¡¡Oh! No os fijéis en mi, padre Antonio, que yo sólo hice prestaros mi mayor ayuda y teneros como maestro.

- Cariño el tuyo que yo sé no ha sido comprendido por muchos, pero, qué se puede hacer dentro de una sociedad en la que todo es envidia y resentimiento?

El que sólo sabe de odiar no puede entender que exista un corazón que se vuelque al hermano del que nada puede esperar. Yo te digo, Teobaldo, que somos la peor especie que Dios creó sobre esta tierra llena de amargura y de sangre vertida. Y que si no tuviésemos como gracia divina, el saber hablar y tener memoria, todo esto sería una gran selva, donde nos comeríamos los unos a los otros,

cosa que no hace el oso que habita en La Demanda, el lobo que está por estos pagos, el zorro, o el águila dentro de su especie.

- ¿Necesitáis algo más padre?

- Nada. Déjame ahí esos escritos que has compuesto en silencio, que yo te diré si encierran belleza y están hartos de amor y sabiduría.

Hacía cuatro días de aquella conversación y, Antonio de Medrano, el clérigo navarreteño, el culto humanista, ha juntado las manos como pidiendo perdón al Cristo que tiene sobre su cabecera y reza en silencio. La fatiga le crece. Un fuego interno le devora garganta y cerebro... Mirando dulcemente al crucificado, ha dejado de rezar y de ver el espacio de aquel cuchitril que, tantos años le tuvo como celda de castigo, y, después, como asilo para su miseria. Ya no veía porque una nube blanca le fue cegando los ojos, pero, sí oía, o, le parecía oír, que hasta él llegaba un lejano volteo de campanas que venía desde su Navarrete natal. Era el catorce de agosto del año mil e quinientos cuarenta y nueve. Era la hora del Ángelus y, en el pueblo, se disponían a celebrar las ferias y fiestas de Santa María de la Asunción y de San Roque, que son el quince y dieciseis de agosto. Las campanas de la nueva torre, estaban tocando ese año con más fuerza que nunca.

E P Í L O G O

No vamos a pretender demostrar que, en la zona de La Rioja, donde transcurren estas acciones del libro -unas veces históricas y las más de ellas noveladas- haya sido la que más sufrió el castigo de aquellas crueles situaciones inquisitoriales. Regiones hubo donde la represión fue mucho más sanguinaria. Y es que, aquellos fueron hechos que, vistos a distancia, horrorizan y ponen en tela de juicio -ya se hizo en su día- la bondad y conciencia de aquellos reyes que, tras de su muerte, acabaron llevándoles a los altares, y, a su nieto, nombrarle emperador, a más de puño fuerte del cristianismo.

Decía en un carta el abad del Monasterio de Nájera, y era fiel seguidor del César Carlos I, y comisario del ejército del duque de Borbón: "Es la cosa más misteriosa que jamás se vio" "Es sentencia de Dios; plegue a El que no se desdeñe contra los que lo hacen" (Contra los que presumían de pertenecer a los Tribunales del Santo Oficio) Y, he ahí que hemos sacado a Nájera en relación porque de allí salió preso para ir al Tribunal de la Inquisición de Logroño, el poeta más grande que dio La Rioja: Esteban Manuel de Villegas.

Mucho había escrito el nacido en Matute, los últimos días del año 1588, pero, en ningún libro aparece la más mínima crítica pa-

ra unas autoridades tan duras e inclementes, como venían ejerciendo el poder en España desde hacía dos siglos. Ni en sus cantinelas, ni en sus odas, elegías, sáficos o monostrofes, jamás se le fue la mano, que no fuese sino para cantar sus alegrías juveniles, sus requiebros hacia el arte, las bondades del vino -era buen riojano, de pura cepa- y para galantear a las mujeres. Villegas fue un gran poeta, ejemplar humanista, docto crítico y no desdeñado jurista. Salamanca le mejoró muy mucho aquella privilegiada inteligencia natural que le dieron los que no me cabe duda, eran primos de los padres de Quevedo. De aquella familia nacida en tierras de La Montaña, a principios del siglo XVI, los unos se fueron para Madrid, y otros primos Villegas se encaminaron hacia La Rioja, por temor a la Inquisición o buscando tierras de mejor provecho que los valles de Santander.

¿Por qué fue detenido en Nájera Villegas, el bautizado en Matute, iglesia de San Román, por el cura Juan de Dios Ximenez, al que pone por nombre Esteban, y lo hacen cuando el poeta tenía más de setenta años? Lo sabemos muy bien, porque escribimos su biografía el año 1969, coincidiendo con el Tercer Centenario de su muerte, en cuyo libro "El Cisne del Najerilla. Don Esteban Manuel de Villegas," hasta dimos a conocer por primera vez en su tierra, los rasgos de su caligrafía.

Villegas, estaba aburrido, asqueado de todo, resentido, contra una sociedad que no le entendía y hasta le menospreciaba. Habla

aquí y allá de todo lo divino y humano. El poeta tiene motivos para saber enjuiciar a su sociedad y los torpes estamentos que la componen. Aquel hombre, además, tiene talento y vivacidad dialéctica, lo que le hace tener por igual, algunos admiradores, però, muchos más detractores. Al cabo de los años se le ve por Nájera, empobrecido, cargado de dolores y de lutos, muchos lutos y desgarros lleva padecidos el celebrado autor de "Las Eróticas". ¿Qué le falta por sufrir? Tal vez la cárcel. No. Mejor, piensa alguien, será llevarle a un proceso y que sirva de tea humana, para divertimento de muchos en su propia tierra. "Todo se andará," dice el destino que, vestido de sotana...merodea por los altos cerros, hasta ayer artillados, de Malpica y La Mota. Existía en el monasterio de Santa María, la Real, de Nájera, que es precioso edificio monacal y panteón de reyes, príncipes, grandes caballeros y damas de Castilla, y Navarra, anticipo del Escorial- una magnífica biblioteca. Los eclesiásticos han sido las gentes más cultas hasta el siglo XIX, y, era lógico que ellos tuvieran las bibliotecas con sus valiosos códices, misales y ordenamientos religiosos. Allí, en la biblioteca, había un fraile que se las daba ¿cuándo no en ellos? de muy culto y, lo que era más cobardía, de amigo del poeta.

Villegas, creyéndole de buena fe aquella amistad con que le favorecía el fraile, hablaba y hablaba, pero, aquel de las ropas que ideara San Francisco -llamémosle sotanas en el decir del pueblo- que no le aguantaba tantos saberes y vanidad cultural, un día, se dio el gusto de denunciar a su amigo al Tribunal de la Inquisición de Logroño. Tuvo que pensar el pobre hombre... "Así no me apabullas más, infeliz bachiller, oscuro poeta, que has tenido que venir a Nájera por no tener calidad para residir en Madrid, como Lope de Vega, Quevedo, Góngora, Cervantes, los Argensola y muchos más. Yo, a tí, que te creer como aquéllos o mejor aún, te empapelo y después... ¡al quemadero con tus escritos!"

Y lo denunció. Pero, Villegas, ignorante de la denuncia del perverso franciscano, seguía acudiendo al único lugar -excepto el río Najerilla- que le apetecía acudir para charlar y comentar libros.

Hasta que, un día, el nacido en Matute, es detenido y metido en la cárcel. ¡Pobre don Esteban; ¡Pobre doña Antonia de Leyva, aquella que tenía dieciseis añitos cuando se casó con el poeta, que ya había cumplido los treinta y seis;

De Nájera le llevan a Logroño, apresado, para que escuche lo que tiene que decirle el Tribunal del Santo Oficio, ajustándose a la denuncia del frailazo.

Y le acusan de lo siguiente:

Primero.- De haber dicho que el libre albedrío no le había dado Dios al hombre para obrar mal, sino para obrar bien.

Segundo.- De haber igualmente dicho, que, el hombre, tenía libre albedrío para lo malo y no para lo bueno.

Tercero.- Que, contradiciéndole algunas personas sobre cosas de las que disputaba, dijo en muchas ocasiones, que las entendía mejor que San Agustín y que otros santos.

No vamos a citar los veintidos cargos para no apabullar al lector, y colocamos estos que son bien significativos y en los que se demuestra cómo Villegas, en el siglo XVII, era un hombre de mentalidad superior al común de los de su tiempo.

Cuarto.- De que estando en conversación con algunas personas en la dicha ciudad de Nájera, con ocasión de que una persona, su deudo estaba en peligro de muerte, había hecho testamento y dejado muchas misas para su alma dijo: Para qué era bueno dejar tantas misas, y que, el unguento, era bueno o era malo, porque, siendo bueno no se había de aplicar sino poco.

Quinto.- De que Dios quería que los hombres que eran demasiado pecadores, pecasen más para castigarlos, etc etc.

Doce.- De que, igualmente sustentaba que la simple fornicación en sí no era mala ni pecaminosa, sino por el precepto que la prohibía.

Catorce.- De que según decía, los apóstoles no tuvieron ciencia suficiente.

El castigo que le impone a Villegas aquel Tribunal, en el que era alta jerarquía don Juan de Fontanar, es un destierro de cuatro años, lejos de la ciudad de Madrid, de Nájera y de Logroño, ocho leguas en contorno.

Elige Villegas -no sabemos por qué- Santa María de Ribarredonda, en tierras de La Bureba, Burgos.

Allí está el pobre hombre, sólo y desesperado de un vivir que le ha venido tan esquinado. Al cabo de un año de castigo, lleno de soledad, de penurias y de años, escribe una carta (es la que publicamos su fotografía en el libro sobre su biografía) a los miembros del Tribunal, pidiendo clemencia para que pueda volver a su casa y terminar en ella sus días. El Tribunal accede a la petición y vuelve a Nájera donde se extinguirá su vivir el 3 de septiembre de 1669, a los ochenta años, y, ocho meses de edad.

"Si de mis ansias el amor supiste
tú que las quejas de mi voz llevaste,
oye, no temas, y a mi ninfa dile
dile que muero".

.....

Hemos tomado a Villegas como ejemplo, tanto por admiración hacia su obra y persona, cuanto por lo que de próximo a su lugar de nacimiento estoy residiendo, pero, ¿quién no sabe lo que padeció fray Luis de León en sus muchos años de cárcel? Y ya que citamos a fray Luis, bueno será entender que la Inquisición -que era la cúpula de la iglesia- aparte de buscar luteranos, brujas, hechiceros, echadores de

cartas, quirománticos, alumbrados, herejes, organizadores de aquelarres sabáticos, judíos y mahometanos, con los que más decidió cebarse fue contra los hombres que destacaban en las letras. Con sus odios y sadismo, demostraron que buscaban destruir las dotes imaginativas de todo el que tenía mente privilegiada y era capaz de escribir textos para que los leyese el pueblo. La iglesia fue, y aún le quedan ciertos resabios, enemiga de los hombres cultos, y, quien lo escribe tiene sus pequeños flagelos dictados por quien vestía sotanas.

Si tomamos a Llorente, podemos leer que la Inquisición atentó contra Juan de Avila y los siguientes nombres, que todos eran destacadas personalidades: El doctor Barriovero. Fray Hernando del Castillo. Fray Mancio del Corpus Cristi. Fray Luis de la Cruz. Juan Fernández. El jurista Gil González. Fray Juan de Ledesma. Fray Felipe de Meneses. Pedro de Mérida. Fray Juan de la Peña. Fray Ambrosio de Salazar. Fray Fernando de San Ambrosio. Fray Antonio de Santo Domingo. Fray Pedro de Sotomayor. Fray Francisco de Tordeillas. Fray Juan de Villagarcía. Clemente Sánchez de Bercial. Arcediano Francisco Sánchez. Francisco Sánchez, El Brocense. Luis de la Cadena, catedrático después de la Sorbona. Martín Martínez de Cantalapiedra, catedrático de Salamanca. Fray Bartolomé de Las

Casas, titulado Apóstol de Indias. Pablo de Céspedes. Fray José de Sigüenza, historiador. Enrique de Villena. Pedro de Osma, etc etc etc...y mil etc más. ¿Pero es que tuvo ciertos recelos para detener y enjuiciar al propio Ignacio de Loyola y a Teresa de Jesús? ¿Y los libros expurgados que dejaron rebajada la cultura española al límite?

¡ Ah, qué grave causa que el libro de un autor genial, por culpa de la censura clerical, se le llevara a figurar en el "INDEX LIBRORUM PROHIBITORUM ET EXPURGATORUM" ; ¿Pero, es que todo este "prohibitorium, no lo hemos vivido en España desde que Franco y sus generales derriban la República Segunda, y llega su Inquisición desde 1936 hasta que fallece el año 1975? ¿Es que Franco no era hermano gemelo de Felipe Segundo, de Carlos Primero y de los Reyes Católicos?

Para acabar y mejor informar a los lectores de esta sencilla obra -más sobrada de buenas intenciones que de ingenio- vamos a demostrarle cómo se las gastaba aquella inquisición en uno de sus grandes Autos de Fe, el más sonado que ha quedado para la historia.

Estaban presos grandes personajes, que eran augurio de fiesta grande, como ocurre con lo taurino, aunque no sea muy afortunado el ejemplo: Si hay buenos toros y famosos toreros, está garantizado el festival. Lo mismo ocurría en el circo de Roma cuando tenían en mazmorras destacadas figuras del cristianismo y poderosos leones para devorarlos. No falta escritor que ha dejado dicho que, estando en la cárcel don Agustín Cazalla, tras de reconocer su luteranismo

le dijo a uno de los esbirros que allí se crecía de su dominio sobre las víctimas que iban a ser sacrificadas: "Si hubiéseis retrasado cuatro meses más el perseguirnos, hubiésemos sido tantos como vosotros, y en seis meses, hubiésemos hecho con vosotros, lo mismo que ahora queréis hacer con nosotros". Dudamos que estas palabras seas salidas de Cazalla, pero, escritas están por otro autor.

Se alzaba el elevado tablado, lleno de suntuosidad en forma de Y griega en la Plaza Mayor de Valladolid. (La noticia es de Menéndez y Pelayo)

El nos dice que la tomó de fray Antonio de la Carrera, y que fue confirmada por Luis Zapata).

El frente, daba a las Casas Consistoriales, la espalda al monasterio de San Francisco. Gradadas, en forma circular para los presentes, a modo de plaza de toros, para ser más exactos.

Un púlpito, para que de uno en uno, oyesen la sentencia. Otro púlpito enfrente, para el predicador. Una valla o palenque -como se hace para el ganado mayor- de madera, de doce pies de ancho que, desde las cárceles de la Inquisición protegía el camino hasta la Plaza. Un tablado más bajo en forma triangular estaba destinado para los Ministros del Santo Oficio. En los corredores de las Casas Consistoriales, prevenidos asientos para la Infanta Gobernadora, y el Príncipe don Carlos, también para sus damas y servidumbre; los del Consejo, Chancillería y grandes señores. Finalmente, más de doscientos tablados para los curiosos que acupa-

ban aquellos asientos desde horas antes y pagaron por ellos doce, trece y, hasta veinte reales. Cuentan que hicieron gran negocio los de la reventa de localidades. ¿No es lo que ocurre desde siempre con los grandes festejos taurinos?

Los que no pudieron acomodarse, como ocurre en las corridas de los pueblos rurales, se encaramaron a los tejados y ventanas. Claro que, como el calor era grande, se defendían de los rayos solares como buenamente podían colocándose pañuelos sobre la cabeza o escondiendo aquella del modo más hábil que le fuera posible. Desde la víspera, se cuidaba por gente armada para que no se hiciesen atentados, que podían llegar hasta a quemar todo aquel tinglado de madera, y que ya se había intentado dos noches antes.

Se echó un pregón prohibiendo andar a caballo, y menos, llevar armas mientras durase el acto, mejor le llamaremos Auto. Castilla entera, Andalucía y Extremadura, se despoblaron para acudir a tan famosa solemnidad. Posadas, mesones y aldeas próximas a Valladolid, cobijaban esa noche a los desplazados desde los más alejados lugares. Se calcula que hubo más de doscientas mil almas. Unas dos mil personas velaban en la plaza, al resplandor de hachas y luminarias. A la una, comenzó a decirse misa en iglesias y monasterios, y no eran las cinco de la mañana, cuando aparecieron en el Consistorio, la Princesa doña Juana y el Príncipe don Carlos, aquel que había de ser heredero del trono y se le tituló "Jeromín". Les acompañaba el Condestable de Castilla, el

Almirante, y toda la alta aristocracia obediente al Santo Oficio. Antes del día de esta macabra ceremonia, se les había dado a todos el último tormento o, tortura por mejor decir, entre otros a Carlos de Seso, a Domingo de Rojas y, al arzobispo Carranza.

Era el día del trágico Auto, domingo y día de la Trinidad, 21 de mayo de 1559. Se ha dicho desde siempre que, el Día de la Santísima Trinidad, es tan grande fiesta que ni los pájaros se dedican a hacer su nido. Los del "festival" de Valladolid, eran distintos "pájaros," peor que los carroñeros.

Todo estaba previsto, en este país, parece que, desde siempre, existió un gran director de puesta en escena, y, así, llegada su hora, comenzaron a desfilar entre aplausos de aquel enfervorizado auditorio que gozaba el ver quemar a sus hermanos, como en 1936 se sabe que acudían por las noches para presenciar los fusilamientos como si se tratara de una verbena vallisoletana. Por las calles de Valladolid va la Guardia Real abriendo camino. Detrás, van los de a caballo, con no poco aparato de pífanos y tambores. El pueblo por mitad se asusta y, los otros, gozan del espectáculo. A estos últimos precedía el Consejo de Castilla y los Grandes del Reino. A seguido, las damas de la Princesa, ricamente ataviadas, pero, eso sí, el acto lo requería: iban todos y todas de luto riguroso. Delante de los príncipes, venían los maceros, cuatro reyes de armas,

vestidos con dalmáticas de terciopelo carmesí. Detrás de aquellos, el conde de Buendía, con el estoque desnudo, igual que lo hace hoy un diestro en cuanto ve al toro cuadrado y debe tirarse a matar. Todos, todos, han llegado lentamente hasta la Plaza Mayor.

Después de colocados los que presidían aquella tris-tísima ceremonia en sus palcos oficiales -sólo faltaba la arena y los burladeros- comenzó el desfile, compuesto por la procesión de penitenciados con su pen-dón de damasco, en el que destacaba una gran cruz de oro. Era llevado por el Fiscal del Santo Oficio, Je-rónimo Ramírez.

En el tablado, todo recubier-to de paños negros, se colocó la cruz de la parroquia del Salvador, cubierta de luto, como en un Viernes Santo. Treinta eran los penitentes. Todos lle-vaban velas y cruces verdes. Trece de ellos corozas.

Herreruelo, mordaza, por si se le antojaba insul-tar a las autoridades. Los demás, sanbenitos y cande-las en las manos. Les acompañaban, sesenta fami-liares. El público comenzó a rezar a coro por los que iban a morir. Inició la fiesta Melchor Cano, con un sermón propio del insigne dominico. ¿Cuánto duró? ¡Una hora! ¡Ah, qué martirio de sermón y, pa-rra qué, para qué...?

Acabado el sermón, el ar-zobispo Valdés, acompañado del inquisidor Francisco Vaca y de un secretario, se acercó a los príncipes y les hizo jurar sobre la cruz y el misal que: "defen-dían con su poder y vidas, la fe católica y la con-servación y aumento de ella, y que perseguirían a los herejes, apóstatas, enemigos de ella, etc etc".

Allí estaba la prueba... como para dudarlo.

¡¡Sí juramos!! Contestaron los príncipes y a seguido se comenzaron a leer las sentencias que fueron por este orden:

El doctor Agustín Cazalla, el que fuera capellán de Carlos I, el emperador, fue castigado a degradación y entrega al brazo secular, que quería decir -ni más ni menos- que a sufrir la muerte en el fuego.

Doña Beatriz de Vibero, beata, hermana de Cazalla, confiscación de bienes y entrega al brazo secular ;al fuego;.

Juan de Vibero, hermano de Cazalla, confiscación de bienes, cárcel y sambenito perpetuo, con obligación de comulgar en las tres Pascuas del año.

Constanza de Vibero, hermana de Cazalla, viuda de Hernando Ortiz, cárcel y sambenito perpetuos.

La madre de Cazalla, doña Leonor de Vibero, que había muerto años antes, pero, eso ¿qué importaba para quien obedecía al dictado de Dios? Se mandó desenterrar y quemar sus huesos, los que yacían en el monasterio de San Benito. También, mandaron derrocar y asolar sus casas, donde se habían tenido las reuniones clandestinas, y acudió, entre otros, Francisca Hernández y Antonio de Medrano.

Degradación, para el clérigo y maestro de Palencia, Alonso Pérez.

Cazalla, quiso hablarle a la Princesa, pero no se le permitió,

Francisca de Zúñiga, beata, hija del licen-

ciado, Baeza, cárcel y hábitos perpetuos.

Don Pedro Sarmiento, comendador de Alcántara, y que era pariente del Almirante, pero, que apartó la cara para no verle, fue privado del hábito y encomienda, sujeto a cárcel y sanbenitos perpetuos, con obligación de oír misa y sermón, todos los domingos. Se le vedó de usar sedas, oro, plata, caballos y joyas.

No queremos fatigar con los castigos pero, muy parecidos a los ya anunciados, fueron, los de doña Mencía de Figueroa, Luis de Rojas, marqués de Poza.

Ana Enríquez, hija del marqués de Alcañices. Juan de Ulloa. María de Rojas, hija del marqués de Poza, monja de Santa Catalina de Sena. Juana de Silva. Antón Domínguez. Juan García. Antón Asel. Cristobal de Ocampo. Leonor de Toro. Gabriel de Cuadra. Francisco Padilla Herrezuelo. Catalina Román. Isabel de Estrada y Juana Velázquez, vecinos de Pedrosa. Catalina Ortega, hija del fiscal Hernando Díaz y mujer del capitán Loaysa. El licenciado Herrera y un portugués llamado Gonzalo Vaez.

A las cuatro de la tarde, acabó el Auto.

Los relajados al brazo secular caminaron hacia la Puerta del Campo, junto a la cual había enclavados cinco maderos con cinco argollas para, allí, proceder a quemarlos.

Cazalla, iba predicando a la muchedumbre por todo el camino. Todos, menos Herrezuelo, quisieron arrepentirse de sus anteriores actos. En vista de sus retractaciones -haciéndoles un honor los directores de aquel macabro espectáculo- se les permitió ser primero agarrotados y, después, convertidos sus

cuerpos en teas y cenizas. Sólo Herrezuelo se dejó quemar vivo, con la mayor valentía que jamás se vio. No le dejaron hablar ni blasfemar, porque llevaba una mordaza en la lengua -¿...?- pero, jamás se dolió de ella ni del fuego, y, permaneció duro e impasible para que no se riera nadie de su dolor, que era lo que todos buscaban para celebrarlo a carcajadas. Ponía espanto mirarle a su rostro.

Fueron quemados: Cazalla. Herrezuelo. Cristobal de Ocampo. Beatriz de Vibero y Cristobal de Padilla.

El ocho de octubre de aquel año 1559, muere en otro Auto de Fe, siempre con los mismos preparativos y juramentos de los príncipes:

Carlos de Seso, que allí tenía también su vivienda, y Juan Sánchez. Ambos pidieron que les quemasen vivos. Carlos de Seso, dijo antes de ser quemado unos testimoniales juicios en estas frases: "Si yo tuviera salud y tiempo, yo os mostraría cómo os vais al infierno todos los que no hacéis lo que yo hago. Llegue ya ese tormento que me hacéis dar".

Juan Sánchez, se soltó de la argolla a medio quemar y fue saltando pidiendo misericordia. Los diez reos siguientes, incluido el cura Domingo Sánchez, nacido en Villamediana de Iregua, pueblo donde tenía vivienda como sabemos Carlos de Seso, y que de éste recibió la nueva doctrina, fueron, como los del Auto anterior, destinados a cárceles y

sambenitos, y demás castigos a que les obligaban aquellos terroríficos tribunales.

Simplemente, como datos que ofrecer al curioso que dude de estos hechos, aquí novelados, le diremos que los quemados en esos siglos por la Santa Inquisición, fueron 31, 912. Que los quemados en efigie y sacados sus restos de los enterramientos, fueron 17.659. y que el total de penas aplicadas, graves, leves y menos leves, sumaron 342,522, y estas, solamente en España, que no se han tomado los castigos hechos por los representantes de la Inquisición española en Méjico, Lima, Cartagena de Indias, Sicilia, Cerdeña, Orán, Malta, etc etc, con lo cual, sumados todos los de Indias, habían de hacer mucho más elevada esta cifra.

He aquí un testimonio más de aquellos Siglos de Oro, que tanto nos han encumbrado a los nacidos en España, pero, he ahí también, este triste y vergonzoso espectáculo ofrecido por los religiosos y que hasta hoy nos ha llenado, generación tras generación de vergüenza. ¡Ojalá que, para bien de todos, nunca jamás se repitan los segundos, y se renueven con más vitalidad si es posible, los primeros.

F I N

...

INDICE GENERAL DE MIS OBRAS

T E A T R O

Desde el año 1933 hasta 1988

- 1 El temerario Anacleto.
- 2 En el jardín de las azucenas. 1938
- 3 El tonto de... ¿de qué? 1938
- 4 Antes muerta que en tus manos 1938
- 5 Las nietas de Caín (Estrenada en el frente
(de guerra 1938
- 6 Amor indómito
- 7 Por un mal camino.
- 8 La hija del molinero.
- 9 La zagala.
- 10 Esto paice un manicomio... 1939 Escrita
en Cartagena. Estrenada en Navarrete
por mi Conjunto Teatral. 1940
- 11 Mandas tú o mando yo. 1941
- 12 En el banquillo de los acusados. 1942
- 13 Diana "La cristiana" 1942 EDITADA
Estrenada en Navarrete y en algunos otros
pueblos de la provincia.
- 14 Amaya (Adaptación de la novela de Navarro
Villoslada)
- 15 Las joyas de la condesa (Estrenada por una
compañía y llevada por todo España
año 1945.
- 16 No te afrijas Catalina. Editada 1946
- 17 El señorito. (Estrenada y editada 1946
- 18 Como una madre (Estrenada y editada 1947.
- 19 Remordimiento 1947
- 20 Don Severísimo. (Estrenada 1947

- 21 Apolinar tiene gota. (Estrenada . Juguete)
- 22 Con el silencio sobre los hombres 1948.
- 23 El Condestable. (Estrenada y editada) 1948
- 24 Peor que **las fieras** 1948
- 25 Con el nombre de Dios en los labios... 1948
- 26 El último recluta. (Juguete estrenado en Buenos Aires.1950)
- 27 Orgullo de raza. 1950
- 28 Quién te ha visto... y quién te ve... 1950
- 29 Vaya un tío con suerte.
- 30 ...y llegó la paz.
- 31 La noche de San Silvestre.
- 32 San Millán de la Cogolla.
- 33 La Virgen del roble.
- 34 La vida color de rosa.
- 35 Palabras blancas.
- 36 Cuando el diablo tira de la manta. (Adaptación de Carlos Foglia sobre mi obra Don Severísimo)
- 37 Sólo para gente honrada.
- 38 Mi mujer es un veneno.
- 39 Fantasía Española. (Libro para revista. Estrenada en Buenos Aires. Música de Luciano Gastón)
- 40 Usted manda... míster. (Estrenada en Buenos Aires)
- 41 Esta noche se arma (Libro para zarzuela. Música de Agustín Ruiz Blasco)

- 42 El bobalicón. (Estrenada en Buenos Aires)
- 43 San Telmo Azul. (Libro para zarzuela, que llevó a Madrid Moreno Torroba para ponerle música a una zarzuela con tema de Buenos Aires.)
- 44 Numancia **Heróica**.
- 45 Maridito ¿por qué me dejas?...
- 46 La ciudad doliente.
- 47 **R U C A M A R Á**. (Tragedia estrenada en el Teatro Avenida de Buenos Aires.)
- 48 El pan del año. (Comedia estrenada en Buenos Aires) Editada.
- 49 Tierra sedienta. Editada.
- 50 Los incomprensidos.
- 51 Y vendrán falsos pastores.
- 52 Llanto por una confrontación.
- 53 El Judas. (Confesión pública, después) Estrenada en Madrid 1967. Méjico. Perú. Bolivia. Portugal etc.
- 54 Tiempos sin alma.
- 55 Testigo de una pasión. (**Histórica**. Editada)
- 56 La gloria de Don Ramiro. (Adaptación de la novela de E. Larreta, para el canal 9 de Televisión Argentina)
- 57 La última invasión.
- 58 **Episodios** reales.

- 59 El apocalipsis de los dioses. (Monólogo para Lola Membrives)
- 60 Logroño no se rinde. (Música de César Oliván)
- 61 Liberame dómine.
- 62 Y nunca más la veamos.
- 63 Alabado sea Dios... (Bocadillo teatral)
- 64 La motorización ""
- 65 Un juez del uso medieval.
- 66 El último alcalde del Imperio.
- 67 El último conde
- 68 Máscaras y corrupciones.
- 69 El Cruel.
- 70 Alonso Quijano "El bueno".
- 71 Que la historia nos juzgue.
- 72 Aquelarre.
- 73 El obispo comunero.
- 74 La amansadora.
- 76 El gólgota vasco.
- 77 Un pueblo con complejo.
- 78 Una chica difícil. (Juguete)
- 79 Un tipo fuera de serie.
- 80 Llamadla como queráis.
- 81 Villaviudas de Vallhondo.

- 82 Los dioses se han fatigado.
- 83 Typical Spanich.
- 84 Anteo y Cloride.
- 85 La gran mascarada. (Estrenada en Madrid, por la artista argentina, Amelia Altabás)
- 86 La libertad encadena. (Finalista en el Premio Lope de Vega)
- 87 El canto y el cuento.
- 88 El cárabo del Cuberco. (Monólogo)
- 89 Las claudicaciones.
- 90 Farsa del hombre topo.
- 91 La última invasión.
- 92 Ceres y Baco buscan sindicato.
- 93 Cueva de topos.
- 94 Retablo najerillense.
- 95 Espejo para dictadores.
- 96 Retablo histórico navarreteño.
- 97 Con ese hombre no me caso. (Estrenada en 1945 y editada)
- 98 Nájera en sueños reales.
- 99 El legado del indiano. (Libro para zarzuela)
- 100 Ensayo general.
- 101 Los dioses se han fatigado.

- 244
- 102 La transición entra en casa.
- 103 Amores en clausura.
- 104 Sucedió en España. (Monólogo sobre la guerra civil)
- 105 Homenaje.
- 106 Cuando España es un dolor.
- 107 Sonatina en "re", de Rioja.
- 108 Los pardillos.
- 109 Proceso a cinco maestros.

110 Vida, pasión y muerte del general Zurbano

- 111 Fruto amargo o Los marginados.
- 112 LOS GEMOS NUNCA MUEREN
- 113 LOS ESCRITORES TAMBIEN LLORAN
- 114 MAJERA EN SUS MOMENTOS ESTELARES
- 115 ALI BABA Y LOS LILIPUTIENSES
- 116 LAS "LIBERADAS" (MONÓLOGO)
- 117 COMEDIA DEL MADRUGA
- 118 EL SERPENTE NACIONAL
- 121 LOS MULATAS PARA LOS HERMANOS
- EL PROFETA NOVELA

119 TIEMPOS DIFICILES
 120 VINO RIOJANA EN LA CORTE DE FELIPE IV
 121 ¡VAL-NONDO MULETO!
 122 EL APO TERRIBLE
 123 LOS ESCRITORES TAMBIEN LLORAN
 124 HOY ES AVER ZADOUVO
 125 YO SOY EL CARRISADO
 126 EL EXOPO

FALTAN

- 1 Navarrete árabe. (1934) Buenos Aires.
- 2 El Caballero de Calatrava. (Prólogo de Federico de Onís 1951)
- 3 Cinco veces diez en el tiempo.
- 4 Tempestad de pasiones.
- 5 Tragicomedia de Tiago Hernáez. (Novela corta. Finalista en el Premio Café Gijón. Madrid)
- 6 Tiago Hernáez. (Novela. Finalista en el Premio Alfaguara. 1972) Editada
- 7 Morir en primavera.

- 8 Notaría de un tiempo amargo.
- 9 Siete días entre los Berones.
- 10 El último evangelio.
- 11 Pascasio y Vinagre. (Editada 1980) 2 Ediciones.
- 12 La saga maldita de los Torquemada.
- 13 Concierto de tocata y cornamusa.
- 14 Revuelto sigue el muelo.
- 15 Vinagre cabalga solo.
- 16 Ajuste de cuentas. (Mequetrefes, Monstruos Enanos) *(FINALISTA ENFERE 328 LIBROS EN EL PREMIO NADAL 1996)*
- 17 Los genes no creen en Dios.
- 18 Perseguidos como alimañas. (Tema guerra civil en La Rioja)
- 19 Autos. Sotanas y menganas. *(1988 ENERO)*
- 20 DELIRIOS Y VIVENCIAS DE LOS CONQUISTADORES
- 21 EN BUSCA DE CIPANGO Y CATAY.
- 22 ORDENO MANDO Y EXITO!
- 23 DOS PICAROS POR LA RUTA SAGREDA
- 24 LOS INDIANOS
- 25 REQUIEN POR LOS CORCUETOS
- 26 EL CLAY INDO-IBERO DE RUTA ROTIZA

HISTORIA

*FALTA UN
EL SEÑOR DUQUE
CUANDO EL AMOR ES
LOCURA
e r.*

- 1 La Villa de Navarrete. Corcuetos. (Editada)
- 2 Guía Artística Ilustrada de Navarrete. "
- 3 El valle encantado de Tobía. (Editada)
- 4 Ruta mística de la lengua castellana.
Finalista Premio Everest 1977
- 5 El Cisne del Najerilla. Don Esteban Manuel de Villegas. (Editada. Ensayo)

- 246 ^{Nº 12} Delirios y vivencias de los ^{Nº 11} Prehistoria conquistadores. Historia de Navarrete.
- 6 Una cuenca desconocida. El Najerilla. (Editada)
- 7 Historia de la Villa de Navarrete (Editada)
- 8 Prehistoria. Historia. Bellezas naturales de Tobía.
- 9 Arte rupestre en cantos rodados hallados en La Rioja. (Estudio)
- 10 Origen y evolución de la sociedad y el arte en La Rioja.
- 11 PREHISTORIA E VARIOS HISTORIA DE LA VILLA DE NAVARRETE (EDITADA)
FALTA
- 1 Chafalonías. (500 pensamientos no pensados)
1960
- 2 Cuentos del tío Simón. (Relatos de fogón)
- 3 Cuentos riojanazos. (1963)
- 4 El año terrible.
- 5 Rosas y espinas de un caballero andante.
Vida y
(6 Volúmenes. Biografía)
- 6 Pinceladas porteñas.
- 7 Anecdotario.
- 8 Hermandad Social Libertadora. (Plataforma Política. Registrada en Buenos Aires como partido)
- 9 Cuentos serranos.
- 10 Diccionario General de La Rioja. 1983
- 11 Mis artículos publicados. (Tres tomos)
- 12 Reflexiones desde mi umbría. (ENSAYOS)
- 13 Origen y evolución de la sociedad y el arte en La Rioja. 17 PICARESCA DEL FUTURO DE LA PICARESCA
18 CONFERENCIAS
- 14 RELATOS DE NUESTRO TIEMPO
- 15 ABEL AYARA OBJETOR DE GUERRA (BIOGRÁFICA)
- 16 PALABRAS SOLO PALABRAS ETC, ETC,

sigue poesías.

- 22 Caminos sobre la mar.
- 23 HOMENAJE
- ~~24~~ VIVO SIN VIVIR EN MÍ
- 25 SOLEDADES
- 26 REQUIEM POR MI LIBERTAD
- ~~27~~ SONETOS DE MI DESOLACION
- 28 MI SOLEDAD ES CÓSMICA
- 29 ANTOLOGIA POÉTICA: MI CANTO GENERAL
- TOTAL DE MI OBRA LITERARIA

FALTAN

		30	Libros
POESÍA....	→	30	Libros
VARIOS ...	—	28	""
HISTORIA...	—	12	""
NOVELA.....	—	26	""
TEATRO	—	126	""

~~222~~

~~1988~~
~~200~~
~~222~~

FIN 1988

año 2002 = ~~240~~
 2005 250

Mi lanza y mi condena. (Publicado por Edi. 4 de Agosto 2005)

sigue poesias.

- 22 Caminos sobre la mar.
- 23 HOMENAJE
- 24 VIVO SIN VIVIR EN MÍ
- 25 SOCIEDADES
- 26 REQUIEM POR MI LIBERTAD
- 27 LAMENTOS DE MI DESTINACION
- 28 MI SUEÑO ES COSMICO
- 29 ~~ARTICULOS POETICOS~~ MI CANTO GENERAL
- TOTAL DE MI OBRA LITERARIA

FALTAN

POESIA....	30	Libros
VARIOS ...	28	"
HISTORIA...	11	"
NOVELA.....	29	"
TEATRO	126	"

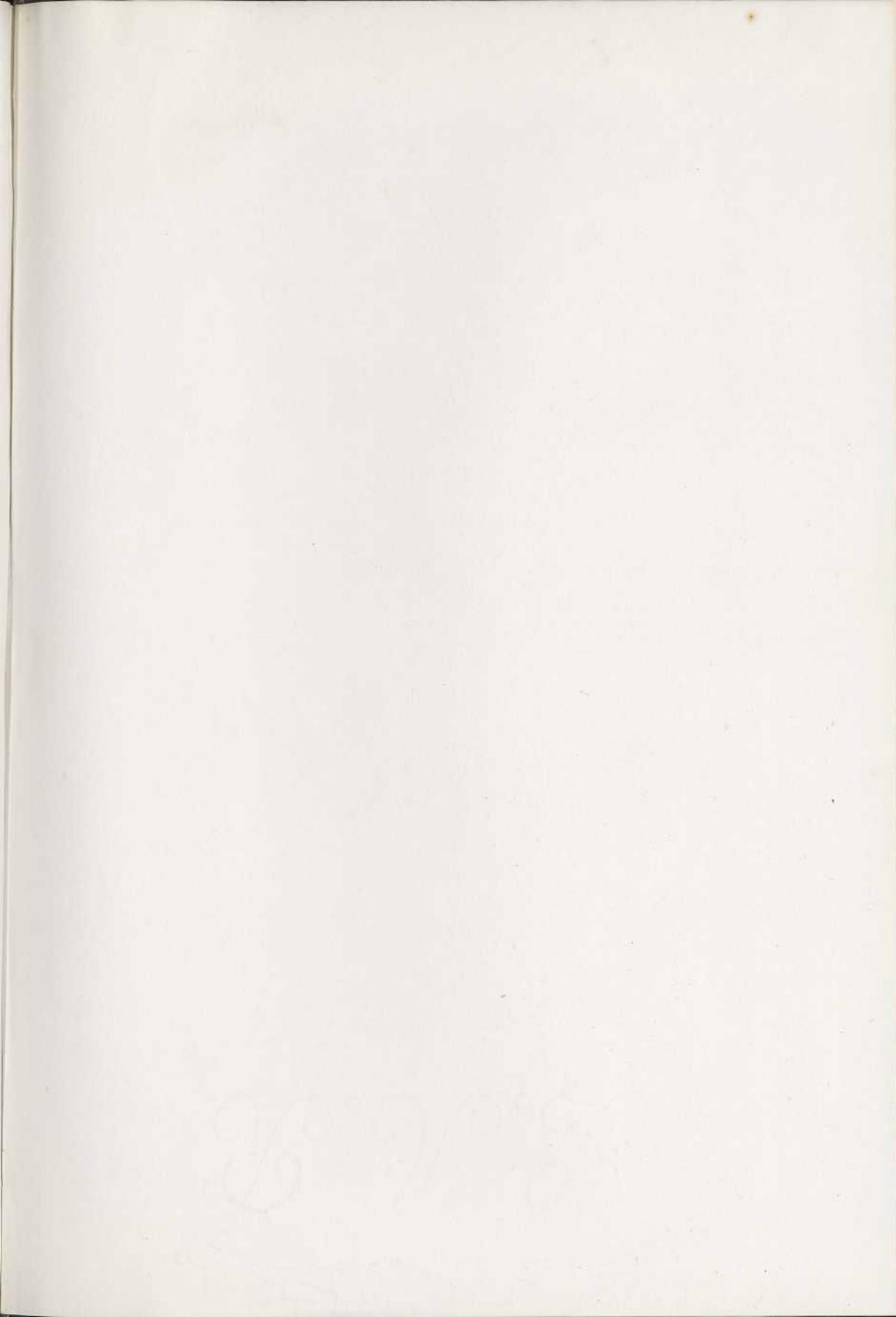
222

FIN 1988

ano 2002 - 240

2005 250

Mi Lanza y mi condena. (Publicado por Eus. 4 de Agosto 2005)



1. The first part of the document
 2. describes the general situation
 3. and the main objectives of the
 4. project. It also mentions the
 5. names of the people involved
 6. and the dates of the various
 7. meetings and discussions.

8. The second part of the document
 9. contains a detailed description
 10. of the methods used in the
 11. study. It explains how the data
 12. were collected and how they
 13. were analyzed. It also discusses
 14. the limitations of the study
 15. and the conclusions that were
 16. drawn from the results.

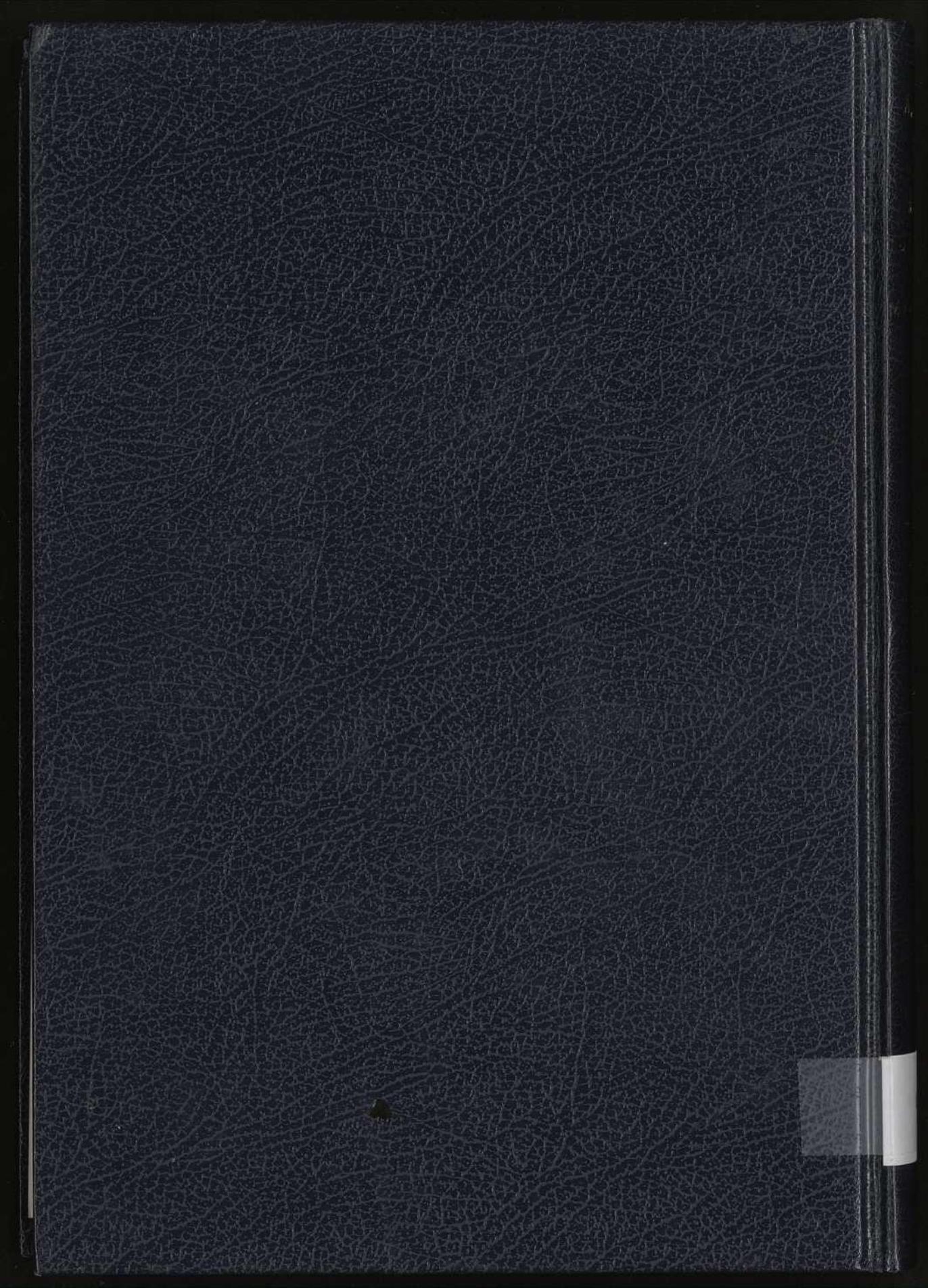
17. The third part of the document
 18. presents the results of the study
 19. and discusses their implications
 20. for the field. It compares the
 21. findings with previous research
 22. and highlights the new insights
 23. that have been gained. It also
 24. suggests some possible directions
 25. for future research.

26. Finally, the document concludes
 27. with a summary of the main
 28. points and a list of references.
 29. The references are given in
 30. full and include the names of
 31. the authors, the titles of the
 32. articles, and the names of the
 33. journals or books in which they
 34. were published.

Handwritten text, possibly a signature or title, located in the upper right corner of the page.



ENCUADERNO
F. MARAÑÓN
(Logroño)



A. CILLERO

ULECIA

AUTOS

GOTANA

Y

LANGANA

CIL-16